LOBSANG RAMPA

CREPÚSCULO



Editorial Troquel / Buenos Aires

CREPUSCULO

OBRAS DEL AUTOR

- EL TERCER OJO
- EL MEDICO DE TIBET
- EL CORDON DE PLATA
- LA CAVERNA DE LOS ANTEPASADOS
- MI VIDA CON EL LAMA
- USTED Y LA ETERNIDAD
- EL MANTO AMARILLO
- LA SABIDURIA DE LOS ANCIANOS
- EL CAMINO DE LA VIDA
- MAS ALLA DEL DECIMO
- AVIVANDO LA LLAMA
- EL ERMITAÑO
- LA DECIMOTERCERA CANDELA
- UNA LUZ EN LA OSCURIDAD
- CREPUSCULO
- TAL COMO FUE

LOBSANG RAMPA

CREPUSCULO

EDICIONES TROQUEL / BUENOS AIRES

Título del original inglés
TWILIGHT

Traducción de
Antonio Soto

Ilustró la tapa
JORGE A. CANALE

PRIMERA EDICIÓN
Agosto 1975

QUINTA EDICIÓN
Junio 1979

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Dedico este libro a los señores Adonai Grassi y Friedrich Kosin

CREPÚSCULO

Pronto empezará a caer la noche. En la Tierra, en el continente, las sombras de la inminente oscuridad se deslizan como si una Gran Mano corriera el telón para dar por finalizado un día más. Pronto este día fenecerá y, con su desaparición, la aurora de uno nuevo habrá de empezar.

Del mismo modo, todas las criaturas deben enfrentarse con el crepúsculo de la vida antes de que la inminente noche las arrase para dar lugar a otra vida que todavía debe vivirse en algún lugar de algún mundo o en algún plano de la existencia.

Ya el "crepúsculo" se cierne sobre mí. Así pues, es propio que a este libro lo titule *Crepúsculo*.

NOTA ESPECIAL

Hay gente que me ha escrito para decirme: "Debe usted hacer otro libro", gente que me ha escrito desde los confines de la Tierra (¡y yo que pensaba que la Tierra era redonda!) para decirme: "No debe usted dejar de escribir ahora, pues son más las incógnitas que ha suscitado que las que ha respondido".

Sonreí con complacencia en mi vieja cama de hospital, ésa de latón que hace "clic-clac" cada vez que mi torpe cuerpo se mueve. Cualquiera, pensé, podría darse cuenta de que un viejo y decrépito inválido no está en condiciones de manipular sobre sus rodillas, estando en cama, una máquina de escribir de cerca de catorce kilos.

Mas mi viejo amigo Hy Mendelson (gerente de Simon's Cameras), radicado en Montreal, me llamó por teléfono:

—Te envío una máquina de escribir nueva —me dijo—, que pesa cuatro kilos. Esa es *mi* contribución a tu nuevo libro.

Aprecio a Hy Mendelson y me gustaría que fuera mi hermano. ¿Mi hermano? ¡Sí! Así podría darle una zurra. . . Porque si esa bendita máquina me llega, tendré que comenzar el libro.

¡Vaya! Ya llega la máquina. . . Ahora, a desembalarla. Alguien deberá hacerlo por mí. Crujir de papeles, murmullos. . . y aquí está, sobre mi cama. ¡Ay, oh, caracoles. . .!

Es amarilla como un canario trasformado en máquina de escribir, como un narciso excesivamente coloreado. ¡Amarilla! ¿Por qué no llamarla, entonces, "Peligro Amarillo"? Tiene unos tipos hermosos, empero, y es liviana y manuable.

Sólo me resta agradecerte, hermano Mendelson eres un buen amigo y un gran hombre. ¡Ay! , ¡oh! —o como quiera que lo diga—, ahora no tengo más remedio que empezar el libro.

CAPÍTULO I

El antiguo aeroplano gris surcaba apaciblemente el cielo del mediodía. Años atrás había sido uno de esos ases —de una marca famosa, por cierto— que recorrían las rutas aéreas del mundo entero para tocar todos los puntos del globo adonde el hombre quisiera trasladarse, llevando a la *élite* de los medios mercantiles y a las estrellas del teatro y de la cinematografía. En aquellos días, volar en un aeroplano como éste era símbolo de prestigio. Hoy, empero, viejo y acabado, representa una reliquia de tiempos idos, desalojado por los rugientes *jets* y por esa loca ansiedad de llegar a todas partes cada vez más rápido. . ., ¿para qué? ¿Qué hace la gente con todo el tiempo que "economiza"?

El viejo bimotor zumbaba suavemente, con un sonido bastante agradable, como de abejas gigantes en un día de verano. Ahora iba cumpliendo un plácido vuelo de rutina, desde Vancouver hasta Calgary. Quizá la semana anterior habría volado sobre los territorios del norte, donde la temperatura se halla muy, pero muy por debajo del cero, y donde la nieve enceguecedora puede imposibilitarlo todo, excepto el vuelo con instrumentos. O, quizá, la próxima vez lleve buscadores de petróleo a alguno de los lejanos yacimientos arenosos en procura del poderío cada vez mayor de una nación ebria de poder para un mundo ebrio de poder. No obstante, el otrora As del Aire era ahora un aparato de

alquiler, un viejo y mísero coche de plaza que iba a cualquier parte a capricho del cliente que tuviese unos pocos dólares de sobra.

Pronto las primeras estribaciones de las Rocosas estuvieron a la vista, elevándose, elevándose siempre, hasta que se irguieron los picos más altos de esa inmensa cordillera que se extiende a lo largo de la región. El aire comenzaba a ponerse turbulento y el aeroplano brincaba y se estremecía entre las montañas nevadas, zona ésta donde en los picos de mayor altura jamás desaparece la nieve.

Miss Taddy Rampa lanzó un tremebundo maullido de protesta y miró como si hubiera llegado su último momento. Por su parte, Miss Cleo Rampa tragó con dificultad y adoptó su más digno aire de entereza mientras abría desmesuradamente los grandes ojos azules y clavaba la vista en el terreno rocoso que se extendía tan abajo.

Mas, ¿por qué volábamos? ¿Por qué nos mudábamos de nuevo? Todo había comenzado unos meses antes, en Vancouver. . .

Junio, en Vancouver, suele ser un mes muy agradable; es una época en que la Naturaleza en pleno comienza a despertar y el tiempo es bueno, el mar adquiere destellos risueños y la gente sale en sus embarcaciones. Los turistas empiezan a llegar y es el momento en que, por lo común, todos los comerciantes aguzan su imaginación para ponerse a tono con aquéllos.

No obstante, aquel mes de junio, aquel día de junio, no fue por cierto tan bueno. Usted habrá tenido algún día así, uno de ésos en que todo, pero *todo*, anda mal. Sin embargo, usted es afortunado, pues sólo tiene "esos días" de cuando en cuando o, como suele decirse: "cada muerte de obispo".

Pero suponga que ese día durara semanas, meses, e inclusive años; suponga que se convirtiera en norma. . . Porque es probable que la mayoría de la gente que se halla "expuesta al público" padezca las impertinencias de

los pocos trastornados que sólo parecen existir para causar molestias a los demás. Así como hay cacatúas frígidas que, según sé, persiguen siempre a los conductores de ómnibus porque se sienten tratadas con indiferencia y corren a quejarse para que los echen del empleo, del mismo modo hay gente así que se ensaña con los escritores para que no puedan sentirse bien y a gusto consigo mismo. Y eso fue lo que sucedió aquel día.

Despuntaba el mes de junio y yo me sentía viejo. Hacía días que estaba postrado en cama cuando oí unos pasos acompasados que hacían temblar el piso. Luego, unos golpes a la puerta y una voz de bisagra oxidada:

—¿El doctor Rampa? —la voz era áspera, de pocos amigos—. De la Sección Defraudaciones de la Real Policía Montada Canadiense —y los pasos resonaron al trasponer el umbral—. ¿Dónde está? Tenemos una denuncia de Michigan.

—No puede recibirlos. Está en cama, enfermo —replicó una voz.

—Pues nos recibirá —la respuesta fue tajante—. ¿Qué médico lo atiende?

Dicho esto, Flathead —el principal— y Big Jowls —el subalterno— entraron.

—¿Qué pasa? —inquirí.

—Defraudaciones —dijo Flathead—. Una mujer de Michigan denuncia que tiene usted pensamientos sexuales hacia ella y que trata de que le mande dinero.

—¡Vaya con su maldita pareja! —añadió Big Jowls.

Preguntas, preguntas y más preguntas, pero nunca nada concreto respecto del verdadero quid de la cuestión. Se trataba, al parecer, de cierta casta dama de edad "difícil", que se había dado a imaginar, a quien yo jamás había visto y de quien no tenía noticias desde hacía diez meses. Pero, ¿acaso no imaginamos todos? Sin embargo no les causamos tales trastornos a los demás, ¿no es cierto? , con denuncias infundadas a la policía.

¿Qué yo tenía pensamientos sexuales? Gracioso, ¿no? Yo no me dejo arrastrar por esas fantasías descabelladas; pero, aunque así fuera, estando a casi cinco mil kilómetros de distancia de ella, como estoy, y no habiéndola visto jamás, bien podía sentirse segura, ¿no es verdad?

—¿Robarle dinero con el pensamiento? ¡No, por cierto! *Jamás* he defraudado a *nadie* ni con el pensamiento, ni de hecho, ni de *ninguna* manera. ¡En ninguna circunstancia he defraudado a nadie!

¿Qué pasó después? Al cabo de dos semanas de esperar y esperar, escribí a la Montada Innombrable lo siguiente:

15 de junio de 1973.

Oficial en Jefe,
Real Policía Montada Canadiense.
Señor:

Veces hay que me siento tentado de renunciar públicamente a mi ciudadanía canadiense y marcharme cuanto antes de este país.

¿Por qué? Pues por la policía, por los vejámenes.

Cada tanto la policía y ciertas solteronas estúpidas y menopáusicas pasan por algún momento de idiotez. De tiempo en tiempo hay alguna mujer con *arrebatos de calor* y *hot pants* que se forja la idea de que yo —que soy un escritor muy enfermo y condenado a permanecer postrado en cama— la violo *con el pensamiento*. Entonces va con sus ayes a la policía y ésta cae en la necedad de prestarle oídos. Vienen luego las "averiguaciones confidenciales" (por lo que a mí respecta), seguidas de la indeseable visita, o visitas, de dos policías. Y tales policías jamás dicen, en realidad, qué es lo que quieren: lo que buscan es tenderle *celadas* a uno. No es ésta la manera como *yo* considero que deben actuar los funcionarios policiales.

Durante los últimos años he sido visitado seis veces por la policía, sin razón alguna. En Montreal, dos policías sumamente agresivos se presentaron a medianoche y nos interpelaron a mi esposa y a mí de la manera más desconsiderada posible, con gritos y amenazas. Cuando por fin pude preguntarles qué deseaban, ¡resultó que no lo sabían! Llamaron por teléfono, entonces, al puesto policial, y de esa manera se pudo saber que cierto sujeto de América Central, como no conocía mi dirección, había telefoneado a la policía para pedirla.

Otra de las visitas fue motivada por una mujer que alegaba que yo era el padre de su hijo. Como ella misma lo reconoció, jamás había estado a menos de varios cientos de kilómetros de distancia de mí, pero afirmaba solemnemente que yo "me había aproximado" con el pensamiento.

Hubo, inclusive, otra mujer a quien nunca había visto, que manifestaba que era mi secretaria, lo cual dio lugar a que la policía concurriera a verme para preguntarme por qué no le pagaba. Esta mujer había salido, o se había escapado, de un asilo de enfermos mentales de los Estados Unidos, de modo que la deportaron para ser internada nuevamente.

Y ahora, hace algunos días, vinieron a verme dos empleados de la Sección Defraudaciones con motivo de las denuncias de otra mujer frustrada. Otra vez se me acusa de estar introduciendo en ella *pensamientos* sexuales, cuando menos. He puesto, pues, este asunto en manos de un abogado norteamericano.

Lo cierto es que estoy harto de que los policías me molesten con esas quejas estúpidas e imaginarias, de manera que me ha parecido que debía escribirle a usted antes de ponerme a redactar artículos y algún libro acerca de mis experiencias con esa institución.

En la actualidad se detesta a la policía. La gente ya no la respeta. De resultas de mis propias experiencias —y bien sé por qué—, he padecido dos ataques de trombosis coronaria, de manera que esas visitas demasiado frecuentes e innecesarias de la policía resultan perjudiciales para mi salud.

¿Qué puede hacerse al respecto? Puede usted tomar nota de esto: yo no violo a nadie. No influyo en la gente con el pensamiento ni me es posible hacer mucho mal *aunque lo quiera*. ¿Podría hacerlo *usted* si se viese reducido a permanecer en cama o en un sillón de ruedas las veinticuatro horas del día?

Pienso que son los *policías* los que dan lugar a esa falta de respeto y a que no haya comunicación. ¿Podría usted hacer que se contengan, decirles que soy inocente. . . o mandarlos a Siberia? Así podría decir que hay *un* policía de mi agrado: usted. Porque, según van las cosas, considero que se me está vejando.

Atentamente,

T. Lobsang Rampa

P.S.: Esta carta quizá le cause gracia porque, ¿hay alguien que escriba de este modo acerca de la policía?

A vuelta de correo recibí algo así como una misiva. Una misiva que, como casi todas las que manda la policía, es una cosa estúpida, con la fórmula estereotipada de "a

raíz de una denuncia recibida en esta oficina, por la cual una ciudadana norteamericana daba cuenta de una posible defraudación, despaché a un agente de mi dotación hacia su domicilio. . ."

No es cierto. Envió a dos.

Y seguía: "Lamento que a usted le parezca que nuestra visita no era necesaria (bla, bla, bla). Puedo asegurarle que no ha habido intención alguna de manchar su reputación e integridad".

Bien, excelente; pero cuando se está enfermo, muy enfermo, las visitas de la policía —con la exigencia de que se les franquee el paso al instante— son angustiosas. Cualquier tonto podría saberlo.

La carta continuaba diciendo "He establecido, además, que no ha habido vejámenes policiales, como usted señala, y que nuestro empleado se condujo de manera normal".

¡Vaya! Si esa es la manera normal, tiemblo al pensar qué ocurriría si se tratara de un delincuente. No obstante, eso fue todo. De manera que de nada vale que se pongan ustedes a escribirle a la Montada acerca de nada en absoluto. Yo estoy harto de. . . Ya lo saben ustedes.

Jamás he sentido simpatía por la Real Policía Montada Canadiense. Hace muchos, muchos años, cuando era la Policía Montada del Noroeste, constituía por cierto un excelente cuerpo. Ahora, en cambio, según mi opinión, no son sino un hato de necios de chaqueta roja que se lo pasan haciendo música a caballo y pavoneándose, mientras el agente común tiene que realizar todas las tareas y quedarse mirando cómo ellos se llevan las palmas. Hoy día, empero, los de la Montada no gozan de tanta popularidad, pues han tenido una serie de problemas: problemas en Vancouver, donde se los ha acusado de brutalidad y problemas en Fort Erie, donde se los ha acusado de desnudar a las mujeres y registrarles la piel y "dentro de la piel". En el momento en que escribo esto se está llevando a

cabo una investigación sobre el particular. Pero uno se pregunta: *quis custodiet ipsos custodes?*

En cuanto a mí, la policía me ha absuelto. Con la peor de las voluntades me ha escrito una carta para decirme que yo no había hecho nada malo, pero que debía "investigar porque una mujer norteamericana se había quejado". ¿Por qué? ¿Acaso son deidades las norteamericanas? ¿Acaso pagan impuestos en Canadá y contribuyen al sostenimiento de la Real Policía Montada? No. Lo que me parece es que a ésta le encantan esas mujeres.

Todas estas cosas tienen sus repercusiones, se "aclaren" o no, pues me han hecho perder amigos. . . Aunque, considerando cómo eran, ¿podría llamarlos "amigos"? Como quiera que sea, hubo quienes pensaron que, si se investigaba acerca de mí, algo malo tenía que haber: " ¡Oh! No hay fuego sin humo, ya lo sabe usted; algo debe de haber hecho".

La gente y los comerciantes del lugar comenzaron a mirarme de soslayo y a murmurar entre sí, de modo que la situación pronto se tornó insoportable. No tenía sentido seguir de ese modo, con gente que murmuraba, que espiaba detrás de los visillos, que decía cosas a escondidas. De manera que decidimos mudarnos, irnos a otra parte.

El gobierno de la Columbia Británica tampoco hizo nada, a pesar de que los del Impuesto a los Réditos me venían acosando para saber por qué había pedido yo un subsidio para una silla de ruedas, Pero, ¿acaso hay persona alguna que se quede sentada en un sillón de ruedas todo el día por el gusto de hacerlo? Además, esas sillas se gastan. Así pues, les endilgué un sermón a esos estúpidos brutos del Impuesto a los Réditos, pero tuve que conseguir tres certificados médicos —dos de Montreal y uno de Vancouver— donde constase que hacía años que usaba silla de ruedas y que no lo hacía por placer.

De manera que, consideradas todas las cosas, llegamos a la conclusión definitiva de que cuanto antes nos fuése-

mos de Vancouver tanto mejor sería para nuestra salud y para nuestra tranquilidad de espíritu. Pensamos y pensamos, repasamos mapas y, al cabo, por alguna razón perfectamente desconocida, nos establecimos en Alberta.

Por los datos que pudimos recoger nos enteramos de que Edmonton era demasiado fría, muy ventosa y excesivamente insular. Lethbridge, por su parte, en las proximidades de la frontera con los Estados Unidos. era una población campesina donde quizá ni se conociese la palabra "insular". De modo, pues, que nos asentamos en Calgary.

Como las compañías de aviación del lugar no eran serviciales en absoluto —pues no les interesaba llevar a una persona impedida, en su sillón de ruedas, y a dos gatas siamesas—, nos pusimos a estudiar la cuestión con mucho detenimiento, sacamos los costos de los pasajes, averiguamos si se podía conseguir una ambulancia para que me trasladase desde Vancouver hasta Calgary y, por último, con la ayuda de un amigo, pudimos ponernos en contacto con una empresa de transportes aéreos muy buena, con la cual convinimos el viaje por una suma bastante razonable, que, comparada con lo que nos habría costado viajar por carretera en una ambulancia, era sin duda muy conveniente.

Por fin llegó el gran día; cerramos trato y me hicieron entrar rodando en una cosa llamada *Handi-Bus*, artefacto que tiene una rampa por donde se hace subir la silla de ruedas hasta el interior de un furgón o autobús vacío, donde la silla queda bien asegurada al piso. Después, la rampa se pliega en la parte exterior trasera, los amigos o parientes de la víctima toman un taxi y la caravana parte. Así, pues, atravesamos Vancouver rumbo al aeropuerto local. Pero entonces tropezamos con el primer inconveniente.

Según lo convenido, allí se dispondría de un elevador de horquilla para que me levantase, junto con la silla de ruedas de propulsión eléctrica, y me pusiera dentro del

viejo aeroplano. Pues bien, el elevador no estaba: ¡en esa parte del aeropuerto no se disponía de ninguno! Yo permanecía sentado detrás del *Handi-Bus* mientras iba tomando cuerpo en mí una idea de modo que, mientras la gente se arremolinaba para discutir qué podían hacer y cómo introducirme con la silla dentro del aeroplano, retrocedí en mi sillón hasta el pie de la escalerilla de ascenso a la máquina y, una vez allí, me las compuse para meterme dentro, valiéndome sólo de mis brazos. De mis piernas no puedo jactarme, pero con los brazos podría todavía levantar a un hombre corpulento por sobre mis hombros. . . si valiese la pena padecer, tal vez, un ataque cardíaco.

Logré, pues, introducirme en el aparato y, con las muletas, me arreglé para llegar a un asiento por un costado. Después, entre varios hombres levantaron la silla y la pusieron dentro del aeroplano, en tanto el resto de la partida ascendía a él trasportando el equipaje. Los motores comenzaron a rugir y, al cabo de un momento, cuando se dio espacio libre en el aeropuerto, la máquina se lanzó por la pista y levantó vuelo. Porque, aunque viejos, todavía los hay que de veras levantan vuelo.

Mientras ascendíamos, dimos una vuelta sobre el aeródromo y luego giramos trescientos grados rumbo a las Rocosas.

Las montañas eran hermosas. Cleo estaba fascinada viéndolas tan cerca, pero Taddy se sentía permanentemente angustiada por la idea de que, de continuar aquellas sacudidas, pudiese arruinarse su almuerzo, cosa que, en su mente, es siempre lo primero. Porque no es tan cómodo, para una gata entrada en años, encontrarse "con las patas en el aire" cuando el aeroplano brinca y se sacude en el cielo.

El tiempo trascurría lentamente (siempre parece un despilfarro estar sentado en un avión sin hacer nada, excepto mirar hacia fuera) y, debajo de nosotros, de continuo aquellas inhóspitas y aserradas rocas con sus altos

picos ataviados de nieve y, más allá de las escarpas, el vívido azul de las profundísimas aguas. De cuando en cuando aparecía a la vista alguna pequeña población rural servida por un pequeño campo de aterrizaje, u observábamos el despegue de los hidroaviones que partían de los lagos de montaña, donde no hay posibilidades de contar con pistas.

Al fin se encendió una luz y apareció una leyenda: "Ajustarse los cinturones — No fumar". Eso de no fumar no rezaba con nosotros, pero nos ajustamos los cinturones de los asientos y, por seguridad, pusimos a las gatas en sus cestos.

El avión se inclinó, atravesó una capa de nubes y aparecimos sobre las colinas, del otro lado de las Rocosas. Debajo de nosotros estaba el Foothills Hospital —donde un año más tarde ingresaría en calidad de paciente— y, a la izquierda, la gran Universidad de Calgary.

El aparato descendía cada vez más; entre tanto, observábamos con interés la ciudad que habría de ser nuestro nuevo lugar de residencia. Contemplábamos la Torre de Calgary, los rascacielos de la zona céntrica y las sinuosidades del río o, quizá, los ríos —el Bow y el Elbow— que se mezclaban en su intrincado paso a través de la ciudad —desde las montañas hasta Lethbridge—, ríos tan pedregosos que no son aptos para la navegación de embarcaciones de recreo a causa de los remolinos, de los bancos de arena. . . ¡y porque la policía no quiere que se usen los ríos!

Debajo de nosotros apareció el aeropuerto. El piloto hizo un movimiento de cabeza en señal de satisfacción y el aeroplano se inclinó aun más. Luego, un estruendoso traqueteo cuando las ruedas tocaron la pista y comenzaron a girar a gran velocidad, hasta que en seguida se posó la cola y rodamos suavemente rumbo al área correspondiente a la empresa fletadora.

Allí las cosas fueron distintas. Todo estaba preparado. Tan pronto como el aeroplano se detuvo frente a las oficinas, un hombre mayor condujo un furgón provisto de un

elevador de horquilla hasta situarlo a un costado del aparato y, una vez allí, el piloto y el copiloto me asieron fuertemente con la silla, como si temieran que escapase, que me cayera o quién sabe qué. No obstante, acostumbrado como estoy a moverme en un sillón de ruedas, avancé hasta la puerta del aeroplano y enfilé hacia la plataforma del elevador de horquilla, pero hasta en eso me cuidaron: tanto uno como otro me asieron y se tomaron de los costados del elevador, mientras descendíamos con suavidad.

Y luego lo referente al pago. ¡Ah! Siempre tenemos que pagar por nuestras idas y venidas, ¿no es cierto? De manera que, primero, pagamos por el viaje, y después vino otro *Handi-Bus* a detenerse de culata frente a mí. Bajaron la rampa con un rechinar tremendo y ascendí con mi silla hasta el interior del vehículo. Después comenzó a llover. En ese momento, y durante el resto de la jornada, llovió con más intensidad que nunca en Calgary. Fue, pues, una bienvenida lluviosa.

Una vez más amarraron mi silla fuertemente al piso, izaron nuestro equipaje y nos lanzamos a toda marcha por el camino del aeropuerto, por el puente del río y por la ciudad misma de Calgary. Comenzaba la hora de mayor prisa en el tránsito y la lluvia era cada vez más copiosa. Al cabo llegamos al lugar de destino donde un grupo de personas salió presuroso, recogió nuestro equipaje y volvió a correr para ponerse a buen recaudo dentro del edificio. En cuanto a mí, después de que el conductor desamarró mi silla con toda parsimonia, me deslicé por la rampa y entré también en la casa. Nuestra primera vista de Calgary había sido "húmeda".

Calgary es una ciudad acogedora, una ciudad nueva, una ciudad que todavía no se ha vuelto cínica e indiferente. Después de un año de permanecia en ella puedo decir que sí, que es en verdad un hermoso lugar para la gente que puede moverse, aun cuando tiene sus desventajas: las aceras son muy altas, por cierto y, en conse-

cuencia, inapropiadas para quienes andan en sillas de ruedas, y las calles son muy combadas, de modo que esas sillas tienden a deslizarse siempre hacia las cunetas. Si el intendente del lugar tuviera un accidente y se viese reducido a estar en una silla de ruedas durante unos pocos meses, pronto veríamos algunos cambios. ¿No sería bueno eso, acaso, para quienes tienen que andar en sillas de ruedas? Motivos tendrían, entonces, para bendecir al intendente y su problema. Con todo, hasta ahora eso no ha ocurrido.

Mas, supongo que a mi editor de Inglaterra no le interesa enterarse de mis problemas y encontronazos con la vida, sino que lo que pretende es un libro donde se contesten las preguntas de la gente. Porque, según me ha dicho por escrito, mi libro debe concretarse a responder todas las cuestiones que plantean los lectores. De modo que comenzaremos el próximo capítulo contestando algunas consultas. Me temo que la primera ha de ser una que no deseo responder, pero se me viene exigiendo que lo haga. Se trata de la oquedad de la Tierra.

Pero primero —antes de que ustedes empiecen a escribirme acerca de *quis custodiet ipsos custodes*—, permítanme decir algo respecto de los *inservibles policías* que *arruinan* nuestra civilización. ¿De acuerdo? Pues ahí va:

"¿Quién custodia a los que custodian?" O sea: ¿Quién hace las veces de policía de la policía? Se dice, además, que "el poder absoluto corrompe". Pero, acaso, ¿no tiene la policía, ahora, un "poder absoluto"? ¿Están, entonces, corrompidos?

El Derecho establece que se presume que el individuo es inocente mientras no se *pruebe* su culpabilidad; la policía, en cambio, considera automáticamente *culpable* a todo el mundo.

El individuo tiene derecho a ser careado con su acusador; no obstante, la policía no le dice siquiera de qué se le acusa hasta que, por medio de ardides, lo fuerza a reconocer *algo*.

Según mi opinión personal, la policía está aislada. Nadie estima a sus integrantes, de modo que éstos viven apartados en sus cuarteles o en grupos solitarios, lejos de aquéllos a quienes deberían conocer. No hay nada que pueda sustituir al viejo agente de recorrida.

Cierto amigo mío muy estimado, viejo policía irlandés, estuvo de ronda durante años hasta que se jubiló. *Conocía* a todo el mundo dentro de su radio y podía prevenir los problemas antes de que revistieran gravedad. Servía de consejero familiar gratuito para prestar asesoramiento y formular amistosas advertencias, y sólo "metía adentro" al delincuente cuando era realmente fundamental. Gozaba —y goza— del respeto y del afecto de todo el barrio.

El policía de viejo cuño era bien recibido en las casas durante su recorrida. Ahora los policías permanecen encerrados en sus coches. . . y pierden contacto con la gente.

En la actualidad, la policía divide a la humanidad en dos sectores los "buenos" y los "malos", el primero de los cuales está integrado sólo por ellos.

Hace apenas unos años la policía era cortés, considerada y servicial. En aquellos tiempos, cuando un policía realizaba alguna investigación, solía decir, por ejemplo: "¡Ah! ¿La señora de García? ¿Podría ver a su esposo? Tenemos noticias de que se ha excedido un tanto en la bebida. ¿Así que está durmiendo? Entonces vendré más tarde".

Ahora los policías van en parejas, como si tuvieran miedo de hacerlo solos. Ahora atropellan sin miramiento alguno, cualesquiera que sean las condiciones y circunstancias. "Real Policía Montada Canadiense", murmuran al tiempo que muestran la placa, y entran sin que medie invitación.

Respecto de que "el hombre es inocente mientras no se pruebe su culpabilidad", la policía trata a todos como si fueran culpables, ¡por el mero hecho de haber suscitado su atención! Por supuesto que si se ha visto a un

hombre matar a otro, es natural que la policía "se meta a los tiros"; pero, por cierto, en los casos de investigaciones de rutina, ¿no deberían tener tacto? ¿Por qué, si un inválido se encuentra en el baño o sometiéndose a tratamiento, tiene la policía que forzar su malhadada entrada? Sin embargo, *lo hace*. Lo sabemos por experiencia personal.

Hoy día se detesta a la policía, que vive aislada y en medio de un sueño de coloridos uniformes, estiércol de caballo y taconeos. Ya es tiempo de que se la reorganice, de que se le haga notar que sus miembros no son los elegidos de Dios, sino *servidores* del público.

Hay que enseñarles cortesía, educación, buenas maneras, hacer que persigan (y capturen) a los delincuentes, pero que dejen tranquilo al común de los ciudadanos decentes y respetuosos de la ley. Sólo entonces recuperarán el respeto que hoy, por cierto, les falta.

Para mí, los peores delincuentes son los de la Montada, con su actitud arrogante. Como muchos otros, y puesto que he sido absurdamente vejado por la policía, puedo decir "¿Colaborar con la policía? ¡No, señor! Yo no haría *nada* por colaborar, ¡se la *toman* con uno! ¡Y llevan las de ganar!

CAPÍTULO II

El señor... No; quizá sea mejor no dar su nombre. Digamos, más bien, que cierto señor me escribió para decirme lo siguiente: "En sus novelas he leído algunos anuncios que afirman que está usted dispuesto a contestar, sin cargo, todas las preguntas que se le formulen acerca de cualquier tema. Bien, de acuerdo; la considero una idea excelente. Llevo pagados cientos de dólares a individuos que anunciaban que contestarían preguntas, pero nunca me han dado ninguna que fuese satisfactoria. Usted, en cambio, solicita que la gente le escriba, de modo que ¿tengo algo que perder? "

Bien, este tipo comete una serie de errores —pensé para mis adentros—, ¿no es cierto? En primer lugar, jamás he escrito una novela en mi vida. La novela es ficción y yo digo sólo la verdad y nada más que la verdad. Después dice que yo anuncio que estoy dispuesto a contestar, sin cargo, preguntas sobre cualquier tema. ¡Vaya! Eso es nuevo para mí. Yo creía haber hecho todo lo posible por evitar que se me escribiesen cartas inútilmente, del mismo modo que nunca en mi vida he dicho que contestaría pregunta alguna acerca de ningún tema, ni gratis ni de ningún otro modo. Soy entendido en lo mío y me jacto de saberlo perfectamente bien, de manera que puedo responder tales preguntas. Por desgracia —como en el caso de

este hombre— la gente me escribe pensando que me encanta abonar los gastos de mecanografía, de franqueo, de papelería y de todo lo demás. Pero jamás piensa en reembolsarle a uno sus gastos. Casi podría decirse que se trata de ventajeros.

Pues sí; muy cierto es, sin embargo, que hay personas —falsos videntes— que anuncian que, por unos pocos dólares, o unos pocos cientos de dólares, contestan preguntas. Lástima que yo no haga algo así: Con ello bajaría la cantidad de preguntas tontas. No obstante, como este hombre formula cuestiones referentes a un tema que ha de ocupar el primer plano en un futuro cercano, es posible que valga la pena ocuparse del asunto. Veamos, pues, lo que dice, en esencia, por supuesto, porque su carta no es en absoluto una obra literaria, ya que por su manera de escribir da la impresión de no haber ido nunca a la escuela.

Dice, en síntesis: "Hay mucha gente que piensa que puede haber un mundo dentro de este mundo, que el mundo puede estar hueco. ¿Podría decir algo al respecto? Afirma usted saber mucho acerca de religión; ¿cómo, entonces, no menciona jamás tal cosa? ¿Cómo es posible que ningún libro religioso se ocupe de ello? "

Bien; por lo visto está bastante equivocado en cuanto a eso, porque la religión o creencia que más conozco (el budismo) se refiere, por cierto, a un Mundo Interior. Inclusive hay una palabra especial para designarlo: "Agharta", término que aparece con mucha frecuencia en los Libros Budistas. En realidad, en la ciencia tibetana hay muchas referencias al Shamballa, donde vive el Rey de todo lo creado, el Rey que no se muestra a los millones que habitan en la superficie.

Los tibetanos creen firmemente en el Rey del mundo que vive dentro del mundo, no como una suerte de demonio, sino como un Rey en extremo bondadoso, un buen gobernante espiritual que mora en dos planos a la vez: el

plano físico, donde vive por siempre y el espiritual, o astral, donde también vive por siempre.

Los tibetanos creen que el Rey del mundo dio las primeras instrucciones al primer Dalai Lama y que éste era, en realidad, el representante del Rey del mundo interior en el mundo exterior.

En el Tíbet hay túneles, por cierto, que se internan a grandes profundidades, y existen muchas leyendas acerca de extraños individuos que llegan por esos túneles y mantienen tratos con los lamas de elevada jerarquía. Como he escrito en alguno de mis libros, yo estuve en algunos de tales túneles, así como en los de la Última Thule. Hay ciertos lugares en el mundo por donde al iniciado le es posible bajar hasta el centro de la Tierra y reunirse con los representantes de esa civilización interior, y hay una gran cantidad de personas que saben positivamente que los habitantes del mundo interior salen para platicar con los de la superficie. Por supuesto, algunos ovnis provienen realmente de ese mundo interior.

En el Tíbet, pues, hay túneles que conducen al mundo interior, pero también los hay en Brasil. Ambos son puntos de vital importancia del mundo exterior, que tienen especial atractivo para la gente de adentro.

Es muy lamentable que, habiendo tantas creencias supersticiosas, jamás se las haya investigado adecuadamente, porque algunos "sensitivos" saben que existen túneles debajo de las grandes pirámides. Por pirámides no entiendo sólo las de Egipto, pues hay muchas más. Todas ellas eran, por lo común, balizas para enviar mensajes a los Guardianes de la Tierra y a los representantes de éstos que surcan el espacio en sus aeronaves. Así como hay pirámides en Egipto y en ciertos lugares de América del Sur, también existen algunas muy importantes en el desierto de Gobi, aun cuando no sea mucho lo que se sabe acerca de él en el mundo exterior, toda vez que en la actualidad se halla en poder de China comunista. Todas esas pirámides están

conectadas con el mundo interior y, en tiempos de los faraones, muchos de los ritos mágicos de Egipto los celebraban individuos que llegaban de allí con ese fin específico.

Mas, volviendo al punto que nos ocupa, según los libros religiosos budistas, en la Tierra se produjeron grandes convulsiones y los climas de las distintas regiones comenzaron a cambiar y a cambiar. A medida que se producían esos cambios, las tribus fueron impulsadas de las zonas frías a las templadas de suerte que, durante uno de esos éxodos —hace alrededor de 25.000 años— apareció una tribu en el lugar que podríamos llamar Polo Norte. Luego de andar y andar notaron que siempre tenían el sol delante, jamás detrás, y que éste no salía ni se ponía nunca; y así, al cabo del tiempo, se dieron cuenta de que estaban en el interior de la Tierra, que ésta era hueca, y allí se asentaron. Se supone, asimismo —y esto tendría que ponerlo entre paréntesis—, que los gitanos salieron del interior de la Tierra.

He oído a mucha gente discutir acerca del hueco de la Tierra y, a quienes se oponen a esa teoría, decir siempre: "Pues bien; si hay un hueco en la Tierra, ¿cómo es que las compañías aéreas que vuelan sobre el Polo Norte no ven la abertura? En la actualidad algunos aviones comerciales pasan por el Polo Norte y también, tal vez, por el Polo Sur de manera que, si hubiese un gran orificio en la Tierra, es indudable que los pilotos lo verían".

Como ustedes saben, esto no es cierto. Las líneas aéreas comerciales no vuelan sobre el Polo Norte, así como tampoco vuelan sobre el Polo Sur, sino que pasan a una distancia apreciable de ambos por la sencilla razón de que, si así no fuera, se produciría una interferencia de suma gravedad en sus instrumentos de navegación. De manera, pues, que el derrotero de los vuelos comerciales siempre se marca de modo de pasar, a muchísimos kilóme-

tros de los polos imaginarios, con lo cual se evita la interferencia de los compases.

Están, por otra parte, los que dicen: "¡Vamos! Si hubiera algún agujero en la Tierra, todos los exploradores que han estado en el Polo Norte y en el Polo Sur habrían dado con él". Una vez más, no. Eso no es verdad. Nadie ha estado en el Polo Norte; nadie ha estado en el Polo Sur. Lo que sabemos es que hubo gente que llegó cerca de tal o cual polo y que recorrió muchas millas; o, dicho con otras palabras, que ha estado más o menos perdida. Tanto la Historia antigua como la moderna nos dicen que los navegantes suelen observar desechos que flotan en los polos (digo "polos" sólo para poder entendernos y para situar el lugar). También ven flotar pájaros y otros animales. No obstante, todo el mundo sabe que, ni en el Polo Norte ni en el Polo Sur, se ven volar pájaros ni insectos, así como tampoco flotan hojas verdes. Entonces, ¿de dónde vienen? Del interior de la Tierra, por supuesto.

Yo pienso esto: supóngase un vehículo con el cual se puede viajar desde aquí (dondequiera que uno se encuentre, en un determinado momento, es ese "aquí") hasta el Polo Norte. Usted sigue y sigue hasta alcanzar lo que supone que es el polo, y después continúa y al cabo se encuentra con un sol distinto sobre usted. Ese sol sería algo atómico que no sólo aparecería, naturalmente, en el centro de esta Tierra, sino también en muchos otros mundos. Los astrónomos han observado que en la Luna, por ejemplo, hay luces extrañas que a veces se ven cerca de los polos. Quizás usted diga: "Sí, ¡vaya! Pero el hombre ha estado en la Luna". Claro que sí; pero ha estado en un lugar muy reducido, un círculo de ocho kilómetros de radio más o menos. No; no ha explorado la Luna, como tampoco ha explorado la Tierra. Mucho es lo que todavía resta por explorar en esta Tierra.

Si tiene usted interés y va a cualquier biblioteca pública, estoy seguro de que encontrará muchos libros acerca

del interior de la Tierra, así como relatos de personas que se han perdido y después han entrado con sus navíos en un mundo extraño hasta encontrarse, precisamente, dentro del mundo interno. Pero, mejor aún que ir a una biblioteca, compre usted algunos libros en una buena librería.

Algunas personas me han pedido que explique cómo es ese mundo, cómo es posible que exista un mundo hueco. La mejor manera que tengo de explicarlo es ésta:

Imagínese un coco, cuya parte de afuera sería el exterior de la Tierra. Y recuerde esto: si sus manos están calientes, la humedad que deposita en la parte externa del coco, con sólo tocarlo, será igual a la profundidad de las mayores simas oceánicas de la Tierra. Conviene tener presente esta idea.

Pues bien, ya tiene usted el coco y está observando su parte externa. Ese coco representa nuestra Tierra convencional. Haga ahora un agujero en la parte que llamamos "ojos" y otro en la opuesta; digamos que éstos representan el Polo Norte y el Polo Sur. Haga los agujeros de un diámetro aproximado a una pulgada y saque toda la leche. Ya tiene usted la capa exterior, dura, que es la corteza de la Tierra y, por dentro, tiene la pulpa blanca, que representa la superficie del mundo interno. Exactamente en el centro del coco debe fijar, de algún modo, una lamparilla eléctrica que represente el sol interior que nunca se pone.

Ahora bien, la capa dura que constituye la corteza y la parte interna, más blanda, por donde caminan los habitantes del interior, constituyen, también, la fuente de gravedad que permite que tanto la gente de la superficie externa como la de la interna se mantenga de pie. No existe prueba alguna de que la parte interna de la Tierra esté formada de gas, de hierro derretido, de rocas ígneas ni de nada en estado de fundición. Todo eso ha sido sólo una suposición de los "científicos" que, además, han hecho muchas otras conjeturas erróneas, como cuando decían que si el hombre viajaba a más de cincuenta kilómetros

por hora sus pulmones podrían estallar a causa de la presión del aire, o como cuando afirmaban que era imposible que ninguna cosmonave pudiese aterrizar en la Luna porque se hundiría en el polvo impalpable que la cubre. De ningún modo; los científicos son meros adivinos con preparación universitaria. Y, a menudo, son peores adivinos que los que carecen de esa preparación, pues se les enseña que si tal o cual persona dice que algo es imposible, no cabe duda, entonces, de que es imposible; y así, en vez de enseñarles a pensar, sólo les inculcan la idea de que el autor fulano de tal es infalible, porque si para él algo es imposible es porque en realidad lo es.

Yo pienso que los habitantes del interior de la Tierra son seres sumamente evolucionados, vestigios de Lemuria, Mu, la Atlántida y muchas civilizaciones aún más antiguas. La Tierra ha sido arrasada por cataclismos, tempestades, meteoros y una serie de cosas que, con frecuencia, han diezmado a los habitantes de la superficie, en tanto que, en lo interno, la vida sigue discurriendo serenamente, sin que la perturben las cosas que ocurren afuera, con lo cual los conocimientos científicos y los que conciernen al espíritu han podido progresar.

Quizá no esté usted enterado de que los chilenos, que tienen gran interés por el Polo Sur, han fotografiado ovnis en el momento de levantar vuelo en esas regiones. Se trata de tomas sumamente interesantes, efectuadas por una comisión de geofísicos de ese país. Por desgracia, debido a la gran presión que se ejerció, esas fotografías fueron enviadas a las autoridades norteamericanas. . . y eso fue lo último que se supo de ellas.

Los ovnis son de distintas clases, pero una de ellas proviene del interior de la Tierra y, si en la actualidad se ven muchos, es porque los habitantes de adentro se sienten muy preocupados por las explosiones atómicas que se llevan a cabo en la superficie. Porque, al fin y al cabo, de haber alguna explosión bastante grande, quizá la corteza

terrestre se resquebrajase todavía más de lo que está y el planeta entero desaparecería. Esa es la razón por la cual los habitantes de adentro se hallan tan preocupados y tratan de controlar las investigaciones atómicas que se realizan en el mundo.

¿Ha estudiado usted, realmente, los viajes de los exploradores que dicen haber estado en el Polo Norte y en el Polo Sur? Ocurre que, sin excepción, manifiestan haber observado que la temperatura aumentaba a medida que avanzaban hacia el Norte, que hallaron más mares abiertos de los que suponían y que notaron muchas cosas que estaban en total desacuerdo con las teorías referentes al Polo Norte y al Polo Sur, que dicen que, cuanto más cerca se está de éstos, más frío se va poniendo todo. Sucede que los polos no existen en realidad, salvo como representación imaginaria de algo que está en el espacio, o tal vez en el centro de la abertura que conduce al interior de la Tierra.

Bien pudiera ser que la aurora boreal la causaran los reflejos del sol interior cuando las condiciones son apropiadas, o fueran radiaciones, incluso, de la vida del núcleo del mundo interno.

No obstante, es seguro que alguien dirá que todo esto es imposible, que no hay, por supuesto, ningún agujero que lleve al interior de la Tierra, que la idea es absurda, ridícula. E, inclusive que, de existir un agujero tan enorme en el Polo Norte y otro en el Polo Sur, es evidente que los aviadores los habrían visto, que también los habrían advertido los astronautas y que, en realidad, quienquiera que los hubiese notado habría podido ver la luz del día a través de la Tierra como quien mira a través de un huevo vacío.

Sabido es que esta opinión es totalmente errónea y sólo demuestra que quien la sostiene no está al corriente de las cosas. ¿Cuántos de ustedes han estado en el Polo Norte? ¿Cuántos en el Polo Sur? ¿Cuántos conocen las características climáticas de esas regiones? ¿Qué saben

acerca de las capas de nubes, por ejemplo? ¿Qué de las condiciones de visibilidad? No, mi criticón lector; no me estoy volviendo loco... Quien se está enloqueciendo es usted, si piensa que todo esto es imposible; porque si supone tal cosa, no sólo se está trastornando, sino que ya está directamente en camino del hospicio, lo cual es muchísimo peor.

Piense que, en áreas densamente pobladas, hay grandes cavernas que han permanecido ocultas durante cientos o miles de años. Fíjese en la cueva donde se hallaron los rollos del Mar Muerto, cuyo descubrimiento fue totalmente casual.

Repare ahora en lo que ocurre en Canadá, donde grandes zonas de Quebec todavía no han sido exploradas. Suponiendo que se volase en avión sobre algunas de esas regiones, que suelen estar cubiertas de hielo la mayor parte del año, las fotografías que se tomarán mostrarían reflejos como si fuesen causados precisamente por la nieve y el hielo. Pero también podrían mostrar manchas oscuras, como podrían mostrar precisamente manchas oscuras de nieve y hielo. La nieve puede ser de distintos colores, se sabe, pues no siempre es blanca y brillante como la que se pone en los árboles de Navidad. En ciertas regiones hay, inclusive, nieve roja; lo sé porque la he visto. Lo que importa es que las fotografías que se tomarán en los puntos aproximados donde se encuentran el Polo Norte o el Polo Sur podrían poner de manifiesto extrañas sombras; pero, si la gente no tuviera razón alguna para investigar tales manchas, entonces no iría allí para indagar, ¿no es verdad? Por lo demás, cuesta mucho dinero organizar una expedición al Polo Norte imaginario o al igualmente imaginario Polo Sur. Demanda mucho dinero, exige que los hombres sean de una calidad especial y requiere grandes pertrechos de reserva y una enorme cuenta bancaria para pagar los seguros.

Mas, volviendo al Canadá, muchísimas regiones de los territorios del norte no han sido exploradas. Hay áreas,

inclusive, que jamás han sido vistas por los seres humanos. ¿Podemos saber, entonces, si hay o no agujeros en esos territorios cuando nadie ha estado allí? Es tonto decir que esas cosas son imposibles cuando no se conocen las circunstancias, cuando no se es entendido en fotografía, cuando no se sabe de geología.

Piénsese en los astronautas, cosmonautas o como quiera que se les llame: pues bien, cuando levantan vuelo y están más o menos cerca de la Tierra, por cierto tienen que hacer algo más que buscar el agujero donde podrían estar el Polo Norte o el Polo Sur, además de que, en las regiones polares, la visual suele ser espantosamente mala por las nieblas, las tormentas de nieve, los confusos reflejos de ésta, el hielo y el agua. Vale la pena destacar también que, cuando los astronautas se hallan en órbita, tienen tareas específicas que realizar: echarles un vistazo a los rusos y fisgar con más detenimiento aún a los chinos. ¿Hay manchas delatoras que indiquen que se han construido silos que pueden ser el punto de partida de misiles balísticos intercontinentales? Y, en caso afirmativo, ¿en qué dirección están inclinados esos silos? Conociendo tales cosas, los norteamericanos pueden determinar si los señores de la guerra de Pekín tienen cohetes apuntados hacia Nueva York, Los Angeles o cualquier otro lugar. Con sólo tener en cuenta el grado de inclinación y la rotación de la Tierra, pueden prever, con un margen de pocos kilómetros, la zona de blanco de los proyectiles. Los norteamericanos están mucho más interesados en averiguar qué hacen los rusos, los polacos, los chinos y los checos, que en ponerse a buscar nada que se parezca a un agujero en la Tierra. A algunos norteamericanos, por ejemplo, más les interesaría encontrar un agujero en la cabeza que en la Tierra. . .

De modo que ya ve usted que, como no medien condiciones y circunstancias muy especiales, esas particulares aberturas de la Tierra no habrán de ser fotografiadas; y, en

cuanto a pensar que se pueda mirar por un extremo y ver por el otro lado como si se tratara de un túnel ferroviario recto, ¡vaya! , ésa es una idea peregrina. No es posible hacer semejante cosa. Supóngase un túnel perfectamente recto. Mira usted desde uno de los extremos y, si presta mucha, muchísima atención, tal vez vea un pequeño puntito de luz en el otro, aun cuando ese túnel no tenga siquiera un kilómetro de largo. Ahora bien, mirar a través de la Tierra por un agujero supondría mirar a través de algo que tiene alrededor de doce mil kilómetros de largo. Es decir que el túnel a través del cual miraría usted (o sea a través de la Tierra) sería tan extenso que no podría ver la menor luz en el extremo opuesto. Y no solamente eso sino que, aun cuando usted tuviese tan buena vista que pudiera ver a todo lo largo del túnel y distinguir un pequeño agujero, sólo vería oscuridad porque, a menos que el sol estuviese en el punto opuesto al que está usted, no habría ningún reflejo luminoso.

Si lo que pretende es negar la *posibilidad* de que la Tierra sea hueca, comete usted exactamente el mismo error que los que piensan que es plana. Dicho sea de paso, me asombra la manera como la "Sociedad de la Tierra Plana" de Londres, Inglaterra, interpreta en la actualidad las fotografías de los astronautas. Por lo que sé, en ese país existe todavía una sociedad que jura y perjura por todas las tiras cómicas del mundo (deben de ser tiras) que la Tierra es plana y que todas esas fotografías han sido fraguadas. Algo he leído acerca de eso y me he reído de buena gana, aun cuando no puedo acordarme dónde apareció el artículo. Por eso, si no está usted seguro, ¿por qué no adopta una actitud más receptiva para no estar desprevenido cuando se disponga de pruebas?

Pero hay otra cosa, además, que debe usted tener en cuenta, y es que todos los gobiernos del mundo —o, mejor dicho, los gobiernos de las superpotencias— están matándose, casi, por ocultar todo cuanto atañe a los ovnis.

¿Por qué? Millones de personas los han visto. Ayer mismo leí un artículo en el cual se dice que, según las estadísticas, quince millones de norteamericanos han visto ovnis. De modo que, si en un solo país hay quince millones que los han visto, es porque, sin duda, algo debe de haber al respecto. La Argentina, Chile y otros países con sentido común admiten la existencia de los ovnis. No saben exactamente qué son ni por qué están, pero reconocen que los hay, y eso ya es bastante.

Los gobiernos callan y mantienen en secreto la verdad acerca de ellos porque, suponiendo que las autoridades norteamericanas, por ejemplo, tuvieran fotos de ovnis en el momento de aterrizar o de levantar vuelo, y dispusieran de pruebas concluyentes de que la Tierra es hueca y que dentro de ella hay una gran civilización, procurarían ocultar que conocen la verdad, pues podría cundir el pánico entre la gente, producirse saqueos y suicidios y todas las cosas descabelladas en que caen las personas cuando las arrastra el pánico. No tenemos más que recordar lo que ocurrió hace unos años con motivo de una trasmisión televisiva realizada por Orson Wells acerca de una invasión de marcianos, cuando cundió un pánico casi total entre los norteamericanos, a pesar de que los locutores repetían que sólo se trataba de una representación.

En consecuencia, los gobiernos ocultan la verdad porque temen que haya pánico. No obstante, es probable que en un futuro no muy lejano tengan que admitir la verdad, la verdad de que la Tierra es hueca y que en su interior habita una raza inteligente, y que cierto tipo de ovnis provienen de esa cavidad terrestre. Tenga usted presente que hay más de una clase de ovnis: una de ellas proviene del "espacio exterior" y la otra del "espacio interior", o sea de la parte interna de la Tierra.

Con todo, vamos a suponer que usted dijera: "Insisto en que este tipo está loco, pues dentro de la Tierra no puede haber lugar para una civilización". Pues bien, señor

o señora, eso implica que usted ha perdido el tiempo en la escuela. Repasemos, pues, algunas cifras. No voy a mencionar cifras exactas porque no faltaría, por cierto, quien dijese: " ¡Oh, mírenlo! Ya sabíamos que era un farsante: se ha equivocado en seis pulgadas en el diámetro de la Tierra". Porque, estimado lector, ¡vaya si hay gente que me escribe tales cosas y se cree muy inteligente! Veamos, entonces, algunas cifras aproximadas.

El diámetro de la Tierra es, más o menos, de doce mil setecientos cincuenta y cinco kilómetros. Supongamos, ahora (dijimos que íbamos a dar cifras, ¿no es cierto?), que el espesor de la corteza terrestre del lado que estamos nosotros y el espesor del "suelo" de la parte interior de la Tierra sumasen mil doscientos ochenta y siete kilómetros. Pues bien, si sumamos mil doscientos ochenta y siete más mil doscientos ochenta y siete, tenemos dos mil quinientos setenta y cuatro kilómetros; y si restamos esta cantidad de los doce mil setecientos cincuenta y cinco kilómetros, nos quedan diez mil ciento ochenta y un kilómetros. Podemos decir, pues, que éste es, de manera muy aproximada, el diámetro del mundo que está dentro del nuestro.

Esto significa que el mundo interno es (aproximadamente, también) 2,9 veces mayor que la Luna, de modo que, si la pudiéramos meter en la Tierra, la pobrecita saltaría de un lado a otro como la bolita de un pito de *referee*. Porque el diámetro de la Luna, recuerde, es de tres mil cuatrocientos setenta y cinco kilómetros, aproximadamente, y el de la parte interna de la Tierra, según hemos convenido, de diez mil ciento ochenta y uno. Ahora haga usted algunos cálculos, para variar. Tengo razón, ¿no es cierto?

Otro punto interesante es éste: sólo la octava parte de la superficie del globo es tierra; los siete octavos restantes están constituidos por agua —mares, océanos, lagos, etcétera—. De manera que bien pudiera ser que hubiese más tierra *dentro* del globo que afuera; y, en tal caso, podría

haber más gente. O, quizá, si acostumbran tomar "la píldora", se hayan multiplicado en calidad más que en cantidad.

Eso es lo que yo pienso, como usted sabe; lo vengo pensando desde hace años y lo he analizado con suma minuciosidad. He leído todo lo que pude acerca del tema, y si usted hace lo mismo podrá arribar, sin duda alguna, a la misma conclusión que he llegado yo, a saber: que hay otro mundo dentro del nuestro, que es 2,9 veces mayor que la Luna y está poblado por una raza muy inteligente.

Y otra cosa interesante: fíjese en todos los exploradores que han "estado en el polo". Ninguno de ellos ha *probado* jamás haber estado en tal sitio. Piense en el almirante Peary, en Wilkinson, en Amundsen, Shackleton, Scott, etcétera. Ninguno de estos hombres que teóricamente llegaron allí por agua o a pie, o que arribaron al lugar por aire, ninguno de ellos demostró jamás, de modo inequívoco, haber alcanzado el polo mismo. Yo pienso que no pudieron porque el "polo" es una remota región que se halla en algún punto del espacio por encima de la superficie y cuya ubicación, según se ha demostrado, varía mucho.

Así que ya ve usted. Si todo esto le interesa, no vuelva a escribir sobre el asunto porque ya lo he dicho todo acerca del tema. Por supuesto que sé bastante más; sé muchísimo más de lo que he escrito, mas corra usted a una librería realmente buena y *compre* algunos libros que hablen de la cavidad de la Tierra. Para los autores será mejor que los adquiera y no que los lea en alguna biblioteca pública, porque esa pobre gente tiene que vivir, cosa que no pueden hacer si los libros se leen sólo cuando es posible hacerlo gratuitamente. Los autores viven de sus derechos y, al fin y al cabo, si algo merece ser leído, vale más pagar por ello.

CAPÍTULO III

En Calgary hacía frío y la nieve se extendía por todos lados, ocultando los rieles del ferrocarril, cubriendo el río congelado. Era un frío tremendo; un frío que parecía penetrarlo todo, que parecía magnificar el ruido de las calles heladas. Los automovilistas, empero, andaban como si nada del mundo pareciese importarles. Calgary, según se comenta, tiene reputación por dos motivos: porque hay en ella más automóviles per cápita (¿por qué no decir "por persona"?) que en ningún otro lugar del continente norteamericano; y, segundo —siempre que a esto se le pueda llamar reputación—, porque sus automovilistas son los más peligrosos del continente. La gente se lanza por todas partes sin el menor cuidado y, así, a veces se despierta en el Cielo o en el Otro Lado y se encuentra con que se ha echado encima una buena porción de karma de las personas que ha matado en el accidente.

Como digo, pues, aquel día hacía un frío formidable. De pronto apareció en el cielo una característica franja de nubes —o, mejor dicho, de nubes y luz alternadas— e inmediatamente el aire se tornó más cálido, como si alguien "Allá Arriba" se hubiese apiadado de los pobres mortales de Calgary y hubiera encendido una estupenda calefacción eléctrica.

El aire se caldeó de repente, la nieve quebradiza se fundió y el agua comenzó a caer de los techos. Habían llegado los vientos Chinook —la mayor bendición de Calgary—, que constituyen un fenómeno meteorológico particular que de pronto trae desde Vancouver una gran masa de aire caliente (no hace falta más que reparar en el gobierno de ese lugar. . .), aire caliente que hace que un día gélido se convierta en un día agradable.

Pronto la nieve se derritió. Los vientos continuaron durante la tarde y la noche, y al día siguiente ya no había rastro alguno de nieve en Calgary.

Las cartas, sin embargo, no se toman la molestia de esperar el tiempo cálido, sino que llegan de continuo como las cédulas y las demandas de los impuestos a los réditos. No esperan a nadie ni a nada. He aquí, por ejemplo, una carta gruñona, escrita con tinta fluorescente de un rojo subido. Pertenece a cierta dama avinagrada que me dice: "Mucho hablar de Mantras, pero todo lo que usted dice está mal, pues sus Mantras no surten ningún efecto. Quería ganar la lotería y se lo repetí tres veces a mi Mantra. Sin embargo, no gané. ¿Qué le parece? "

¡Caramba! ¿Por qué habrá cacatúas como ésta que se ponen en semejante estado? ¿No ven que es espantosamente malo para su tensión sanguínea? Y, mucho peor, para su evolución espiritual. Como quiera que sea no decía *mi* Mantra, sino que, evidentemente, hacía algo contra lo cual yo he prevenido en particular. Porque no es correcto querer ganar dinero en el juego apelando a los Mantras. El juego por dinero no es más que eso: juego. De modo que si usted recurre a los Mantras para ganar, se hace un enorme daño a sí mismo.

Mucha gente, sin embargo, parece haber tenido mala suerte al no poner en buen orden de funcionamiento sus Mantras. Quizás esto se deba a que no lo inician de manera adecuada; pero, sin duda, es porque no pueden visualizar qué es lo que quieren hacer llegar al subconsciente.

Ya ve usted: tiene que saber qué dice, tiene que convencerse usted misma de lo que dice y, habiéndose convencido usted misma, tiene que convencer a su subconsciente. Interprete esto como un precepto comercial.

Supongamos que usted desea algo en particular. Ese algo debe desearlo también su subconsciente. Digamos, por ejemplo. . . Pero tengan presente que éste es sólo un ejemplo intrascendente, de modo que no se pongan a escribirme montones de cartas para decirme que me contradigo ni nada por el estilo, como tantos de ustedes gustan de hacer, pese a que la mayoría de las veces se equivocan. Digamos, entonces, que el señor Pérez, por ejemplo, quiere conseguir trabajo y que mañana, pasado mañana o al otro día debe ver al señor Fernández. El señor Pérez genera, pues, un Mantra. Se pone a mascullar y mascullar entre dientes, pensando en acabar con esa fruslería y en irse al cine, a beber una copa, en salir con alguna amiga o en cualquier otra cosa. Procura dar todo por concluido y, luego de decirlo tres veces, se persuade de que ha hecho cuanto era necesario y de que los *poderes que existen* serán los responsables de todo lo que suceda después. Entonces, el señor Pérez se lanza a la calle, va al cine, bebe uno o dos vasos de cerveza en algún bar y se consigue una chica, de suerte que, cuando va a ver al señor Fernández, pues. . . no se luce. ¡Claro que no! Como que no se ha preparado para ello, no ha hecho sus deberes. Lo sensato sería esto:

El señor Pérez busca trabajo, de modo que solicita un empleo luego de cerciorarse de que posee las condiciones y aptitudes necesarias para realizar las tareas propias del cargo en caso de conseguirlo. Se ha enterado de que un tal señor Fernández puede concederle una entrevista el día tal a tal hora. Si el señor Pérez obra con cordura tratará de averiguar algo, dentro de lo posible, acerca del señor Fernández: ¿cómo es? , ¿qué aspecto tiene? , ¿qué cargo ocupa en la empresa? , si es afable, etcétera. Esas cosas pueden averiguarse, por lo común, preguntándoselas por teléfono a la

telefonista de la empresa correspondiente, pues con ello, sin duda, muchas de esas chicas se sienten muy halagadas. O sea que el señor Pérez puede decir que está tratando de conseguir empleo en la firma y que tal día tiene una entrevista, y pedirle a la muchacha que le diga algo acerca del señor Fernández, porque, después de todo —puede decirle—: "Pronto seré su compañero de trabajo, de manera que seamos amigos y dígame lo que pueda". La chica responde invariablemente de modo favorable si se la aborda en debida forma, pues se siente halagada de que alguien recurra a ella para solicitarle ayuda, de que se piense que pueda tener tan buen criterio como para opinar acerca del carácter, y de que un nuevo aspirante a empleo en la empresa tenga la suficiente inteligencia como para ponerse en comunicación con ella. Y, de ese modo, suelta la información. Podría contarle, por ejemplo, que cuando el señor Fernández se hizo cargo de su puesto en la compañía, apareció su foto en la *Revista Mensual de Lavadores de Perros*, o algo por el estilo. Ya se halla en condiciones, entonces, el señor Pérez, de ir a la biblioteca de la zona para mirar con detenimiento esa fotografía que, después de haber mirado y remirado, graba bien en su mente. O sea que puede ya volverse a su casa teniendo bien presentes las facciones del señor Fernández; de modo que, una vez allí, el señor Pérez se sienta y se imagina que ese señor Fernández se encuentra frente a él, imposibilitado de decir palabra alguna, y que todo cuanto el desdichado puede hacer es permanecer sentado y escuchar. En ese momento, pues, el señor Pérez le suelta una retahila acerca de sí mismo y de sus condiciones. Lo que debe decir lo dice de manera convincente y, si está solo, puede hacerlo en voz baja. No obstante, si no se halla solo, mejor será que lo diga para sus adentros, porque alguien puede haber en la casa que, de no hacerlo así, lo agarre y se lo lleve al lugar donde se pone a "la gente así", puesto que no todos entienden de visualización, de Mantras, etcétera.

Si el señor Pérez realiza todo esto de manera adecuada, cuando vaya a ver al señor Fernández éste tendrá la clara impresión de haberlo visto antes en circunstancias muy favorables, y ¿sabe usted por qué? Se lo diré: porque si el señor Pérez procede de manera adecuada, "pone su impronta en el éter" y su subconsciente puede, durante el lapso del viaje astral, encontrarse y tratar diversos asuntos con el subconsciente del señor Fernández. ¡Vaya si esto da resultado! Lo he hecho veces y más veces, e inclusive conozco cientos, miles de personas que también lo han practicado y les sirvió, aunque, claro está, *hay que hacerlo de manera adecuada.*

Pero si el señor Pérez es un haragán que sólo piensa en pescar muchachas, ir al cine y beber cerveza, pues por cierto que su mente ha de estar en tales cosas —pescar muchachas, ir al cine y beber cerveza—, de modo que no habrá de obtener respuesta alguna del subconsciente del señor Fernández.

Les diré qué voy a hacer: les sugeriré algo que va a servirles, al menos a aquéllos de ustedes que encuentran difícil concentrarse de manera apropiada. Hay ciertas cosas que se llaman rosarios y que utilizan los católicos, los budistas y muchas otras personas. Nadie, empero, los usa tanto como los *hippies*, quienes se cuelgan esas cosillas para parecer diferentes. Tenemos, pues, una sarta de cuentas. ¿Qué haremos con ellas? Antes que nada, formar una hilera que nos convenga. Mas, ¿cuántas cuentas debe tener? Y, por lo demás, ¿tiene alguna importancia el número de cuentas? ¡Por cierto que la tiene!

Yo pienso que los psiquíatras son, en realidad, una buena sarta de obtusos y que la mayoría de ellos están más locos que la gente que atienden. Es como poner a un ladrón a que aprehenda a otro ladrón. O sea, que tenemos a un lunático que trata a otro lunático, pues según mi modo de ver, la mayor parte de los psiquíatras son locos a más no poder. Por casualidad, no obstante, a veces apare-

cen con alguna información que puede servir a alguien, con lo cual una banda de esos reducidores de cabezas salen con la idea de que hacen falta cuarenta y cinco repeticiones para que algo quede bien fijado en el subconsciente. De manera entonces que, para aquéllos de ustedes que no pueden concentrarse bien en las cosas, recurramos a una sarta de cuentas formada por cincuenta bolillas, que sería la cantidad apropiada. Comience usted, pues, por ir a la mejor tienda de *hobbies* o de artesanías que encuentre y póngase a escarbar en el montón de cuentas sueltas hasta que halle la clase, el estilo, la forma y la medida que más le atraigan. Las mejores, para mí, son las del tamaño de un garbanzo, y las que tengo son de madera lustrada. Tome, entonces, un trozo de hilo de nailon por el cual puedan deslizarse bien las cuentas, compre sus cincuenta bolillas —que deben ser de igual medida— y, si le parece, adquiera otras tres, más grandes, para que sirvan de señal. De vuelta a su casa ensarte las cincuenta bolillas en la hebra de nailon, cuidando que se deslicen sin esfuerzo. Luego haga un nudo en cada extremo y, en una de las porciones de hilo que quedan sueltas, ensarte, si quiere, las tres cuentas de mayor tamaño y vuelva a hacer un nudo. Con esto sólo se persigue que usted perciba cuándo ha concluido una vuelta completa de las cuentas. De manera que ya puede usted sentarse lo más cómodamente posible en una silla, acostarse o —si para usted es más cómodo— ponerse de cabeza. Lo que importa no es que esté sentado o acostado, sino que se sienta cómodo y no tenga los músculos en tensión.

Entonces usted resuelve qué quiere decirle a su subconsciente. No obstante, es importante lo que diga y cómo lo diga. Tiene que ser algo decididamente positivo, no negativo, pues puede arribarse a un mal resultado. Tiene usted que decir "quiero...", o sea que tiene que ser algo claro y conciso, algo que realmente se pueda repetir sin someter a una excesiva tensión al intelecto. ¡No se imagina usted la tensión en que están algunas mentes!

Así pues, si el señor Pérez desea impresionar bien al señor Fernández, se repetirá (pero recuerden que éste es sólo un ejemplo, de modo que no me hagan cuestiones): "Quiero impresionar bien al señor Fernández; quiero impresionar bien al señor Fernández; quiero impresionar bien al señor Fernández". Es decir, que el pobre señor Pérez debe repetir esto cincuenta veces, y cada vez que llega a la palabra Fernández, pasar una cuenta y así, sucesivamente, hasta decirlo esas cincuenta veces. Las bolillas sirven, pues, para llevar la cuenta, porque no se puede estar diciendo "Quiero impresionar bien al señor Fernández —una vez—; quiero impresionar bien al señor Fernández —dos veces: quiero impresionar bien al señor Fernández —tres veces—", puesto que se haría un embrollo con las palabras y con las instrucciones que debe impartir a su Superyó.

Después de insistir cincuenta veces en que usted va a impresionar bien al señor Fernández, se atiene a eso y le habla como si realmente estuviese frente a usted, según ya he dicho más arriba. Y eso es todo cuanto hay que hacer.

Debe usted manipular las cuentas con mucha frecuencia para imbuirlas de su personalidad, para que sean parte de usted mismo, para asegurarse de que se deslizan bien, de que las puede correr de un lado a otro sin tener que pensar para nada en hacer que se muevan. Deben convertirse en su segunda naturaleza, por lo cual, en caso de que usted viva con otras personas en la misma casa, lo mejor es que las cuentas sean pequeñas para que quepan en un bolsillo y pueda moverlas de un lado a otro dentro de él, pues de esa manera nadie sabrá qué está haciendo y sólo pensarán que es tan desmañado que siempre anda con las manos en los bolsillos.

Ahora voy a decirle a usted, una vez más, que sí, que no cabe duda alguna de que puede ganar la lotería por medio de los Mantras, *pero siempre que sepa, con exactitud, quién va a extraer el premio.* Porque, para ejercer una acción positiva tiene que saber sobre quién debe influir. Es total-

mente absurdo, se trate de lo que se tratare, decir que va usted a hacer un Mantra para la persona a cargo de tal o cual cosa, pues eso no es lo correcto. Debe usted conocer realmente a la persona que echa la suerte, que extrae el billete de la caja, o lo que sea. De no ser así, no puede confiar de ningún modo en el Mantra. Esto significa que *debe* dirigir sus señales a algún subconsciente y no dilapidar sus energían al aire. ¿Entendido?

O sea que, si usted sabe, por ejemplo, que la señora Knickerbaum será quien efectúe el sorteo de la Sociedad de Víboras y que el premio va a ser suculento, entonces podrá dirigir sus señales a la entidad subconsciente de tal señora. Si lo hace de acuerdo con lo indicado en este capítulo, sus posibilidades de éxito son buenas, a menos que haya otros que también lo hagan y tengan un poder mental mayor que el suyo, en cuyo caso usted perderá.

Pero tenga en cuenta una advertencia, pues siempre hay advertencias para todo: para que se detenga y deje pasar el tráfico, para que ceda aquí, para que pare allá, etcétera. Pues bien, en esto hay otra, para completar la cosa: el dinero que se obtiene por medio de un Mantra como éste, raramente da felicidad. Antes bien, trae desdichas. De manera que si usted lo desea por razones egoístas exclusivamente, puede tener la más absoluta certeza de que se atraerá infortunios. De modo, pues, que no lo haga.

He recibido cartas de personas que me decían: "¡Oh, doctor Rampa! Quiero ganar la lotería y sé que usted puede ayudarme. Haga que gane cien mil dólares y le daré el veinte por ciento. Vale la pena, ¿no es cierto? Aquí le envío el número del billete", etcétera.

La respuesta es ésta: No, señora; no me interesa. Yo no creo en los juegos por dinero, de modo que si participara con el veinte por ciento sería tan culpable como usted. Y además, señora, si quisiera hacer tal cosa, ¿por qué tendría que hacerlo por ese veinte por ciento nada más? ¿Por qué no hacerlo por mi propia cuenta y ganar yo todo ese dinero?

Mucha gente se detiene en los anuncios de sistemas infalibles para ganar a las carreras, sin que parezca darse cuenta de que, si quien propugna tal sistema infalible tuviera en realidad una manera de ganar, no vendería la idea a nadie por un dólar o dos, sino que se dedicaría a acumular millones aplicando ese método infalible. Estamos de acuerdo, ¿no es cierto?

Quizá no esté de más añadir aquí algo acerca de esa gente que tanto se afana por rogar por uno. He recibido montones de cartas de personas que decían que todas sus relaciones iban a rogar mucho por mí, etcétera. Yo no deseo que nadie ruegue, pues no saben de qué padezco, y porque es sumamente perjudicial para todas ellas musitar sus oraciones sin tener la menor idea de qué es lo que hacen.

Vamos a referirnos a algo que bien puede ocurrir en la realidad, algo que puede servir de ejemplo. Porque, a menudo, rogar es inútil, excepto por lo que se refiere a un sentido negativo, y esto no se puede demostrar. El hipnotismo, en cambio, sí puede hacerlo.

Digamos que hay una muchacha que padece de una determinada dolencia y que, con la mejor buena voluntad, sus amigos insisten para que concurra a ver a un hipnotizador. Ella, que es algo débil, cede. Es posible que el individuo esté animado de la mejor intención, que sea uno de esos seres de oro puro con incrustaciones de pedrería; pero, por muy honrado que sea, si no está capacitado en medicina, no se hará ninguna idea de la enfermedad que padece la muchacha y, en consecuencia, aunque pueda sin duda alguna disimular los síntomas que la afectan, no podrá curarla. De manera que, si disimula los síntomas o los oculta en tal forma que el médico autorizado no pueda hallarlos, la muchacha podrá empeorar y morir, con lo cual se agrega un peso al karma del hipnotizador y al de los estúpidos "amigos" que le aconsejaron que fuera a verlo.

Como bien sé, si uno llega a un hospital con una an-

gustia formidable, no hay médico que le dé ningún remedio para aliviarle el dolor *mientras no haya estudiado todos los síntomas*. Sólo cuando se ha puesto ya al corriente de todos ellos se puede hacer algo para mitigarlo. Los síntomas, por supuesto, son los elementos que permiten al médico saber de qué está afectado el paciente. Por eso, cuando hay gente que de su cabeza extrae ruegos, puede suceder un accidente de telepatía que cauce algún efecto hipnótico y produzca la supresión de algún síntoma vital. Siempre he considerado a las personas que desean rogar por mí como a mis mayores enemigos, y siempre me repito: "Cuídeme Dios de mis amigos, que de mis enemigos me cuido yo". De manera, pues, que no más ruegos; no más ruegos a menos que el dolorido los pida clara y concretamente. Si la víctima pide que se ruegue, eso libera de todo compromiso; pero, entretanto. . . rueguen por ustedes mismos, que tal vez lo necesiten como los demás.

Una persona me ha escrito para criticarme, diciéndome que no debo de tener amigos en absoluto y que es probable que no le caiga bien a nadie, puesto que sólo hablo de gente que me escribe groserías. Se trata, por cierto, de una partidaria de la liberación femenina —la forma más baja de existencia humana que conozco—; de modo que tal vez sea oportuno hablar ahora acerca de algunos amigos míos. Unos me han escrito a mí; a otros, en cambio —como a Hy Mendelson, de quien les hablaré más adelante—, les he escrito yo.

Esto de escribir acerca de mis amigos, supongo, tiene sus problemas; porque si me atengo a mencionarlos según acuden a mi memoria, esa tonta mujer de la Liberación Femenina —que me escribe tan a menudo y siempre llena de odio— ha de decir que nombro a los hombres antes que a las mujeres o cualquier otra cosa. Voy a nombrarlos, entonces, alfabéticamente, pues de esa manera nadie ha de sentirse molesto.

Adviertо que, por el bien de algunas personas, no voy

a proporcionar la dirección de ninguna de las que mencione. Hace alrededor de una semana recibí una carta sin franqueo de un hombre que me decía: "Dé los nombres y direcciones de las personas que pueden realizar el viaje astral para que pueda creerle a usted". De qué catadura sería este tipo que no sólo omitía colocar el timbre postal en la carta, sino que no la firmaba ni tampoco daba dirección alguna. Espero, pues, que lea esto y se entere de que nunca, nunca doy el nombre y la dirección de nadie sin contar antes con su autorización por escrito. Mucho me molesta la gente que se pone en contacto cónmigo para hacerme preguntas respecto de los demás, por lo cual, cuando ello ocurre, siempre me irrito y doy la respuesta más brusca que encuentro. De manera que voy a citar los nombres de algunos amigos míos, aunque no de todos —puesto que no se trata de hacer una guía telefónica—, sino de los que vayan surgiendo espontáneamente en la memoria. Por ningún motivo, entonces, daré sus domicilios.

Ayer tuvimos visitas. Vino a vernos alguien a quien esperábamos ("nosotros" somos la señora Rampa, la señora Rouse, Miss Cleopatra Rampa, Miss Tadalinka Rampa y yo). De pronto llegó una enorme camioneta y apareció John Bigras, amigo de mucho tiempo. Lo conocimos cuando vivíamos en el Habitat de la ciudad de Montreal, donde Biggs —como lo llamamos— me encontró (¿o será más correcto decir que yo lo encontré a él?). Sea como fuere, lo cierto es que simpatizamos y desde entonces mantuvimos vínculos muy estrechos. Biggs era un extraordinario corredor de productos medicinales, hasta tal punto que en dos o tres oportunidades recibió premios por el volumen de las ventas realizadas. No obstante, cuando abandonamos Montreal, llegó a la conclusión de que en ese lugar no había mucho futuro para él, de manera que nos siguió a todo lo largo de Canadá, manejando esa especie de casa móvil y con sus dos gatos: Wayfarer, el macho, enorme y de muy buen corazón y su compañera, criatura bondadosa de apenas la mitad del tamaño de aquél.

Se establecieron, pues, muy confortablemente en Vancouver, donde Biggs consiguió trabajo, un trabajo de su agrado que le permite una libertad total de movimiento, viajar de continuo y la oportunidad de conocer gente. Entretanto, sus gatos "cuidan la casa".

Ayer, pues, llegaron Biggs y sus dos gatos para pasar alrededor de una semana cerca de nosotros, en Calgary, mientras están de vacaciones. Para él, este lugar es hermoso aunque muy chico, por supuesto, comparado con Vancouver. No importa: los diamantes también son chicos, ¿no es cierto? En cambio, el carbón es grande. Bien podemos decir, entonces, que es uno de nuestros más íntimos amigos, puesto que lo vemos continuamente y nos ponemos en contacto telefónico dos o tres veces por semana.

Dos damas fueron de las primeras en escribirme cuando apareció *El tercer ojo*. Una de ellas es la señora Cuthbert, a quien puedo decir —¡válgame Dios! — que conozco hace alrededor de diecisiete años. Nos escribimos con mucha frecuencia, pero jamás la he visto. Es decir, entonces, que la señora Cuthbert se cuenta entre mis amistades. De la otra dama hablaré más adelante, por orden alfabético, pues tengo que tener presente a esa mujer de la Liberación Femenina, que es mi *bête noir*.

Veamos ahora un auténtico diamante en bruto, un hombre al que todos nosotros queremos mucho: Frogs Frenneaux. Lo de Frogs se debe a que es inglés, aunque desciende de una antigua familia de origen francés. Aquí se lo llama siempre Frogs. En la actualidad vive en Nueva Brunswick, donde lo conocimos cuando también nosotros vivíamos allí. Es un gran ingeniero, y si bien a veces habla de manera muy ruda, gruñendo como un *bull-dog* o peor todavía, tiene un corazón de oro. Fíjense ustedes que, ahora que digo "corazón de oro", me pregunto cómo puede funcionar un corazón de ese metal dentro de un cuerpo humano. . . Mas, no importa: metafóricamente hablando, "corazón de oro" equivale a Frogs Frenneaux. Recuerdo

que cuando yo vivía en un hotel de Saint John, Nueva Brunswick, Frogs me llevaba de un lado a otro, resoplando y rugiendo, y me subía de espaldas, con mi silla de ruedas, un tramo de escalera. Para él, hacerlo era poco menos que mortal y, para mí, casi más todavía; pero al cabo, subíamos ese tramo, si bien el pobre Frogs jadeaba después como un sapo. De modo que permítanme ustedes que aproveche estas líneas para decirle: " ¡Hola, Frogs! "

Y, todavía en tierra canadiense, voy a mencionar a otra persona. Se trata de mi gran amigo Bernard Gobeille, hombre extraordinario, por cierto, a quien conocemos muy bien. Era, por decirlo así, mi casero, pues cuando yo vivía en el Habitat él se desempeñaba como encargado y se ocupaba de todas las cosas, muy bien por cierto. En realidad, siendo un administrador tan eficiente que de todo se ocupaba demasiado bien, fue trasladado del Habitat, en calidad de componedor, a otro gran complejo de viviendas donde existían problemas. Sin Bernard Gobeille, el Habitat ya no fue el mismo; de modo que, como las cosas no me iban bien con el periodismo —como de costumbre—, esto colmó la medida y me marché con mi familia lejos del lugar. Gobeille y yo, sin embargo, seguimos manteniéndonos en contacto, como que esta misma mañana he recibido una carta suya. Pero, si bien me gustaría que estuviese aquí, que fuese otra vez mi casero, Calgary está a gran distancia de Montreal.

Mas, ¿qué les parece si hacemos un viaje? Dejemos, pues, Canadá y vayamos al. . . Brasil, para cambiar. Vive allí un hombre muy conspicuo y, sin duda alguna, gran amigo mío —el señor Adonai Grassi—, que en la actualidad está aprendiendo inglés con el exclusivo propósito de que nos podamos entender sin la intervención de terceros. Grassi es un hombre de singulares dotes, espontáneo y compasivo. No es de esas personas insensibles y despóticas, sino un individuo a quien vale la pena conocer, un ser de la mejor estirpe cuyo nombre habrá de alcanzar nombra-

día —lo preveo— tanto en Brasil como en otros sitios. No sé cómo enviarle mis *saludos* en portugués, pero él sabe demasiado bien en qué concepto lo tengo.

Permítanme ahora que pase a otro lugar para saludar a un amigo mexicano, el señor Rosendo García. En la actualidad vive en Detroit, *U.S.A.*, pero sigue siendo mexicano, y por cierto que del mejor cuño, persona bondadosa y de buena crianza, "incapaz de matar una mosca". Como hombre de mundo que es, ha pasado múltiples penurias y no por su culpa, realmente; de modo que podríamos decir, con absoluta certeza, que se encuentra en su última vida. La próxima vez, sin duda, ha de estar en un Ciclo de Existencias muchísimo mejor.

Pero, volviendo nuevamente al Brasil, me encuentro con mi amigo Friedrich Kosin, amigo, a la vez, de Adonai Grassi. Mucho he escrito acerca de él, pero por desdicha me ha enviado algunas cartas y un cable de protesta por lo que he dicho. Tal vez sea por su excesiva modestia o algo parecido. Francamente, no lo sé; de modo que me atendré a decir, tan sólo, que cultiva una gran amistad con el señor Grassi.

Y, ahora, otra vez un hombre de verdadera experiencia, mi querido amigo Pat Loftus, a quien conocí hace. . . ¡vaya, los años que hace! El señor Loftus es un caballero por naturaleza, uno de los hombres más delicados que se pueda encontrar. Retirado en la actualidad, fue policía —*guardia*— en Irlanda, cargo en el cual conquistó una reputación de lo más envidiable como hombre amable aunque, también, severo. Siento, realmente, una gran admiración por él. Nos hemos mantenido en estrecha comunicación, y si algún deseo quisiera que me fuese concedido, sería el de poder verlo otra vez, antes de que alguno de nosotros se vaya de este mundo. Ni él ni yo somos ya tan jóvenes, de modo que no nos queda mucho tiempo; por eso temo que tal deseo quede insatisfecho.

Loftus es uno de esos valerosos legionarios que echa-

ron las bases de la República de Eire, uno de los héroes de aquellos días primigenios, si bien no fue favorecido por la suerte como tantos otros. Pues con poco que ésta le hubiese sonreído, Pat Loftus habríase encontrado a la cabeza del Estado irlandés, en lugar de ser un policía jubilado.

Sí; Loftus es uno de mis más viejos amigos, uno de los más queridos. Y estoy seguro de que, viviendo como vive a orillas del mar de Irlanda, a menudo se queda contemplando la lejanía —como me dice—, pensando en mí, que me encuentro a cinco mil kilómetros de distancia. Yo también, Pat; yo también pienso en ti, amigo mío. . .

Mas, al pensar en Loftus e imaginarlo sentado a orillas del mar con la mirada puesta en lontananza, hacia el Canadá, me retrotraigo a este lugar y a mi memoria acude el recuerdo de Shelagh McMorran, que es una de las personas que me escriben desde hace tiempo. Mujer de múltiples condiciones, de muchas cualidades y de las más capaces, es de aquellas que no pueden dejar de agradar a nadie. Yo, que la he conocido, sé que es amiga mía.

Prosigamos siempre con nuestro periplo (al parecer mis amigos están en sitios diversos, ¿no es cierto?) y retrocedamos una vez más a Montreal para hablar de un amigo muy especial —Hy Mendelson—, de quien ya he dicho que es el hombre más honesto de la ciudad. ¡Y vaya si lo creo!

Hace algún tiempo, estando yo en Nueva Brunswick, necesité una cámara fotográfica de ocasión. Mi esposa recorría las páginas de un vespertino cuando me dijo: "Bien, aquí tienes; escribe a Simon's Camera, Craig Street West, Montreal". Demoré un poco en decidirme, pero al cabo lo hice y, a vuelta de correo, recibí una respuesta muy satisfactoria de. . . Hy Mendelson. Me trataba como se trata a un hombre honrado: nada de dinero adelantado para realizar la operación con él, nada de esperar el *clearing* del cheque, ni nada por el estilo. O sea, que me trataba como a mí me agrada que se me trate; de suerte que, a partir de

entonces, no sólo me entendí con él, sino que hemos cultivado una amistad muy afectuosa, por lo cual espero que él me aprecie a mí tanto como yo a él.

La vida, para él, ha sido sumamente dura, como que se ha hecho cargo del negocio de su padre y lo ha llevado adelante hasta el momento actual en que, tengo la más absoluta certeza, dispone de un *stock* mucho más amplio y diverso que el resto de los comercios de artículos fotográficos del Canadá. Algunas veces, y sólo por divertirme, le he preguntado si tenía existencia de tal o cual cosa, y su respuesta fue siempre que sí. De modo que, señor Hy Mendelson, es para mí un placer saberlo mi amigo y haber sido yo quien le escribiese a usted, no usted a mí.

Veamos ahora a otra persona cuyo nombre comienza también con M. Para ello, sólo tenemos que atravesar la frontera con *U.S.A.* y ya podemos saludar al señor Carl Moffet, a quien, a causa de sus aficiones, he "bautizado" Moffet el Botero. Y esto porque construye modelos, modelos extraordinariamente perfectos de embarcaciones, claro está. Mas, como yo le he dicho que no valía la pena que hiciese meros galeones antiguos y viejos barcos veleros, sino que, antes bien, debía hacer embarcaciones con ruedas de paletas, se ha puesto a la tarea.

Así, hace algunos meses construyó un hermoso modelo de barco con ruedas de paletas y me mandó unas fotografías de él; pero después me envió de regalo la embarcación misma y, como las autoridades aduaneras de Calgary —como es sabido— le asignaron un gravamen tan fantástico, ni yo ni Moffet el Botero pudimos solventarlo. De modo que me vi despojado de uno de los pocos placeres que puedo disfrutar, al privárseme de poseer el obsequio que con tanto cariño había hecho para mí ese estupendo amigo. Hubo, pues, que devolver el modelo, puesto que los funcionarios de la aduana exigían cientos de dólares en concepto de derechos por un objeto de artesanía y no quisieron entrar en razones. Eso es, empero, todo cuanto

es dable esperar de los aduaneros con quienes jamás pude entenderme.

Vamos, ahora, a emprender un vuelo a través del océano, o sea que dejaremos el continente americano aunque, por supuesto, debamos volver a él. Iremos, pues, al Japón, a Tokio. Vive allí una gran amiga mía —Kathleen Murata—, quien tomó la iniciativa de escribirme y posteriormente efectuó la travesía desde el Japón con el propósito de verme. Pequeña y muy talentosa, no valora sus propias cualidades. No obstante, si se diera cuenta de ellas, podría destacarse como ilustradora de libros, etc.; porque, como digo, es de un talento extraordinario.

Norteamericana de origen, se ha casado con un caballero japonés, pero pienso que siente gran nostalgia y que bien quisiera volver a su patria, aun cuando aquellas tierras sean casi tan abundantes como las cosechas de Watergate. Me escribió, no obstante, con la esperanza —supongo— de contar con alguien con quien cartearse y mantenerse vinculada con el continente americano, de manera, pues, que hemos entablado una amistad muy sólida. Después, cuando vivíamos en el Habitat de Montreal, vino a visitarnos y se quedó una temporada con nosotros en nuestro departamento. Le tenemos, pues, un gran afecto.

Mas, retrocedamos una vez más al Canadá, pero ahora a una de las islas, donde reside el matrimonio Orlowski —Ed y Pat Orlowski—, personas de talento también. Ed es un hombre sumamente habilidoso para las artesanías, para el modelado, capaz de realizar todo tipo de objetos artísticos, aun cuando nunca en su vida tuvo oportunidad alguna.

Procedente del Viejo Mundo, trajo consigo muchas de las antiguas técnicas europeas y se estableció —según creo— en Canadá. Supongo, sin embargo, que ésta es su última vida en la Tierra y que, en consecuencia, está padeciendo por demás. Tiene un trabajo muy modesto, excesivamente mal remunerado, aunque en verdad puedo decir-

les que es un genio. Todo cuanto le hace falta es contar con una oportunidad, tener un poco de respaldo económico para poder hacer sus estatuillas, sus efigies. Hace poco le di algunas láminas para que pudiera hacer péndulos, piedras de toque y aretes de estilo oriental, cosas en las cuales se destaca. Pues bien, verán ustedes. Voy a proporcionarles su dirección —o sea que voy a quebrantar mi norma— para que, en caso de que deseen encargarle algunos de los hermosos objetos que hace, puedan escribirle. Aquí están, pues, sus señas:

Mr. Ed Orlowski,
Covehead,
York P.O.,
Prince Edward Island,
Canadá.

No muy lejos de aquí vive un norteamericano estupendo, el Capitán George "Bud" Phillips, uno de mis más admirados amigos, hombre que se lo pasa recorriendo el continente en un *jet* Lear. Es piloto mayor de una gran compañía, y por cierto que contempla la vida desde lo alto, por lo común desde más de diez mil metros. . . Lo conozco al dedillo, y cuanto más lo conozco más admiro sus grandes cualidades.

Volvamos ahora un poco "hacia la derecha" y hagámosle una visita a la señora María Pien. Oriunda de Suiza, esta señora está casada con una persona de nacionalidad china. . ., pero mejor será que diga que se trata de un caballero chino, porque, de lo contrario, aquella mujer de la Liberación Femenina —de la cual hablábamos— podría escribirme para decirme que cómo es posible que una mujer se case con otra, aunque yo sé que eso se hace hoy día, puesto que, en realidad, hace poco he leído algo sobre el particular.

Mas, volviendo a María Pien, es ésta una mujer de

múltiples habilidades pero, por desdicha, tiene familia y esa familia le resta mucho tiempo. Porque cuando se tiene una familia que nos insume tiempo, debemos dejar a un lado las inclinaciones, claro está, y entregarnos a cumplir con nuestras responsabilidades. Te saludo, pues, María, desde estas páginas, complacido de contarte entre mis amistades.

Y, ahora, otra persona, esta vez un hombre —Brian Rusch— con quien mantengo correspondencia desde hace mucho, pues nos escribimos. . . pero no, no quiero decir desde cuándo, aunque, para ser sincero, tampoco recuerdo cuánto hace. Es, eso sí, uno de los que primero me han escrito.

Ruby Simmons es otra de esas personas. Me escribió. . . Veamos; creo que, en realidad, me escribió antes que la señora Cuthbert. Según me parece recordar ahora, fue la primera corresponsal que tuve, por cierto, en *U.S.A.*; y, como nos carteamos regularmente, es por eso que la incluyo aquí entre mis amistades.

En Vancouver reside una dama que me llamó muchísimo la atención por su interés en el *bonasai*, que es, como ustedes saben, el arte japonés de cultivar árboles enanos. La señora Edith Tearo —que de ella se trata— sabe mucho de jardinería, de plantas y de todo cuanto se relaciona con esas cosas; de modo que, a causa de nuestro idéntico interés por los árboles enanos, hemos entablado una verdadera amistad.

Como circunstancia digna de destacar, diré que vino a verme durante el fin de la semana anterior. Salió —cosa extraordinaria— con su auto el viernes por la noche, recorrió los mil kilómetros —poco más o menos— que separan a Vancouver de Calgary, se quedó en mi casa un lapso brevísimo y retomó el camino de regreso a Vancouver para poder presentarse en su trabajo al comenzar la semana. ¿No es esto, para ustedes, lo que se llama una buena amiga; una amiga que toma su coche y se echa a andar mil

kilómetros de ida y mil kilómetros de vuelta? Supongo, claro está, que al hacerlo habrá tomado también un poco de aire puro; pero lo cierto es que, de todos modos, nos proporcionó una gran alegría.

Vamos a atravesar nuevamente otro océano para llegar a Inglaterra y encontrarnos con Eric Tetley, quien me escribió hace algún tiempo y cuyo nombre me causó mucha gracia pues me recordaba los saquitos de té Tetley que se usan aquí. En mi respuesta, y según mi falta de tacto habitual, se lo hice notar; y desde entonces fructificó entre nosotros una auténtica amistad. Así pues, nos estimamos, nos escribimos y, de cuando en cuando, nos gastamos algunas chirigotas. Claro que tenemos que andar con tiento, puesto que no podemos escribirnos nuestras mejores chanzas porque. . . bueno, porque ya saben ustedes qué ocurre cuando hay mujeres en casa, que a veces leen las cartas y no les gusta que ningún hombre vea que se ruborizan. Eric Tetley y yo, pues, cultivamos una buena amistad por correspondencia.

Otro de mis grandes amigos es Jim Thompson, que vive en los yermos de California. Siempre pensé que toda California era un yermo, especialmente por haber estado allí varias veces. ¡Vaya que hay gente bravía en esas tierras! , ¿no es cierto? Y mejor será que no les diga cuántas de las personas que antes he mencionado proceden de California. . .

Jim Thompson y yo nos carteamos desde hace muchísimo tiempo y nos hemos compenetrado mucho uno del otro, pero en él hay una particularidad que quiero que conozcan: al parecer, ha copado el mercado mundial de hojas de calendario de 1960, pues invariablemente me escribe en ellas. Yo no me imaginaba siquiera que todavía quedasen en el mundo tantos calendarios viejos. Pero, bromas aparte, somos grandes amigos.

¿Se han dado cuenta, ustedes, de que ya llevo mencionadas veinte personas? ¡Veinte! Reparen en eso. Pero

como hay quienes me han preguntado acerca de mis amigos, ya tienen, pues, alguna información respecto de unos pocos de ellos. No obstante, creo que debo nombrar a alguien más todavía, cuyo lugar de residencia es Bélgica. Se trata de la señorita L. C. Vanderpoorten —dama de mucha importancia, sin duda, dedicada a los negocios—, con quien mantengo correspondiencia no muy frecuente, pero lo suficiente como para estar persuadido de que cultivamos una auténtica amistad. Es una mujer tan ocupada que pienso que no dispone de mucho tiempo para mantener correspondencia privada. Por eso, porque conozco perfectamente su manera de pensar, quiero saludarla aunque me encuentre muy lejos de Bélgica.

Pues bien; quienes me han preguntado por mis amigos y, con toda impertinencia, me han insinuado que no debía de tener ninguno, han de sentirse un poco sorprendidos, ¿no es cierto? Sé, sin embargo, que he omitido a un gran número de personas en esta pequeña semblanza; pero, de haber añadido alguna más, estoy seguro de que le habría dado pábulo a mi editor para decir un montón de cosas espantosas, porque lo que me ha pedido, en resumidas cuentas, es un libro donde se contestasen consultas de los lectores.

¡Pues yo cumplo, por cierto, señor editor! Dijo usted que deseaba un libro de respuestas a las preguntas de los lectores y eso es, distinguido señor, lo que estoy haciendo: una dama de la liberación (perdone usted, ninguna mujer de la Liberación Femenina puede ser una dama por el hecho de pertenecer a ella) me preguntó si tenía amigos y que, en caso de tenerlos, los anotase en el reverso de una tarjeta postal. ¡Qué postal enorme tendría que haber sido! , ¿no es verdad? Con todo, sólo he dado unos pocos nombres; de manera, pues, señor editor, que no he quebrantado ningún compromiso. ¡Estoy contestando preguntas de los lectores!

CAPÍTULO IV

Era una hermosa tarde soleada. De pronto, Biggs —nuestro huésped procedente de Vancouver— dijo: "¿Por qué no salimos? ¿A dónde les gustaría ir? " Yo pensaba en todas las cosas que tenía que hacer y en toda la correspondencia que debía contestar porque, como había estado en el hospital y a mucha gente se le había informado que en ello estaba la explicación de mi demora en responder, todo el mundo se había puesto a escribir nuevamente para hacerme infinidad de preguntas. Además, algunas personas formulaban consultas y más consultas, de manera que no era poco lo que tenía que trabajar al salir del hospital. ¡Vaya si tenía que hacer!

Por lo demás, debía escribir un libro y, si no tenía listos los originales mecanografiados, el editor no podría dárselos al impresor para que los hiciese componer. No obstante, pensé: "Pues sí; se dice por ahí que el trabajar y el no jugar hace un insulso de Juan. Yo, entonces, soy un insulso; de modo que saldré".

Me eché a rodar, pues, en mi sillón de ruedas hacia el automóvil, y con las penurias habituales me introduje en él. Luego plegaron el sillón, lo pusieron en el baúl del coche y partimos.

Por primera vez salía de casa después de abandonar, poco tiempo antes, el hospital. Era, en realidad, la primera

oportunidad que se me presentaba de ver, aunque fuera superficialmente la ciudad de Calgary, puesto que no tenemos auto. Además, como tampoco tenemos aparato de televisión, si bien sé que a veces hay programas acerca de la ciudad, también eso me está vedado.

Aquel día, pues, salimos y nos dirigimos a las montañas —luego de dejar detrás de nosotros la ciudad— y ascendimos hasta las altas cimas de las serranías. Antes, sin embargo, habíamos dado una vuelta por el hospital —el hermoso y muy moderno Foothills Hospital de Calgary—, y lo primero que vimos fue que sacaban un cadáver del depósito para ponerlo en un coche fúnebre. . .

Nos volvimos y cruzamos el río hasta llegar a las elevaciones del terreno; pero como yo no puedo ir demasiado lejos porque me fatigo en seguida y me siento muy mal, nos detuvimos un rato en aquellos altozanos desde donde podíamos contemplar la ciudad, una ciudad muy hermosa, por cierto, con sus ondulantes ríos —el Bow y el Elbow— que se entrelazan al surcarla.

El tránsito era espantoso. En Calgary, según se dice, hay más automóviles per cápita que en parte alguna de América del Norte, y bien que lo creo. La gente se lanza a correr sin que nada del mundo parezca importarle; mas, también es cierto que hay hospitales buenísimos para recibirla. . .

Pronto llegó el momento de emprender el regreso, de modo que tomamos por otro camino y pasamos por un centro comercial. Debe confesar que me sentí sumamente asombrado por la manera como, en la actualidad, los comercios parecen alejarse del centro de las ciudades para establecerse lejos, en las afueras. ¿Por qué lo harán? ¿Para dejar lugar a las oficinas? Porque, supongo que para algo han de usarse esos espacios. . .

Mas no despilfarremos el tiempo, pues ya es hora de que me ponga a trabajar y vuelva a ser un viejo gruñón, porque algo me tiene disgustado.

Me subleva, por cierto, que la gente me escriba como si yo fuera un mísero pagano ignorante, urgentemente necesitado de salvación.

Por alguna razón extraordinaria, en estos últimos tiempos son cada vez más los "reformadores" —lo de san Pepillo y santa Pepilla— que me escriben y me envían toda clase de Nuevos Testamentos, Antiguos Testamentos, "buenas nuevas" y una serie de cosas más. Ayer no más recibí carta de una mujer que me decía: "Espero que la Luz del Cordero Amado, de Jesús Nuestro Señor, encuentre respuesta en su corazón. Sólo por la sangre de Jesús podrá salvarse". Muy bien, de acuerdo. Pero por la manera como escribe —¡vaya qué fulana verdaderamente rencorosa con los paganos! —, bien que es ella quien necesita esa salvación. Yo, empero, soy budista: nací budista, soy budista y moriré budista. El budismo, con todo, no es una religión: es una manera de vivir. Y los verdaderos budistas nunca tratan de convertir a los demás a su fe. No obstante, sé que hoy en día existe cierto culto cuyos adeptos se autodenominan budistas y salen como misioneros a pregonar por las calles. Pues bien, esos no son budistas auténticos. Nosotros no tenemos misioneros, y a mí no me gusta que misionero alguno me venga con prédicas. La última vez que estuve en el hospital se me presentó uno, pero pronto le hice ver que yo también sabía lo mío acerca del cristianismo.

Tengo la más absoluta convicción de que, a menos que en el mundo se verifique un retorno a la religión, pronto no quedará nada de él. Pero también estoy totalmente convencido de que no interesa en lo más mínimo qué forma tenga esa religión. ¿Qué importancia puede tener que se sea budista, judío, cristiano, hinduista o lo que fuere, mientras se crea en ciertas cosas? Creyendo podemos obrar de una manera determinada, y mi lema es: "Trata a los demás como quisieras que te trataran a ti" Yo nunca intento convertir a nadie, pero tampoco quiero

que nadie trate de convertirme a mí. De modo que, ¿pueden ustedes, incipientes reformadores, hacerme el favor de tenerlo en cuenta? Porque de seguir recibiendo esos libros, esas palabras sagradas, anatemas sagrados o lo que de sagrado fuere, irán a parar directamente, sin abrirlos, al cubo de los desperdicios, como que considero que las personas que se toman la molestia de enviarme tales cosas son, por lo general, las más ignorantes y las más fanáticas de todas. Están obcecadas de tal modo con su religión, tan hipnotizadas por ella, que no son capaces de tomar distancia y analizar lo que en realidad constituye el origen de la religión.

A algunos de ustedes parece haberles suscitado un enorme interés lo expresado en mi último libro —*Una luz en la oscuridad*— acerca de que Jesús fue al Japón y, en su lugar, crucificaron a un hermano suyo. Por tal motivo, me parece bien acceder a lo que muchos de ustedes me piden, o sea decir algo más acerca de algunos de los relatos bíblicos. Porque, en realidad, es sorprendente la cantidad de personas que me han escrito para solicitarme que diga más y más al respecto.

En todo momento deben ustedes tener presente, por supuesto, que no es mucho lo que se dice acerca de todo esto, como no sea en la Biblia. Por ejemplo, ninguno de los grandes autores de hace alrededor de dos mil años escribió absolutamente nada acerca de Cristo. Veamos una consideración digna de tenerse en cuenta: en la actualidad no hay parte alguna.donde los hechos no se describan con detalles inexactos, con todos los aditamentos de que es capaz el periodismo. Pero, a lo largo de toda la historia, los grandes escritores escribieron invariablemente acerca de los hechos del momento; y la circunstancia de que ninguno de los autores de la época de la crucifixión haya escrito nada al respecto, significa que Jesús era conocido por un reducido grupo de personas.

Recuérdese, además, que el cristianismo no surgió hasta mucho después de Cristo. Sus bases se echaron, en

realidad, sesenta años después de la fecha de la presunta crucifixión. Según la opinión de los grandes escritores griegos y romanos de esos años, Jesús era algo así como un revoltoso, un individuo de ideas determinadas; o sea que, como se diría en nuestros tiempos, "integraba una comunidad de *hippies* o conducía a un grupo de marginados".

¿Que esto les produce una conmoción? Pues no debería ser así, porque sabido es que ustedes no estaban allí, que no saben cómo fueron las cosas, ya que todo cuanto conocen es lo que han asimilado a través de la Biblia y sus relatos. Los grandes escritores de aquellos tiempos, cuyas obras se han conservado y han llegado a nuestro conocimiento, no hicieron mención alguna de Jesús.

Otra de las cosas que hay que tener en cuenta es la siguiente: si se crucifica a una persona y al cabo del día se la retira de la cruz, se puede hacer que reviva, pues *no habría muerto a causa de la crucifixión*. En realidad, el estar suspendido de los brazos, como ocurre con la cruz, presenta serios obstáculos y dificultades en lo que atañe a la respiración. Sería imposible, pues, efectuar una respiración perfecta, porque hacerlo supone expandir el pecho y, estando uno suspendido de los brazos, eso no puede hacerse. Lo digo por experiencia, porque yo he estado suspendido así en un campo de prisioneros de guerra. Es decir, entonces, que la crucifixión puede no matar. Se produce, eso sí, un agotamiento extremo, y la persona cae en seguida en coma, estado durante el cual su respiración se torna cada vez más superficial, hasta el momento en que podría decirse que ha muerto por asfixia.

Sé que algo muy parecido ocurre cuando una persona se electrocuta: los músculos que gobiernan la respiración se paralizan o se dañan y, en consecuencia, no entra bastante aire como para que el cerebro disponga del oxígeno necesario para mantener el estado consciente. De este modo la persona cae en la inconsciencia y, *si no se la auxilia*, puede llegar a morir. En cambio, si se la puede

desprender de la fuente de electricidad y se le administra la respiración artificial, en la mayoría de los casos puede revivir.

Creo que en los anales penitenciarios de *U.S.A.* hay antecedentes de personas que han sido electrocutadas en las cárceles y a quienes después se ha hecho revivir; y, según me han dicho, cuando se electrocuta a un individuo los médicos se encargan de "rematarlo", posiblemente vigilando que no se le administre respiración artificial ni otras formas de asistencia que no vamos a mencionar aquí. He leído, no obstante, acerca de un caso particular, muy tocante, en el que fue electrocutado un hombre muy robusto, de raza negra, al que después lo llevaron a la cámara mortuoria y, por algún motivo, lo dejaron allí durante un lapso más prolongado que el de costumbre. . . ¡hasta que revivió! Esta información la tengo de buena fuente y lo creo, porque sé que tales cosas pueden suceder.

Bien saben ustedes que, en "aquellos tiempos", era ley que, cuando se crucificaba a una persona, se debía descender el cuerpo al anochecer, pero que antes de retirarlo de la cruz había que quebrarle las piernas para producirle una mayor conmoción y un daño extra en el pecho y, por ende, en los músculos de la respiración. Con todo, recuerden ustedes que, en el caso de Jesús, está perfectamente comprobado que no le quebraron los huesos. De manera, entonces, que si no le quebraron los huesos ni se lo sometió a esa conmoción extra, es posible que Su cuerpo haya revivido.

Como acabo de decir, pues, en el caso de Jesús el cuerpo fue retirado sin que se le quebraran las piernas y llevado —recuerden que nadie ha dicho que fuera un cuerpo muerto— a una cueva, donde fue recibido por un grupo de hombres y mujeres muy especiales, muy talentosos.

Ustedes habrán oído hablar de los esenios y sabrán que fue una secta muy particular, constituida por indivi-

duos muy doctos, cuya ilustración y aptitudes estaban por encima del entendimiento del común de la gente. Sus conocimientos de la vida y de la muerte eran extraordinarios, y sabían qué medicinas debían utilizar y cómo hacer que un cuerpo reviviese. Así pues, una vez que la persona crucificada estuvo en la cueva, rápidamente le administraron drogas aromáticas acres y le inyectaron medicinas, con lo cual el cuerpo —haya sido el de Jesús, el de Su hermano o el de alguna otra persona— revivió.

Para refrescar un poco más la memoria de ustedes, recuerden el caso de Lázaro, de quien se dice que fue resucitado, ¿no es cierto? Se dice que estaba muerto y, también, que Jesús lo revivió. Jesús era esenio, de manera que es muy probable que, como "mago blanco", dispusiera de ciertas hierbas y poderes para realizar esos aparentes milagros, uno de los cuales se produjo con Lázaro, quien tal vez se hallase en estado de coma. Existe, incluso, la posibilidad de que haya sido un coma diabético. Porque, permítanme que les diga una cosa: yo soy diabético y he estado varias veces en coma. Y, en determinadas condiciones, al estar en tal estado, es posible que a uno puedan darlo por muerto.

Otro tipo de mal —la catalepsia— hace que la persona parezca muerta. Muchas han sido sepultadas —sepultadas vivas—, en realidad, porque los verdaderos catalépticos pueden pasar por todas las pruebas, con excepción de una. No tienen respuestas, no tienen reflejos y, cuando se arrima un espejo a sus labios, éste no se empaña. Hay pues, una sola prueba infalible en tales casos: la de la descomposición orgánica. Cuando el cuerpo muere comienza a descomponerse de modo que, por la vista y el olfato podemos tener la más absoluta certeza de que realmente está muerto, lo cual no ocurre cuando se trata de un cataléptico. En consecuencia, quizá Lázaro se hallara en coma o en estado cataléptico, y Jesús, como esenio que era, se diese cuenta de ello y tuviera la capacidad necesaria

para tratarlo. Cuando no se conoce la técnica de algo, el hecho puede aparecérsenos como un milagro —¿no es verdad? —, en particular si, de acuerdo con nuestro criterio, tal cosa se opone a las leyes, a las creencias o a los conocimientos establecidos.

Téngase presente que en la Biblia hay cierta cantidad de libros, pero muchísimos más han debido ser excluidos de ella. La Biblia es, por ende, como su nombre lo dice, una recopilación de libros.

Muchos otros "evangelios" debieron ser omitidos porque contradecían el testimonio de los pocos que se habían publicado. Piénsese que en ninguna parte se dice que la Biblia responda a la verdad; se afirma, en cambio, que los Evangelios son *según* tal o cual santo. En otras palabras, se nos advierte que no se trata de un libro necesariamente auténtico, sino compuesto *según* las palabras de determinadas personas. Es como si dijéramos: "Pues bien; él me dijo que pensaba que. . ." Lo cual no quiere decir que lo sepamos por los hechos. Dicho en términos de abogados, habría que clasificarlo entre los testimonios según rumores y no como algo que se presenta como verdad absoluta, incontrovertible, sino como una afirmación según la opinión de alguien.

Si se dispusiera de otros libros antiguos, papiros o escritos en piedras, veríamos que habría divergencias verdaderamente notables. ¿Saben ustedes que en algunos libros se dice que Juan no existió nunca? Porque hay quienes afirman que sólo fue una figura simbólica, mítica, como John Bull en Inglaterra, G. I. Joe en *U.S.A.* o —¿por qué no decirlo? — Gilroy aquí.

Si realizaran ustedes el viaje astral como lo he indicado, no tendrían mucha dificultad en averiguar estas cosas por sí mismos, porque todavía hay una gran cantidad de documentos, que se remontan a dos o tres milenios atrás o aun más, que no han sido descubiernos por el hombre físico. En el astral, tanto el hombre como la mujer pueden

hallar tales cosas y leerlas lo cual constituye una gran ventaja, porque muchos de esos papiros se han pegado a causa del tiempo, de modo que si ahora quisieran ustedes desenrollarlos se harían polvo. En el astral, en cambio, se los puede recorrer capa por capa sin alterar su estructura física.

Pero si esto les resulta difícil de entender, tomen un microscopio y observen, pongamos por caso, un trozo de piedra en bruto. Enfoquen bien el aparato y podrán ver cómo aparecen con claridad las distintas capas, que luego desaparecen para dejar paso a otro enfoque. Quienquiera que tenga un microscopio podrá explicarles esto.

Mi mujer, que acaba de leer estas líneas, me ha hecho una insinuación atinada: "¿Por qué no dices que hay gente que cree que Sherlock Holmes existió? ", Pues bien; es una buena observación, muy buena, por cierto, porque se ha creído que Sherlock Holmes era un ser viviente y todavía hay gente que le escribe. Supongo que las cartas irán dirigidas a la casa de Conan Doyle, pues aquél no fue más que un producto de su imaginación. Sabido es que el ente Sherlock Holmes no existió; no obstante, la imaginación popular ha conferido existencia a esa entidad de ficción, hasta tal punto que, según lo que sé, en Inglaterra hay un club dedicado a perpetuar la leyenda o mito de Sherlock Holmes.

Mas, volvamos a lo que he dicho acerca de emplear el viaje astral para ver algunos de los manuscritos ignorados, etcétera. Durante los últimos veinte años, una enorme cantidad de personas me han escrito para decirme que ya pueden realizar el viaje astral, que pueden experimentar la realidad de todo cuanto he escrito al respecto. Me cuentan que, después de los problemas iniciales, sintieron que se habían "soltado" y podían viajar a voluntad, en cualquier momento y adonde quiera que fuese.

Por desdicha, empero, también están quienes me han escrito para llamarme falsario, etc., y para decirme un

montón de cosas —de las cuales, estoy seguro, se arrepentirán—, porque no pueden realizar el viaje astral. Todo cuanto puedo suponer es que, si la persona adopta una actitud errónea, si encara las cosas de manera equivocada y siente dudas y temores, entonces no es tan sencillo efectuar ese viaje. Para mí, y para miles y miles de personas más, no existe inconveniente alguno; aunque, por mejor decir, el único inconveniente es el de poder decirles a los demás lo fácil que es.

Echemos un vistazo, otra vez, a este asunto del viaje astral. Supongamos que usted quiere realizarlo. Pero, antes que nada: ¿cree usted en el viaje astral? ¿Está convencido de que tal cosa existe y de que es posible realizarlo siempre que se cumplan determinadas condiciones? Si la respuesta es no, entonces no continúe, pues no será posible efectuar el viaje a menos que se tenga la más absoluta convicción de su existencia. Es preciso que convenza usted a su subconsciente, porque —según mi manera de pensar— con el subconsciente y el cuerpo astral ocurre algo semejante a lo que sucede cuando un niño sostiene un globo lleno de helio. Mientras el niño sostiene el globo, éste se halla prácticamente sujeto a su cuerpo; pero si se hace que el niño suelte el cordel, el globo se elevará flotando. Las condiciones para realizar el viaje astral son idénticas. Así pues, lo primero es que usted crea que el viaje astral es posible y, lo segundo, que esta persuadido de que puede realizarlo.

Durante el viaje astral es absolutamente imposible que entidad o cosa alguna le cause daño, a menos que usted sienta miedo. Ahora, si piensa que esto es extraño, fíjese en lo que le digo: si usted se sienta cómodamente en una silla y se pone a pensar en algún malestar imaginario y en los dolores y trastornos que tal dolencia causa, puede entonces suponer que tal vez ya la padezca y su corazón comience a palpitar haciendo que se sienta algo inquieto. En ese momento usted se siente seguro de que algo malo

le ocurre y entonces su corazón se acelera cada vez más, hasta que al cabo, a causa de tal aceleración cardíaca, se le produce un trastorno gástrico, siente un estado bilioso, etcétera. Es decir, que es muy posible que una persona se enferme de veras si piensa que tiene alguna enfermedad que inclusive, sea tal vez, incurable. Del mismo modo, si usted se propone realizar el viaje astral con la convicción de que va a aparecer algún espantajo que lo atrape por el rabo o algo parecido, entonces usted tendrá miedo y, por lo tanto, intentarlo será perder el tiempo. La tercera condición, en consecuencia, es que no tenga miedo; porque el miedo ha de impedirle, irremediablemente, que pueda usted salirse de su cuerpo.

Suponiendo, empero, que esté usted persuadido de la posibilidad del viaje astral y de que desea realizarlo, dando por sentado que no tiene usted miedo, nada habría entonces que realmente lo impidiese, a menos que usted lo intentase con malos propósitos. Por ejemplo —y esto es cierto—, hay hombres de tal índole que me han escrito para decirme que querían hacer el viaje astral para poder ver cómo se desnudan las chicas y otras cosas por el estilo. Alguno me escribió para decirme que querían hacer el viaje astral para asegurarse de que su novia era virgen, antes de casarse con ella. . . Esto, les aseguro, es totalmente verídico; y es la mejor manera de hacer que el viaje astral no pueda realizarse en modo alguno.

Mas, suponiendo que reúnan ustedes las condiciones (que crean en el viaje astral; que crean que con un poco de ayuda, pueden realizarlo fácilmente; que no tengan temor y que tampoco intenten emplear esa práctica para nada malo), pueden entonces sentarse en algún lugar donde no haya mucha luz ni mucha oscuridad, sino que sea un término medio. Siéntense perfectamente cómodos, tanto que ni se den cuenta de que están sentados o recostados y que ningún borde los moleste. Después, visualícense bien, abandonando el cuerpo. Respiren regularmente,

con una respiración profunda y rítmica, y hagan que sus ojos (que están cerrados) se vuelvan hacia arriba como si estuvieran en realidad mirando algún lugar próximo a la raya del cabello. . .; aunque, si usted es calvo, tendrá que imaginarse el lugar en donde debería estar.

Es decir, tendrá que poner un poco bizcos los ojos para que el foco converja, como he dicho, en la raya del cabello. Pero tome las cosas con calma, pues no tiene ningún sentido apresurarlas, absolutamente ninguno. Deje que todo marche al paso debido.

A continuación puede suceder una de estas tres cosas: Que se dé cuenta, de pronto, que ha dado un respingo. En ese caso, vuelva directamente al cuerpo, porque eso significa que usted ha salido de él y después ha sentido pavor y ese pavor es el que lo hace regresar otra vez. Con todo, no tiene de qué lamentarse. Suspire contrariado, si quiere, y luego empiece de nuevo.

La segunda cosa que le puede ocurrir es que sienta una gran flojedad —como un adormecimiento, digamos— que comienza en los pies y se va extendiendo hacia arriba. En realidad no es lo que se dice un adormecimiento, sino algo indescriptible, a menos que ya lo haya experimentado antes, tal vez un adormecimiento o un leve hormigueo. Es, como quiera que sea, algo distinto que usted debe tratar de ignorar, aunque, por lo demás es perfectamente normal. Algunas personas, cuanto esto ocurre, sienten que están casi en estado cataléptico, con los músculos rígidos e imposibilitadas de moverse. Pues bien —pero, atención, no hay que sentir pánico por lo que hagan—, ése es un signo buenísimo, porque están con los ojos cerrados —recuerden— y, sin embargo, en ese estado, se darán cuenta de que pueden "ver" a través de los párpados y que todo tiene un tinte dorado. Además, al alcanzar ese estado, notarán una sensación de balanceo y saldrán directamente al astral, donde verán más brillantes y vívidas las cosas y con una gama de colores más extensa de la que jamás habrían podido suponer.

En tercer lugar, una vez en reposo podrán notar, tal vez, una oscilación. Experimentarán la sensación de atravesar un túnel en dirección a una luz que se encuentra a lo lejos, al final de éste. Se encontrarán flotando hacia arriba, como un vilano a merced de la brisa del atardecer. No obstante, conserven la calma, pues eso es para bien, ya que en seguida notarán que la luz se va agrandando cada vez más hasta que saldrán flotando del túnel y se hallarán en medio de una luz mucho mayor, con lo cual advertirán que, en realidad, ya están en el mundo astral. Verán que, en derredor, los pastos son más verdes, mucho más de lo que pueden imaginar; y que las aguas —las de algún lago o río— son tan claras que se puede ver el fondo. Es una sensación hermosa, y si usted piensa en ir a algún lugar, se producirá una especie de destello y pronto se encontrará en él. Suponga, por ejemplo, que ya ha salido al astral y que durante un rato flota a unas pocas pulgadas del suelo mirando en derredor, maravillado de cuanto ocurre y preguntándose qué podría hacer. Entonces, tal vez opte por explorar ese mundo astral donde todo es brillante, donde los colores son más vívidos y donde el aire tiene una rutilante fulguración. Pues bien, hágalo; con ello se revitalizará, por cierto, como que sus facultades psíquicas se vigorizarán enormemente. Es mucho mejor hacer eso y darle algún "alimento al espíritu". En ese caso, advertirá que ya no tiene dificultad alguna para entrar en el astral en cualquier momento; pero si lo que pretende es ir volando a algún sitio con fines materialistas, entonces habrá de recibir algunos *shocks*.

Suponga que usted quiere ir a ver a N.N. para averiguar qué está haciendo. De inmediato piensa en él y en el lugar donde se encuentra pero, al hacerlo, se verá fuera del medio brillante y de la atmósfera tonificante del mundo astral y, en cambio, tornará otra vez a la Tierra —claro que en el estado astral—, donde seguirá viendo las cosas como en ella suele verlas la gente o sea que verá colores apaga-

dos, personas intrascendentes, aguas oscuras. De modo que si N.N., su amigo, se halla ocupado en negocios, observará que también sus colores son bastante borrosos, lo cual no le gustará ni pizca.

La recomendación más concreta que puedo formular, entonces, es que quienes entren en el mundo astral permanezcan en él durante media hora, más o menos, para acostumbrarse, porque así les será mucho más fácil volver a hacerlo en otras oportunidades.

El gran problema con que tropieza la mayoría de las personas es que, aun cuando comiencen muy bien, y penetren en el astral, después su cuerpo empieza a crujir, sienten extraños tirones y balanceos, y a veces llegan a experimentar algo parecido al mal de altura, porque se encuentran en un extraordinario estado de nerviosidad. Sucede que, después de abandonar el cuerpo, sienten pánico. "¡Ay! ¿Y si ahora no puedo retornar a mi cuerpo? ", piensan; y, no bien termina de cruzárseles ese pensamiento, ¡zas! , vuelven a él y se sienten, quizás, un poco aturdidas. De modo que si usted vuelve alguna vez a su cuerpo de esa manera y se siente algo mareado, trate de reposar con toda tranquilidad y de descabezar un sueño, aunque no sea más que durante unos pocos minutos, porque mientras su cuerpo astral no se separe del físico y se reacomode para entrar en éste correctamente, se sentirá usted bastante indispuesto. No habrá, pues, aspirinas que le alcancen, ya que todo cuanto debe hacer es salir otra vez de su cuerpo y volver a él como es debido. Es como cuando uno se levanta por la mañana y se da cuenta de que se ha puesto un zapato en el pie que no corresponde. Entonces, como uno no quiere andar todo el día así, lo que hace es calzarse correctamente. De la misma manera, pues, sepárese otra vez de su cuerpo y vuelva a él como se debe.

Y esto es todo. Insisto en que, quienquiera que cumpla con las condiciones estipuladas, puede efectuar el

viaje astral, sin excepción alguna. Pero si usted tiene miedo o no está seguro, no malgaste el tiempo, porque no podrá realizarlo.

Mas, volvamos al tema central de este capítulo, es decir, a la religión. Algo he dicho ya acerca de la religión cristiana y de sus distintas facciones antagónicas. Afirmé también, que yo no profeso religión alguna, puesto que el budismo no es una religión, sino una creencia. Pues bien, ¿qué pienso yo del budismo?

Cuanto más se lo analiza, tanto más se aprecia el valor intrínseco que tiene *como norma de vida* y tanto más se advierte que Gautama tuvo un criterio negativo.

Mi opinión personal —que hasta ahora jamás había dado a la imprenta— es que Gautama, el Príncipe, estaba demasiado protegido contra las duras peripecias de la vida y que, cuando de pronto tuvo que enfrentarse con el sufrimiento, el dolor y la muerte, esta circunstancia le "trastornó la mente", le produjo un grave choque psíquico, trastrocó su sentido de los valores y destruyó algo esencial en su ser. Entonces, el Príncipe Gautama partió de palacio, abandonó todas las comodidades de que había disfrutado y se sumió en una desilusión total. Mi opinión personal es que cayó en lo "negativo".

Cuando se analizan las Enseñanzas de Gautama (llamémosle Buda, que para los occidentales es más natural) se advierte que éste fue negativo, que para él todo era "no" y que "vivir es sufrir". Esto, como sabemos, no es verdad, pues en la vida hay momentos malos y momentos buenos. Pienso, entonces, que Buda fue de una opinión excesivamente negativa, si bien, a la vez, legó al mundo preceptos harto valiosos fundándose en el hinduismo, religión ésta mucho más antigua. Es decir que, siendo el hinduismo una de las religiones de más vieja data, Buda tomó aspectos importantes de ella y dio origen a lo que se ha llamado budismo, de la misma manera como Cristo tampoco anduvo vagando a la deriva, sino que viajó por la India y el

Tíbet estudiando continuamente y recogiendo a cada instante las grandes enseñanzas del hinduismo, del budismo y de otras devociones, y de ese modo sentó las bases de lo que luego se conoció, con forma distorsionada, como cristianismo. Hay que tener bien en cuenta que el "cristianismo" de Cristo no era idéntico al de la muy alterada versión que se difundió el año 60 para incrementar el poderío de un grupo muy disoluto de sacerdotes homosexuales. Porque eran un conjunto de holgazanes homosexuales que enseñaban que todo lo referente a las mujeres es malo, lo cual es totalmente absurdo, por supuesto. Y, si no, pregúntenselo a mi corresponsal de la Liberación Femenina, que ella les aclarará la cuestión, ¡y bien rápido!

Para mí, pues, todas las religiones del mundo están hoy en día alteradas, distorsionadas, y no son buenas si se las toma al pie de la letra. Hay que obrar con sentido común, con discernimiento, ver más allá de lo superficial e ignorar muchas de las versiones totalmente falsas que existen. Por ejemplo, muchos de los rollos del Mar Muerto se contradicen por completo con la Biblia conocida como la versión del rey Jacobo.

¿Que cuál es mi opinión personal? Pues, les diré: yo creo, como antes he dicho, que la única salvación para este mundo es la religión —cualquiera que sea—, porque religión equivale a disciplina espiritual. En nuestros días, el mundo es disoluto y no disciplinado, la juventud ya no respeta a los mayores ni los hijos a los padres. De modo que, si se adopta una religión que enseñe ese respeto, se habrá dado un paso adelante, ¿no es cierto?

Para que el mundo marche bien, antes tiene que haber un retorno a la religión, pues uno de los principios fundamentales de ésta es que tratemos a los demás como quisiéramos que nos tratasen a nosotros mismos. Esto significa que debemos compartir, que tenemos que dar, porque, sin duda alguna, mucho mejor es dar que recibir; o sea que

uno se siente verdaderamente mejor cuando sabe que, en realidad, ha ayudado a alguien. De manera que, si todos viviéramos como entendemos que deben vivir los demás, en lugar de ser diabólicos y condenar a los otros, con sólo eso ya haríamos algo.

Por mi parte procuro, en todo cuanto puedo, vivir con arreglo a mi devoción; y cuando echo una mirada a los días, semanas, meses y años de mi larga vida, veo que muchas son las cosas que pude haber hecho mejor. Mas, ya está hecho; ya he llegado a una etapa en que nada más puedo hacer. A veces estoy de mal talante, sin embargo —¡y vaya si ustedes me lo hacen notar! —, pero trato de vivir según mi credo: *procede con los demás como quisieras que los demás procedieran contigo.*

En el Lejano Oriente hay otro dicho muy común que también se refiere a vivir una vida mejor. Es éste: "No dejes que el sol se ponga sobre tu ira". En otras palabras, que si usted tiene una disputa con alguien, póngalo fuera de combate y salte sobre él antes de que caiga la noche, porque de lo contrario, si usted realiza un viaje astral, puede venir y propinarle un golpe en algún lugar de su anatomía.

Mas, bromas aparte, nunca debe usted finalizar el día con una nota de enojo, porque con ello se colorean sus reacciones en el mundo astral, además de causar verdaderos estragos en sus secreciones gástricas.

Y bien; ya puedo abandonar mi papel de predicador y bajar de la tribuna, con silla de ruedas y todo, para decir que aquí doy término a otro capítulo.

CAPÍTULO V

"Las tapas de sus libros son espantosas, idénticas a las de los de ciencia ficción más baratos", me escribe una bienaventurada almita a quien le hacía falta algo que criticar.

Lo normal sería que yo hubiese arrojado directamente esa carta en el cubo de los desperdicios sin prestarle más atención, pero he recibido muchas, por desgracia, donde se me censura por esas tapas, en particular por la de *El tercer ojo*. Se dice en ellas que es horrible, fastidiosa, detestable, a propósito para ahuyentar a cualquiera, y una serie de cosas por el estilo. Pues bien, mis muy queridos lectores de amante corazón y de corazón desamorado, permítanme ustedes que les diga algo: yo no soy más que el autor —lo saben—, el infeliz que escribe unas líneas y las envía a un editor. Ahora bien, yo quisiera que lo que escribo se publicara, que alguna vez un libro mío llevara ilustraciones. En éste, en particular, yo querría grabados relacionados con las oquedades de la Tierra, etc., pero el editor es el único que tiene la palabra respecto de cómo ha de ser la tapa, pues el autor no puede opinar acerca de eso. En realidad, la mayoría de las veces el infeliz no ve siquiera las tapas hasta que algún furioso lector le envía una copia junto con una carta desoladoramente ofensiva para reprocharle todo.

Yo soy responsable del texto, pero no de las tapas ni de la falta de ilustraciones ni de la buena o mala calidad del papel. Si tales cosas no son del agrado de ustedes, por lo que más quieran, el dinero y las máquinas de escribir utilícenlos para hacérselo saber al editor, no a mí. Porque ésta es una de las veces que soy inocente; no son muchas, pero esta vez sí...

Otra de las cosas por las cuales la gente protesta es por el elevado precio —según su opinión— de mis libros. Hay quienes dicen que es excesivo, apreciación que yo no comparto en absoluto. Así, cada vez que me escriben para protestar por esto, yo les recuerdo que jamás se quejan cuando van al cine o al teatro, cuando beben hasta el hartazgo ni cuando gastan en cigarrillos, y que, por lo que pagan por mis libros, pueden tener a su disposición un enfoque totalmente nuevo de la vida... o de la muerte. Pienso, pues, que el precio de mis libros es en extremo razonable y que bien podría el editor duplicarlo.

Gail Jordan me escribe para formularme algunas preguntas. Veamos una de ellas: "¿Es malo que la mujer se corte el cabello? ¿Perjudica, de algún modo, a su aura o a su vibración espiritual?"

No, de ningún modo. El cabello no es más que algo que crece y que realmente no interesa en absoluto. Todo cuanto se dice acerca de que Sansón perdió la fuerza porque le cortaron el cabello es un error de interpretación. Lo que sucedió es que el infeliz fue seducido por Dalila y se entregó con demasiados bríos a la sexualidad, lo cual realmente lo debilitó.

De manera, señoras, que si les place pueden cortarse el cabello, e incluso afeitárselo, si les parece. Las que se afilian al movimiento de Liberación Femenina qu. í tengan que afeitárselo, realmente, y pegárselo en el mentón, para demostrar que son iguales que los hombres y que gastan barbas.

La segunda pregunta de esta misma persona se refiere

al hecho de que, en uno de mis libros, yo he dicho que un hombre y una mujer son compatibles si sus vibraciones son del mismo nivel. ¿Cómo alcanzan el hombre y la mujer el mismo nivel de vibración?

Pues bien, cuando son de la misma naturaleza pero esto no es como afinar un piano. Hay que tener la certeza de que ambas personas se agradan mutuamente, de que son capaces de tolerarse sus indudables defectos. No hay otra manera de hacerlo. Si gustan de las mismas lecturas, de la misma música, de los mismos entretenimientos, quiere decir que sus vibraciones son, sin duda, casi idénticas.

No es posible saber si uno se casa con la pareja ideal, aunque hoy día, empero, el matrimonio parece ser un asunto muy aleatorio. Sé de una joven pareja que convivió en perfecta armonía, durante cuatro años, sin estar casada. Después se casaron, y desde entonces están a matarse. Cerca de donde yo vivo, además, hay una mujer joven que odia a todo el mundo porque, al cabo de una o dos semanas de matrimonio, se dio cuenta de que el estar casada no era lo que ella suponía; y así, sin aguardar siquiera a ver qué cariz tomaba la situación, huyó y pidió el divorcio. Ahora es una mujer frustrada, agria, y por cierto que no lo disimula.

El matrimonio es asunto importante; y, como todo lo importante, no hay que tomarlo a la ligera. Mucho es lo que se debe dar y recibir en él; pero, en nuestros días, las mujeres son unas criaturas tan mal criadas, partidarias tan redomadas de la liberación femenina con sus tejemanejes de igualdad, que no le dejan al matrimonio la menor oportunidad de andar bien, de manera que, según van las cosas, pronto no habrá ya más casamientos. Próximo está el día en que la gente se limitará a vivir junta durante un tiempo y a tener un hijo; y después, al instaurarse el régimen comunista, el Estado será el que tome a su cargo la atención del niño y todo se reduzca a eso, con lo cual se producirá el derrumbe de la civilización.

Permítanme ustedes que les diga que, hoy por hoy, las mujeres son neuróticas y pierden la chaveta por un quítame allá esas pajas, porque pretenden competir con el hombre sin estar orgánicamente dotadas para hacerlo en todas las actividades. Por eso se frustran y sufren un colapso mental. Pero, como quiera que sea, la prueba de que tienen algo flojos los tornillos es que se meten en ese asunto de la liberación femenina...

En otros tiempos, la mujer velaba por su familia, por sus hijos, y disfrutaba de buena salud. Además, era feliz. Hoy, en cambio, no se ven mujeres felices, pues siempre están belicosas y dispuestas a emprenderla con cualquier hombre.

Veamos otra pregunta: "¿Cuál es su signo astrológico? " Jamás lo digo, y me parece impertinente preguntarlo. Si yo quisiera que la gente supiera mi signo astrológico o mi fecha de nacimiento, ya habría hablado de esas cosas en mis libros. Muchas cartas he recibido de aspirantes a astrólogos dispuestos a hacer maravillas con su lustre, que querían conocer mi fecha para preparar mi horóscopo, pero jamás les contesto.

¡Vaya, la cantidad de preguntas que formula la señorita Jordan! He aquí la cuarta: "Cuando alguien se reencarna, ¿sigue los signos según su orden, comenzando en Aries y terminando en Piscis? "

No. No sólo nace en el signo, sino también en el cuadrante que ha de permitirle aprender mejor en esta vida lo que en ella debe aprender. Es posible que tenga que vivir en todos los signos y en todos los cuadrantes, pero no —como he dicho— en el orden zodiacal. E, inclusive, quizá debe vivir docenas de vidas en el mismo cuadrante del mismo signo, porque —recuerden— todos vivimos miles de vidas en la Tierra.

Quinta pregunta: "Ha dicho usted, en uno de sus libros, que la música puede elevar nuestro nivel de vibración de manera que uno se vuelva más espiritual. ¿Podría

mencionar algunos compositores, canciones, arreglos musicales, etcétera? ”

No; no puedo, porque lo que es apropiado para unos no lo es para otros. Yo, por ejemplo, soy muy afecto a la música china y japonesa; pero, por lo que atañe a la occidental, hay ciertas manifestaciones que realmente me crispan los nervios y no sé cómo puede haber gente que guste de ella. Así pues, si proporcionara un catálogo de mi música predilecta, para los tímpanos del occidental medio ella sería mortificante. Es decir, entonces, que cada cual debe buscar la que más le conviene, pero desde ahora puedo decirles, de la manera más categórica y definitiva, que la gente se está destruyendo con esa terrible música *rock* y esa tremenda porquería que es el *jazz*. Semejante música —siempre que se pueda utilizar este vocablo para tal mezcolanza de ruidos— provoca tensión nerviosa. Observen, si no, qué ocurre con ciertas personas jóvenes —los *hippies*, por ejemplo— que toman parte en esos festivales de *rock* y que son un montón de obnubilados. La mayoría parece haber salido de algún establecimiento psiquiátrico. Echenles una ojeada ustedes mismos y ya veremos qué piensan.

Bien; veamos su última pregunta, Gail Jordan: “¿Ha oído hablar usted de las cadenas de cartas que dan la vuelta al mundo varias veces? Cuando alguien recibe una de esas cartas debe remitirla a otras veinte personas, porque —según dice en ella— si corta la cadena puede morir. Esta clase de cartas atemoriza y trastorna a mucha gente, sobre todo a la de edad. ¿Cuál es su opinión? ”

Mi opinión es que a la gente que escribe esas cadenas habría que hacerle un examen cerebral, suponiendo que tenga cerebro, claro está. A mí me han enviado bastantes ridiculeces de ésas y, cuando es posible, trato de averiguar quién fue el último remitente y le devuelvo la carta junto con una respuesta como para chamuscarle las cejas. Para mí, esas cadenas son el *summum* de la estupidez. Yo no

alcanzo a comprender cómo la gente puede creer en tan insigne disparate. ¡Cómo va a morirse nadie por no enviar esas cartas! Si eso fuera cierto, yo tendría que haberme muerto infinidad de veces durante los últimos veinte años. De manera que, en mi opinión, si usted recibe una de esas cartas, trate de encontrar a alguien de la lista y devuélvasela junto con su parecer acerca de la estabilidad mental de la persona que la ha enviado. Eso la sacudirá. Cuando yo lo he hecho, algunas me han contestado para pedirme disculpas y darme las gracias con toda sinceridad. ¡Hágalo y verá!

La carta que ahora tengo aquí, pues... me gustaría que fuera obligatorio el empleo de máquinas de escribir, porque esta carta me está poniendo bizco. La cuestión es la siguiente: "Dice usted que el Superyó envía marionetas aquí abajo con fines experimentales. En consecuencia, pregunto: una vez que la entidad ha experimentado las cosas para cuya realización fue enviada aquí abajo, ¿vuelve al Superyó y pasa a formar parte del espíritu de éste? ¿Pierde la persona su identidad como individuo o traba una gran amistad con su Superyó? Por lo que a mí respecta, no me agrada la idea de ser una mera porción del espíritu de ninguna entidad. Yo quiero seguir siendo yo. ¿Podría usted explicar esto con más detalles? Nada he encontrado en sus libros que responda sobre el particular".

Bien; este asunto de las marionetas ha traído bastante confusión. Debe usted tener presente que, cuando un actor representa un papel determinado en el escenario, *vive* realmente como esa identidad específica. Con todo, cuando el espectáculo ha concluido y vuelve a su casa, puede ya despojarse de su carácter de Príncipe Idiota o del personaje que le haya tocado representar. Así, el Superyó —que no puede ser entendido en la tercera dimensión— es la entidad eventual de un ser humano y envía "tentáculos" o "marionetas" aquí abajo para recoger determinada información. Podríamos decir que se trata del

jefe de una agencia de detectives que, sentado en su despacho, recopila la información que recogen sus agentes. Esos agentes se comunican con él y le dan un cuadro completo de lo que necesita saber.

Con el tiempo, después de largas eras, todas las marionetas se reúnen y forman la entidad total del Superyó.

Preguntas: "¿Qué les ocurre a las personas que se dedican a la Magia Negra? Pienso que, como éste es un medio de sacar provecho para sí, han de lograr un mal karma. ¿Pueden volver como sacerdotes, etcétera?"

Muchos son, por desgracia, los desatinos que se han escrito acerca de la magia, sea ésta negra, blanca, o de cualquier otro color. Casi siempre, la persona que se entrega a la magia negra se forja un mundo de ilusiones. No tiene, empero, poder alguno ni le es posible, en absoluto, echar malos conjuros; de manera que el único perjudicado es el hechicero, que sólo consigue entontecerse y demorar su evolución. Es decir que, cuando algún hombre o alguna mujer es, en esta vida, uno de esos estúpidos hechiceros de la magia negra, hay que considerar que esa vida ha sido malgastada y no cuenta para nada. Así pues, regresa y comienza donde había quedado en la vida anterior a la de la magia negra.

Claro que si el de la magia negra causa algún daño a otra persona, añade una mancha negra a su karma y debe responder por ella; pero no le deseo al infeliz el destino de tener que regresar como sacerdote o algo parecido, porque no sería nada importante.

Pregunta: "He practicado mis facultades psíquicas y, si bien domino la telepatía, por lo que parece no puedo adquirir los otros poderes por mucho que me esfuerce. ¿De qué otra manera podría conseguir mi propósito? ¿Debo intentarlo? Y, además, ¿qué puedo hacer para averiguar cuántas vidas me quedan por vivir en la Tierra?"

Dice usted que domina la telepatía pero que no logra hacer, por lo visto, las demás cosas metafísicas. Pues bien:

sin rodeos le diré que no todos estamos dotados para todos los aspectos de lo psíquico. Vea, si no, lo que ocurre en la vida corriente, en la vida cotidiana. Por ejemplo, usted sabe escribir, pero ¿sabe dibujar? Y, si sabe dibujar, ¿sabe escribir y esculpir? La mayoría de la gente sólo puede hacer una o dos cosas a entera satisfacción, pero si quieren destacarse en todas las artes metafísicas, su capacitación debe comenzar también antes de los siete años. En cuanto a mí, si bien me es posible realizar todas las cosas acerca de las cuales escribo, adolezco de otras deficiencias, pues hay muchas cosas que no puedo hacer. Por ejemplo, no puedo pintar, no puedo dar, siquiera, una mano de cal a una pared. Es decir, que todos tenemos nuestras habilidades y a todos nos faltan otras, de modo que lo mejor que podemos hacer es sacar el mayor provecho de lo que tenemos.

Existen ciertas personas a las que llamamos genios. Pues bien; tales personas son, casi siempre, extremadamente talentosas para una sola cosa, en tanto que, para otras, en cierto modo hay que orientarlas, porque toda su energía mental se dirige a un asunto específico, en detrimento de su capacidad general de entendimiento.

Pregunta: "La gente paga enormes sumas de dinero por la Meditación Trascendental, que es un tipo de meditación que no se vale de la concentración ni de la contemplación, sino que se supone que se verifica cuando uno conoce su mantra. Yo me siento más relajada, etc., pero usted recomienda la meditación contemplativa. Estoy de acuerdo con usted, como que soy una persona que piensa en todo. ¿Le parece a usted mal pagar esas grandes cantidades de dinero por un curso de Meditación Trascendental? El buen sentido me dice que alguien está haciéndose de dinero a costa mía y que me están tomando por tonta".

Mi opinión personal es que la gente tiene que estar totalmente trastornada para avenirse a abonar una abulta-

da suma de dinero por ese asunto de la Meditación Trascendental. Yo ni siquiera sé qué significa eso, en realidad. Para mí sólo se trata de una artimaña para sacarle dinero a la gente, porque se medita o no se medita, así como se camina, se corre o se está uno quieto. Veamos: si usted se propone observar algo, ¿lo observa con ojos de ganso o lo observa a conciencia? Inventemos un nuevo culto, ¡vamos! , y cobremos una bonita suma. Digámosle a la gente que las cosas se pueden ver mejor si se las mira con ojos de ganso. Y cobrémosle unos cuantos cientos de dólares. Pronto podremos retirarnos y despedirnos de todo.

Los alemanes, como ustedes recordarán, solían marchar con el llamado paso de ganso. Claro que éste era muy lindo para cualquier mentalidad retorcida, pero el acto de llevarlo era sumamente agotador para los soldados. La Meditación Trascendental, por la cual —le creo— paga usted mucho dinero, es también, según mi opinión, un artilugio estúpido. No le hace falta alguna. Todo cuanto usted necesita es *meditar*. Esta es mi sincera opinión respecto de su consulta.

Pregunta: "¿Puede usted ver el aura de las personas en una carta o encima de ésta? ¿Qué puede decir acerca de las personas, que no sea por las cosas que ellas escriben? Me siento verdaderamente deprimida porque no sé por qué estoy aquí, a dónde voy ni quién soy. ¿Puede usted auxiliarme? "

Sí; por la carta puedo ver el aura. Bien que por psicometría, pero ésta no es tan clara como cuando se observa la auténtica aura física. Para poder ver bien el aura, y para que ello sea de alguna utilidad verdadera para la persona, esa persona debe estar aquí, conmigo, en una habitación y, por lo menos, a tres metros y medio de distancia de las otras; además, debe estar totalmente desprovista de ropas. Y no sólo eso, sino que, sea hombre o mujer, debe permanecer sin ropa durante media hora, aproximadamente, hasta que el efecto de las vestimentas desaparezca. Porque,

en resumidas cuentas, no es posible observar un cuadro cuando está envuelto, ¿no es cierto?

Realmente me asombra lo difícil que es conseguir que las mujeres contribuyan a la investigación del aura. Sé que hay revistas importantes donde se muestra "todo" y algo más, y algunas ilustraciones son tan buenas —según me han dicho— que casi se las podría usar como libro de texto de anatomía. En la actualidad, al parecer, las jóvenes se sienten muy felices por posar totalmente en cueros, siempre que las fotografíen y las vistas circulen por todo el mundo. Pero cuando se trata de contribuir a la investigación del aura... ¡vaya, caramba! , entonces, no... ¡enseguida se asustan!

Una mujer me escribió para decirme que casi moría de ansiedad por ayudarme a investigar el aura. Estaba totalmente dispuesta a quitarse la ropa y a posar para que la examinara e, incluso, que la fotografiara. Al parecer, podría jurarlo sobre una pila de Biblias y de revistas. Entonces, viejo y crédulo como soy, vi a la mujer y... no, no hubo forma de inducirla a que se quitara la ropa. Resultó ser otra de las que dicen hacer tal propuesta a modo de recurso para poder verme, pero no se quedó. Por cierto que me pasma notablemente que ciertas mujeres de hoy en día estén dispuestas a acostarse con cualquier hombre, pero no quieren quitarse la ropa para realizar una honesta y sincera investigación del aura. Algunas me han dicho, lisa y llanamente, que les gustaría acostarse conmigo... ¡a oscuras! Pues bien; eso no me interesa: vivo una vida de monje y no me preocupa la anatomía femenina, excepto en la medida en que pueda servirme para la investigación del aura, investigación ésta que ha llegado a un punto muerto por la sencilla razón de que carezco de dinero para contar con el equipo necesario y porque no dispongo de mujeres decididas a quitarse los pantalones.

He aquí una pregunta que parece digna de tenerse en cuenta: "Dígame cuántas vidas me quedan por vivir en la Tierra".

Es ésta una consulta específica, como si una persona que comienza la escuela preguntara: "Dígame hasta cuándo tendré que concurrir al colegio". La respuesta, por supuesto, depende de una gran cantidad de cosas; de manera que, en el caso de esta persona, que desea saber cuántas vidas le restan por vivir, pues... yo preguntaría: ¿En qué estado de evolución se halla en la actualidad? ¿Qué misión está cumpliendo en la Tierra? ¿Cómo la lleva a cabo? ¿Procura ayudar a los demás o sólo le interesa ayudarse a sí misma? ¿Trata de continuar perfeccionándose o cae en toda suerte de malicias? (Si una cosa es celestial, ¿puede realmente ser, por lo contrario, algo diabólico?)

No es posible decir cuántas vidas le quedan por vivir a una persona, porque el número de vidas depende totalmente de su manera de comportarse. Con esto ocurre algo muy similar a lo que sucede con algunas sentencias que en la actualidad se dictan en *U.S.A.*, según las cuales una persona es condenada a un tiempo de prisión indeterminado, como, por ejemplo, "de uno a cuatro años". O sea que, si el individuo es un dechado de virtudes dentro de la cárcel y no tiene ni una mancha en su registro, podrá salir al cabo de un año; pero si se comporta lo peor que puede, se quedará allá los cuatro años. De manera que, señor Fulano de Tal, todo depende de usted, de su forma de comportarse; conque ¡le conviene ser bueno!

He aquí, ahora, un caballero que vive en Africa del Sur y que formula una serie de preguntas por cierto aceptables para los fines de este libro. Veámoslas:

"¿Se apoderarán los comunistas, alguna vez, de este país? "

Sí; mi opinión es que alguna forma de comunismo arrasará al mundo, porque —es evidente— las mujeres en particular, en esta época, están empeñadas en conseguir lo que llaman "igualdad" y realmente con ello contribuyen a la tarea. Antes era el hombre quien salía a ganar dinero

para vivir, mientras la mujer permanecía en la casa cuidando de su familia. Hoy eso ya no ocurre más: la mujer se casa, al día siguiente vuelve a la fábrica y, si su mala suerte lo quiere, al cabo de un tiempo tiene un niño. Se queda, pues, en su casa, gozando de paga completa —porque, si no, grita que hay "discriminación"— y después, casi tan pronto como nace el niño, éste va a parar a una guardería en tanto la madre regresa a la fábrica. Y todo por culpa de los capitalistas —se sabe—, porque la propaganda hace que la gente crea que *debe* disponer de todos esos lujos maravillosos como, por ejemplo, tener cuando menos dos automóviles en el garaje, máquinas de lavar, aparatos de televisión, casa de campo, lancha y todo lo demás. Por eso, sale corriendo a comprar todo lo que no puede pagar —puesto que "no puede ser menos que los Pérez"—, y así se encuentra con que tiene carnés de crédito y debe pagar recargos en concepto de intereses. A veces se embarca en deudas de tal manera que no puede prescindir del trabajo y, tanto el marido como la mujer, deben ocuparse en algo. Inclusive, en ocasiones, uno u otro tiene un doble empleo y cada vez se endeudan más.

No obstante, lo peor es que los hijos crecen sin la guía de los padres, sin el amor de éstos, y así acaban frecuentemente en las calles, vagabundeando por las esquinas y cayendo bajo la dominación de algún chico más fuerte que, las más de las veces, tiene inclinaciones perversas. Y así es como aparecen bandas de pillos que andan por las calles cometiendo tropelías y acometiendo contra los ancianos por el mero gusto de hacerlo. Hace muy poco leí el caso de un pobre anciano de más de sesenta y cinco años que fue agredido y asaltado por una mujer, y no sólo eso, ¡sino que hasta le robó una pierna artificial! ¿Para qué querría esa mujer una pierna artificial? Sea como fuere, lo cierto es que, mientras tengamos una sociedad tan indisciplinada, estaremos prontos para el comunismo. Tenemos ya el socialismo. Vayan ustedes, si no, a la

Columbia Británica y vivan allí bajo el imperio del Estado. ¡Yo me alegro de haberme librado de eso! Creo, en consecuencia, que el mundo será arrasado por alguna forma modificada de comunismo y que sólo cuando la gente esté dispuesta a vivir una vida de hogar y a fundar una verdadera familia, éste habrá de desaparecer.

Una vez que hayan trascurrido otros tiempos peores que los actuales —y éste que tenemos es ya bastante malo, ¿no es cierto?—, una época vendrá en que la gente comience a darse cuenta paulatinamente de los falsos valores que existen hoy en el mundo. Por desgracia, en la actualidad la gente está hipnotizada por los anuncios, pues sólo piensa que *debe* tener determinadas cosas, y es víctima de la propaganda subliminal que se pasa en los cines y por televisión. El sujeto mira un programa de televisión, se levanta después como quien está soñando, se dirige tambaleándose a su coche para salir a escape hacia algún supermercado, y vuelve cargado de cosas que no tenía intención de comprar y que, realmente, no le sirven para nada, todo por haber sido ilícitamente influido por la propaganda. Todo eso debe terminar y, aun a riesgo de parecer un viejo tonto, repito que tiene que producirse un retorno a alguna forma de religión. La gente deberá liberarse de las ataduras del egoísmo, pues hoy por hoy no hace más que desear, desear y desear, sin detenerse a pensar en cómo adquiere las cosas. Estamos en la época del desbarajuste, cuando la gente piensa que es deshonroso pagar por las cosas y, en lugar de hacerlo, se mete en los negocios y se entrega a una verdadera práctica del saqueo. Para ello, concurre en pandillas y distrae al dueño o al empleado de la tienda y, mientras el pobre infeliz los atiende, los cómplices lo invaden todo y se llevan cuanto se les antoja, cualquier cosa que despierte su codicia. Lo he visto yo estando en Vancouver. Me hallaba sentado en Denman Mall —en mi silla de ruedas, por supuesto— y, al darme cuenta de lo que sucedía, le avisé a una de las vendedoras,

pero ésta se limitó a encogerse de hombros y a decir: "¿Qué quiere que haga? No puedo echarme a correr detrás de ellos, porque en cuanto vuelva la espalda me llevan todo el negocio".

O sea que no conoceremos una Edad de Oro mientras la gente no haya soportado muchísimos sufrimientos más; tendrán que sucederse toda clase de penurias hasta que su psique se haya golpeado tanto que ya no pueda soportar más padecimientos y despierte de ese estado casi hipnótico que la convierte en instrumento de los anunciadores. Mas, aún entonces, tampoco extraerán mucha satisfacción de la vida mientras la mujer no se quede en su casa, desista de sus aspiraciones en lo que concierne a la liberación femenina, y forme una familia fundada en la decencia, la dignidad y la disciplina.

He aquí otra pregunta: "El reinado del próximo Maestro o Guía Espiritual, ¿comenzará antes o después de la futura guerra mundial? ¿Es cierto que los seres inteligentes que alguna vez se establecerán aquí, procedentes de lo remoto, están espiritualmente más adelantados que los terráqueos? "

No es posible que exista un "Guía" verdadero mientras la gente no esté preparada. Antes deberá padecer mucho más; y les diré, inclusive, que ninguno de esos *gurus*, a quienes tanta propaganda, tanta bambolla se les hace, puede ser considerado, en modo alguno, como Guía Universal. Recuerdo a cierto individuo joven que amasó una verdadera fortuna haciéndose pasar por "guía espiritual" y que, por lo que sé, al regresar a la India, el gobierno —y las autoridades impositivas— lo pusieron a buen recaudo.

Ya existe un Guía designado para esta Tierra; pero, mientras en ella no sean propicias las condiciones, nada podrá hacer, de modo que no se dará a conocer en tanto eso no ocurra. Porque, después de todo, qué significan cien o mil años, más o menos, en la vida del universo?

Tenga usted presente que, alguna vez, esta civilización pasará y vendrán otras, con su apogeo y decadencia, las que se extinguirán, a su vez, para dar lugar a otras, porque este mundo no es más que una escuela de perfeccionamiento, y si en ella no hacemos bien las cosas ahora, pues. . . tendremos que seguir retornando hasta lograr más sensatez.

Quienes nos dedicamos a escribir solemos recibir toda suerte de cartas insólitas. Así, por ejemplo, a mí me han llegado unas cuantas de gente que dice estar harta de sufrir menoscabos y que, como han visto anuncios de karate, de yudo o de tal o cual de las "artes marciales" orientales, qué me parece a mí si van volando a tomar algún curso para poder —según me dicen—, apenas recibida la primera lección, lanzarse a revolear por el aire a cualquier matón que se les presente.

A mí me parece que esta gente es tonta. Por empezar, tengo la más absoluta convicción de que a quienes anuncian esos cursos de karate o de cualquier otra cosa, especialmente si son por correspondencia, habría que procesarlos sin más trámite, puesto que no es posible enseñar tales cosas por carta. Por lo demás, nunca se debe aprender karate, yudo ni nada de eso, si quien lo enseña no es un profesor reconocido y autorizado en esas artes.

A mi me parece, como atento y avezado observador que soy, que actualmente hay una gran cantidad de ignorantes que sacan partido de cualquier folleto referente al arte de desbaratar la oposición. El ignorante lo lee y enseguida piensa: "¡Oh, vaya! ¡Qué cantidad de dinero puedo hacer con esto!". Y entonces se le ocurre una idea maravillosa: reescribe el libro en forma de curso por correspondencia y luego le toma algunas fotografías a su amiga, con el torso desnudo y también casi por completo desprovista de ropas, para demostrar cómo una muchacha insignificante puede derribar a un hombre corpulento. Enseguida pone el anuncio en las debidas publicaciones para bobos y el

dinero llega a raudales, pues los incautos hacen verdaderas colas para pagar por algo que en realidad no les conviene.

La gente me pregunta qué pienso acerca de esto, pero yo, a mi vez, formulo una simple pregunta: Pues bien, supongan que se ven agredidos después de tomar cinco lecciones de un curso de defensa personal, ¿qué hacen si el atacante ha tomado diez? Porque si se le ofrece demasiada resistencia —si la acción de robar se le torna muy dificultosa— puede llegar a propinarles una verdadera paliza, aun cuando su primera intención haya sido nada más que quitarles el dinero.

Creo que, casi sin excepción alguna, la policía recomienda a las personas que se queden quietas, sin ofrecer resistencia, porque si el asaltante o el ladrón encuentran oposición y se desesperan, lo que podría haber sido un mero acto de despojo puede convertirse en violación o en graves lesiones. E, inclusive, llegar al asesinato. En lugar de resistirse al ladrón, puede usted observar atentamente cómo es, qué contextura tiene, si es alto, delgado, grueso, si tiene maneras particulares, cómo habla, etcétera. Obsérvelo con atención, estúdielo —sin que él lo note— para poder ofrecer a la policía una descripción muy exacta. Debe usted poder describirlo con precisión: el color del cabello, por ejemplo, el de los ojos, la forma de la boca y de las orejas, y toda otra particularidad específica como, si aparentemente es zurdo, si cojea, si hay algún detalle particular en su vestimenta que podría permitir su identificación posterior. Tenga en cuenta que, si lo arrestan de resultas de su descripción, deberá usted ir a la comisaría para identificarlo en rueda de presos, y tonto resultaría que señalase usted al policía en ropas de paisano que ha sido puesto allí sólo para hacer número. . .

De manera, pues, que mi más firme recomendación es mantener la calma, no dejarse arrastrar por el pánico y observar al atacante o al ladrón con sumo cuidado, reteniendo en la mente todo cuanto pueda ser útil.

El mejor consejo que puedo dar es que no se embarquen en esas estúpidas prácticas, pues ningún bien les podrán reportar.

Otras de las cosas acerca de las cuales me escribe la gente es respecto de esas armas que se anuncian en tantas revistas. Se trata, por lo general, de algo que parece una estilográfica, que es más o menos del tamaño de ésta, y que se anuncia como medio de protección contra asaltantes. Es un arma de gas. Todo cuanto debe usted hacer cuando lo asaltan es tomar esa aparente estilográfica y presionar uno de los extremos. Entonces, por el otro sale una nube de gas nocivo que anula al sujeto durante veinte o treinta minutos.

Esta es, teóricamente, una idea brillante para defenderse, pero piense: ¿está usted seguro de que la dirección del viento será la que le conviene? Si el viento sopla en sentido contrario, la nube de gas no alcanzará a su atracador sino que lo envolverá a usted, de modo que el asaltante sufrirá el mayor acceso de risa de su vida cuando lo vea retorciéndose en el suelo bajo los efectos de su propia arma defensiva. Todo cuanto deberá hacer, entonces, es agacharse, tomar su reloj y las alhajas que usted lleve, mientras permanece por completo indefenso, sin poder hacer nada por evitarlo. En consecuencia, el consejo más, pero más positivo que les puedo dar es que, cuando vean esos anuncios de armas de gas, sonrían con infinita sapiencia y no compren nada. Porque, de hacerlo, es posible que se tiendan una trampa ustedes mismos.

Recuerden lo que digo: la policía es la institución capacitada para buscar a los ladrones y para vérselas con los asaltantes, de manera que, si usted trata de defenderse por sí mismo, verá que cuando le den una soberana paliza, le rebanen el cuello o algo por el estilo, no será mucha la simpatía que suscite en ella ni en nadie. Deje todo en manos de la policía, que es el medio más seguro.

Yo me siento muy, pero muy desdichado por ciertos avisos que hoy en día aparecen en algunas publicaciones.

Por ejemplo, a menudo la gente me envía anuncios que señalan que tal o cual empresa insignificante y miserable da a publicidad que fabrica artículos especialmente ideados por Lobsang Rampa o, inclusive, hechos en el taller de Lobsang Rampa. Permítanme ustedes, pues, que aclare esto de una vez por todas: yo no hago, en absoluto, artículo de ninguna especie, ni tengo taller alguno. Por lo contrario, la mayor parte del tiempo la paso en cama o en mi sillón de ruedas, y no dispongo de elementos ni de inclinaciones para fabricar nada de eso.

No poseo empresas comerciales de ninguna clase ni estoy vinculado en absoluto a firma alguna, ni directa ni indirectamente. Sólo son dos las personas que pueden, en cierto modo, utilizar mi nombre: el señor Sowter, de A. Touch Stone Ltd., 33 Ashby Road, Loughborough, Leicestershire, Inglaterra, y el señor Ed Orlowski, de Covehead, York P.O., P.E.I., Canadá. He proyectado ciertas cosas para estas personas y, a la vez, les he dado autorización para manufacturarlas, con la salvedad de que *han sido ideadas por mí y hechas por ellas*. Es decir que, salvo tales personas, nadie en absoluto tiene derecho alguno a decir que tiene vinculación conmigo ni que produce artículos proyectados por mí. Quienquiera que afirme tener artículos míos y no se llame Sowter u Orlowski, pueden ustedes estar seguros de que es un perfecto farsante.

Digo esto por la manera como han proliferado los anuncios maliciosos en las revistas de psiquismo, pues hay quienes hacen propaganda como si tuviesen vinculación conmigo, como si fueran mis amigos íntimos, cuando, en realidad, suelen ser todo lo contrario. Ténganlo ustedes presente, pues *han sido advertidos.*

CAPÍTULO VI

Las circunstancias se tornaban muy penosas en los últimos tiempos. Había una enorme afluencia de cartas, que a veces superaban con holgura las cien por día, y la gente se irritaba mucho si debía aguardar uno o dos días la respuesta.

Las fatigas iban en aumento y las condiciones generales del tiempo hacían que me sintiese cada vez peor. Noche tras noche, en casa, me revolvía desvelado en mi cama ortopédica, hasta que, al cabo, una de esas noches ya no pude más.

La señora Rampa por poco quema las líneas telefónicas tratando de encontrar algún médico que quisiera efectuar una visita a domicilio, y en uno de esos intentos dio con una pésima doctora que, de la manera más descortés e inhumana, le dijo: "Llévelo al hospital. Es lo único que se puede hacer con gente así". Mi esposa, pues, llamó y llamó a un lado y a otro, pero no hubo médico que quisiera ir a domicilio.

En consecuencia, pasé la noche verdaderamente en una gran agonía, preguntándome qué se había hecho de la profesión médica. Porque, por cierto, su misión es aliviar el sufrimiento y, sin duda, uno de sus postulados principales, el de "no hacer el mal". Con todo, a mí me estaba haciendo un mal al dejarme en ese estado de padecimien-

to; mas por esa noche no iba a haber alivio alguno, ningún descanso. Las horas trascurrían aciagas, con lentitud, y durante toda la noche se oyó el rugir del tráfico junto a mi ventana. Una de las cosas características de Calgary es que el tráfico sigue ininterrumpidamente durante las veinticuatro horas del día, sin que parezca cesar en ningún momento, pero eso es lo lógico en una ciudad que cuenta con el mayor número de vehículos por habitante en América del Norte.

Al fin, a través de mi ventana comenzaron a filtrarse los primeros resplandores y entonces empezó otra vez la lucha por hallar a algún médico que quisiera atender un llamado a domicilio. Quizás algunos de ustedes se pregunten por qué no me trasladaron urgentemente a un hospital. La respuesta es sencilla: porque ahora, en los hospitales, no les agrada recibir a ningún paciente si no media orden expresa o remisión avalada por el clínico general. En los últimos tiempos hubo muchos casos de pacientes rechazados en los hospitales, e inclusive sé de uno que ocurrió precisamente hacia la época en que venía acentuándose mi enfermedad, cuando una persona recurrió a uno de ellos y no la recibieron. El desdichado había acudido a una serie de hospitales y en todos había sido rechazado, hasta que al fin murió en su casa. Durante la investigación surgió todo; pero, como yo en ese momento estaba enfermo no pude seguir la pista de los acontecimientos, si bien creo que todo el asunto fue tapado por las autoridades de los hospitales.

Alrededor del mediodía pudimos conseguir que un médico viniera a verme. Llegó, miró y pidió por teléfono una ambulancia. Al cabo de veinte minutos, más o menos, la ambulancia llegó, y los hombres que componían su dotación resultaron muy inteligentes, muy capaces. Fueron, dentro de su especialidad, los más considerados que haya conocido, como que he estado en hospitales en Inglaterra, Alemania, Francia, Rusia y algunos otros lugares. Esos jóve-

nes, empero, conocían realmente su función. Luego de tenderme en la camilla me llevaron afuera y, entonces, uno de ellos me dijo con orgullo: "Usted es el segundo paciente que viaja en esta ambulancia: nos la entregaron hoy". Sí; y, además, era una hermosa ambulancia. Introdujeron la camilla en el coche y, con uno de los asistentes a mi lado, partimos rumbo al Foothills Hospital.

De inmediato nos echamos a andar por la nueva carretera que lleva al hospital, y a poco se produjo un repentino oscurecimiento al entrar en la playa para las ambulancias. Sin llenar ninguna formalidad burocrática y sin pérdida de tiempo, bajaron del coche la camilla, volvieron a colocarla sobre la vagoneta de ruedas, y entre los dos camilleros me llevaron por los corredores hasta el ascensor. Con toda suavidad éste comenzó a subir hasta que se detuvo sin ninguna sacudida. Después me condujeron con sumo cuidado por otro corredor y entramos en una sala. . .; pero debo repetir que esos dos jóvenes conocían su oficio, pues eran capaces y gentiles, muy distintos de aquellos otros por quienes he padecido.

Es probable que el Foothills Hospital sea el mejor de Calgary, el más eficiente y el más moderno. Es un sitio "cálido", donde la gente "se interesa"; y debo añadir que el tiempo que pasé en él fue placentero, porque a ello contribuyeron las enfermeras y el personal de servicio. No voy a caer en la torpeza de decir que el tratamiento haya sido agradable —pues a propósito de esto podría decir algo parecido a lo que les repuse a los del Impuesto a los Réditos cuando se pusieron a indagar por qué quería yo una silla de ruedas (que, por cierto, uno no anda en esas sillas porque le guste, sino que es una cuestión de necesidad para el incapacitado)—, porque tampoco en este caso el tratamiento en el hospital fue placentero, sino que la atención y el afecto del cuerpo médico procuraron que fuera lo menos penoso posible.

En otros hospitales no se detienen en miramientos hu-

manitarios en absoluto; pero, en cuanto atañe al Foothills Hospital, tan impresionado quedé que, cuando me fui, escribí al director y al administrador para elogiar en particular a determinadas enfermeras y a ciertos asistentes, personal que, en realidad, iba más allá de lo que impone el estricto deber para hacer que las cosas fueran más llevaderas para el que sufre.

Claro que, por supuesto, espero no tener que volver más al Foothills Hospital; pero, sin duda, si tuviese que ir a alguno, no titubearía en elegir otra vez aquél, ese hospital de Calgary que es el mejor que se puede escoger. . ., siempre que se tenga que optar por un hospital.

Pero ya estoy otra vez en casa, aunque no curado, por cierto. Me he sentido bastante mal y mi faena con este libro marcha a duras penas; a duras penas porque cuando se ha padecido tanto como yo he padecido el cuerpo se rebela ante el trabajo excesivo. Mas, no importa: he dicho que escribiría este libro y lo escribiré.

Hoy he salido por segunda vez desde que regresé del hospital. Biggs está todavía aquí y va a quedarse otra semana. Subimos a las colinas y, una vez más, me di cuenta de las desventajas de ser "sensitivo", porque al pasar por un antiguo campamento indígena que fue teatro de una carnicería —y como cuanto peor me siento de salud tanto más psíquico me vuelvo—, en determinado lugar tuve que cerrar los ojos porque podía "ver" a los indios en el fragor de la batalla. La escena fue tan vívida que, para mí, resultó tan real como el auto en el que estaba sentado, y no deja de ser espantoso cruzar en coche en medio de una degollina. Hasta Biggs, que era quien conducía y que no se precia de "sensitivo", pudo sentir, sin embargo, como si se le pusieran los pelos de punta.

Fue muy agradable, empero, estar en la parte más elevada contemplando la ciudad. Con todo, como ocurre hoy en día en tantas otras ciudades, también en ésta la atmósfera está contaminada, pues en Calgary existen por todas

partes pozos de petróleo que despiden emanaciones día y noche. En mi ignorancia, siempre me intriga que esas emanaciones se diseminen en torno de la ciudad. Nos hallamos a más de mil metros sobre el nivel del mar —o sea que ésta es la ciudad más alta del Canadá— y bien que me he preguntado por qué esas emanaciones no se precipitan hacia abajo rumbo a las praderas. No importa; algún día, tal vez, conoceré la razón. No obstante, descorazona echar una mirada y observar ese anillo de bruma pardusca alrededor de la ciudad.

Ya de regreso de la excursión a las sierras, otra vez a la tarea, porque a pesar de todo la labor debe continuar.

Antes de proseguir contestanto las preguntas que a ustedes más les interesan, permítanme responder una que con mucha frecuencia se me formula: "No entiendo en absoluto esas señas que da usted —BM/TLR, Londres, Inglaterra—, pues no me suenan a dirección". La gente no cree que ésa sea una auténtica dirección y, por tal motivo, echa mano de toda clase de extraños recursos para asegurarse de que los funcionarios del correo de Inglaterra se enteren de que la carta está dirigida a mí. Voy a dedicar, pues, un poco de espacio para hacer propaganda gratuita a una empresa excelente.

En Inglaterra hace muchos, muchos años, a cierto individuo se le ocurrió que podía ser sumamente conveniente, para los viajeros y otras personas que no querían que su dirección fuese conocida por todos, concertar un acuerdo con el Correo Británico por medio del cual pudiesen contar con una dirección general que habría de ser la de British Monomarks, Londres W.C.1, de manera que toda correspondencia dirigida a BM debía ser remitida a la empresa fundada por él.

Así pues, por una suma muy modesta, puso a disposición de la gente las denominadas direcciones Monomark. Las más baratas son las que se asignan, por ejemplo, de esta manera: BM/1234. Pero si usted desea utilizar sus

iniciales puede hacer como hice yo: mi Monomark es BM/TLR. Es decir, entonces, que BM significa British Monomarks, de suerte que, cuando los clasificadores del correo ven esas iniciales, saben que las piezas van dirigidas a tal empresa y las remiten, por ende, a ella. La empresa, a su vez, sabe que BM es su clave, de modo que pasa a la segunda, en este caso TLR. Pone, por tanto, la correspondencia de TLR en un casillero, y dos o tres veces por semana, más o menos, me la envía ya sea pegando un rótulo sobre la clave BM o bien poniéndola dentro de un sobre grande, según lo prefiera el interesado.

Hay, además, otro tipo de BM reservado para empresas, la BCM, que significa Monomark comercial. La mía es privada; pero si yo fuera una gran empresa, tendría una British Commercial Monomark.

En veinte años no he tenido una sola queja contra esta compañía, y en verdad me asombra sobremanera el cuidado que ponen en el manejo de la correspondencia y lo infalibles que son. Porque, tengan ustedes en cuenta que yo recibo una enorme cantidad de cartas de todas partes —¡inclusive de Moscú! —, y Monomarks no quita una sola estampilla de los sobres ni comete desacierto alguno. De manera que, si desean saber algo más sobre el particular, cuanto tienen que hacer es escribir a BCM/MONO, Londres W.C. 1, Inglaterra, y recibirán toda la información necesaria. Quiero aprovechar, pues, la oportunidad para felicitar sinceramente a esta firma por el servicio tan extraordinario que presta. En mi caso, cuando me traslado —y he estado en otros países y en todas partes dentro del Canadá—, todo cuanto debo hacer es escribir a Monomarks y decirles que, a partir de tal o cual fecha, hagan el favor de enviar la correspondencia a mi nueva dirección, y el correo me llega sin confusiones de ninguna clase.

Permítanme ustedes que les cuente algo, algo que vale la pena que les diga y que ustedes lean. Hace poco tiempo sucedió un hecho muy desafortunado: cierta dama de mi

conocimiento —amiga mía— tuvo un pequeño trastorno nervioso y, supongo, se sintió afectada por los tropiezos que yo tenía con la prensa. Así pues, escribió a la British Monomarks para ordener que enviaran toda mi correspondencia a su dirección, para la cual hizo creer que se trataba de una explícita solicitud mía.

La British Monomarks es, por cierto, una empresa experimentada, de modo que no tomaron en cuenta sus palabras, no se dejaron engañar, y me escribieron para recabar mis instrucciones. A punto estuve de perder los estribos, pero a poco me serené y recapacité en que no se puede echar por la borda una amistad por un pequeño error motivado, quizá, por la tensión nerviosa. Escribí, pues, a la empresa, y les dije que siguieran mandándome la correspondencia a mí, como siempre. Tal vez piensen ustedes que me excedo si digo que, en realidad, no hallo palabras lo suficientemente elogiosas para esa firma, pero de ningún modo es así. Considero que la correspondencia personal es importante, y que para todos nosotros es vital poder confiar sin reservas en quienes nos la hacen llegar. Y en Monomarks *se puede confiar*. De manera entonces, señoras y señores de la empresa, que les doy las gracias.

La señora Rouse —alias Buttercup— me dice que parezco el Doc de los Siete Enanitos cuando me pongo a trabajar. Pues. . ., no sé. Tal vez haya querido decir, en realidad, que estoy atontado; pero como quiera que sea, supongo que lo que parezco es un tipo estrafalario pegado a una silla de ruedas y rodeado de una masa de cartas que contienen una masa aún mayor de preguntas. Mas, no importa: me han pedido que escriba un libro y lo estoy escribiendo, a pesar de sentirme como algo a lo cual se extrae provecho y enseguida se abandona. De modo que volvamos a nuestras preguntas y respuestas.

¡Ay, alabado sea, alabado sea! ¡Vaya, en la que me he metido ahora! He aquí la primera pregunta que tomo, y mejor será que se acomoden ustedes bien en el asiento y

limpien sus anteojos, si es que los usan, para echar una ojeada a esto: "Si se tiene en cuenta que somos seres tridimensionales que evolucionamos (esperemos) hacia la cuarta dimensión, se deduce, por lógica, que procedemos de una segunda dimensión y, antes de ésta, de una primera. Pregunto, entonces, lo siguiente: ¿es correcto este razonamiento, y —en caso afirmativo— qué éramos antes de la primera dimensión y qué objetivo espiritual tuvimos que alcanzar? Ahora bien —y con esto se complican aun más las cosas—, si en nuestra evolución no ha habido primera ni segunda dimensión, según hemos supuesto, ¿de dónde procedemos, entonces, antes de la tercera? ".

Espero que a ustedes no les dé vuelta la cabeza tanto como a mí, porque es perfectamente cierto, como saben, que nosotros evolucionamos a partir de un ser unidimensional. Tomemos, por ejemplo, la amiba, ser inferior al que podemos considerar con lógica, creo yo, como una criatura unidimensional, célula ésta que después da origen a otras hasta que al cabo se produce una división para formar dos o más entidades. Esta es la etapa primitiva de la evolución. Con todo, empero, no es ésta una pregunta que podamos responder, en realidad, de manera satisfactoria, porque es probable que la criatura unidimensional no tenga una noción mayor de nuestro mundo tridimensional que el que una persona puede tener del de seis dimensiones mientras está en este mundo. Es decir, que hay determinadas cosas que debemos tener por indudables. A ciertas personas realmente las deslumbra la ciencia, como suele decirse, y formulan preguntas que exceden su propia comprensión. Digamos, entonces, que evolucionamos a partir de una entidad unidimensional a través de incontables dimensiones, imposibles de precisar, hasta que al final llegamos a ser uno con el Superyó, en cuyo momento éste queda integrado por completo y, entonces, él también debe proseguir hacia una evolución mayor. No hay elemento en la naturaleza que permanezca estacionario, nada es está-

tico. No es posible, por ejemplo, permanecer quieto en un alambre de acrobacia, sino que hay que oscilar o balancearse para conservar una posición aparentemente estática. O sea que, si usted se balancea es que no está inmóvil, ¿no es cierto? Entonces, todo en la vida es movimiento, todo es vibración y, cuanto más evolucionamos, más vibraciones ponemos en acción.

Quienes saben música quizá me entiendan mejor si digo que una simple nota, pongamos por caso el do del medio (que es la única que conozco, por lo demás), puede ser considerada como un ente unidimensional. No obstante, a medida que se adelanta y se consigue tocar en el piano un acorde de varias notas con las dos manos, puede decirse que se ha llegado a tres, cuatro o cinco dimensiones en función de vibraciones, porque la música, sea de nuestro agrado o no, y parte de su mayor o menor belleza, no es más que un conjunto de vibraciones que "armonizan" unas con otras.

Lamento no poder responder con más precisión, pero sería como tratar de enseñar a calcular a un niño recién nacido.

Me encuentro ahora con una pregunta que por cierto me incomoda. Algunas personas me escriben para decirme que soy enemigo de los judíos, pero pueden ustedes creerme que no es cierto en modo alguno. Con los judíos me llevo perfectamente bien y puedo decir que, como budista, siento cierta simpatía por ellos, del mismo modo que la mayoría de éstos sienten, sin duda, simpatía por mí.

"Ha dicho usted que los judíos constituyen una nación cuyo destino es volver a ponerse a prueba en este ciclo de la existencia. ¿Quiere decir, entonces, que los judíos son siempre judíos en todas sus existencias en la Tierra? "

No; no quiero decir tal cosa, de ninguna manera. No pensemos en judíos ni en cristianos ni en budistas; tomemos, por ejemplo, una escuela. Nos encontramos, pues, en nuestra escuela donde un grupo de pilletes en segundo

grado ha finalizado lós cursos y debe ser sometido a examen para ver si sus torpes cerebros asimilaron algún conocimiento. Algunos pasan esos exámenes, aunque más que nada, tal vez, a causa de su buena suerte; pero, como quiera que sea, lo cierto es que llegan al tercer grado. En cambio, los desdichados que no rinden bien los exámenes deben quedarse en segundo. De esta manera, al estar otra vez en segundo grado se sienten inferiores y superiores al mismo tiempo. Se sienten inferiores por no haber tenido suficiente cabeza como para pasar bien los exámenes y ser promovidos; pero también se sienten superiores respecto del nuevo contingente que llega al segundo grado y, por tal razón, a veces se comportan del modo más insoportable. Ocasiones hay en que uno se siente tentado de tomar el puntero y darles una zurra en las nalgas para hacerlos entrar por vereda.

Los judíos son seres que, en otro período o ciclo de vida —llámeselo como se lo llame—, no han pasado los exámenes de fin de curso y deben permanecer en el grado correspondiente durante un nuevo lapso, por lo cual algunos son arrogantes y otros se sienten inferiores, si bien las demás personas experimentan resentimiento contra ellos porque tienen un saber innato mucho mayor.

Por mi parte, me llevo muy bien con los judíos, los comprendo y me comprenden, y jamás ninguno de ellos ha querido convertirme a nada. En cambio, los gentiles, sí. A veces, algunas tontas cacatúas tocadas de manías religiosas me hacen la vida imposible enviándome folletos, opúsculos, Biblias, "intenciones" en verso y una serie de cosas más, con todo que en esto les suele ir de mal en peor. En algunas oportunidades también me envían estampas y crucifijos decorativos, con la intención de que los cuelgue por todas partes. Pues bien, todos esos desechos van a parar al cubo de los desperdicios, como que no me hace falta que nadie venga a decirme qué religión debo tener, toda vez que yo tengo la mía. Aun cuando soy

budista, tengo mis propias creencias, pues el budismo no es más que una norma de vida.

Es decir, que los judíos se han comportado casi siempre mucho mejor que los cristianos. Fíjense ustedes en los niños judíos qué bien disciplinados están. Reparen en los adultos, que cuando se los trata como es debido son personas excelentes. Yo tengo el orgullo de contar entre mis amigos a ciertos judíos admirables.

Antes de Abraham no había judíos o, al menos, no se los llamaba así; tenían una denominación totalmente distinta. Es como si dijéramos que, de pronto, G. I. Joe se convierte en Joe Doakes, o sea que se trataría de una rosa con otro nombre.

De manera que, para decirlo brevemente, un individuo no tiene por qué ser judío, por fuerza, después de este ciclo en particular, puesto que luego que haya "aprendido la lección" ha de ser promovido al grado siguiente donde —es de esperar— ya no habrá más cristianos. Sería como si un alumno de segundo grado no hubiese aprobado los exámenes, pero al año siguiente los aprueba y entonces pasa a tercer grado.

Por lo visto hay una dama que tropieza con inconvenientes, puesto que quiere saber lo siguiente: "¿Conoce usted alguna hierba para controlar la natalidad? ¿Se practica hoy alguna forma que pueda usted recomendar? ".

Jamás me he desempeñado yo como especialista en control de la natalidad, aunque, por supuesto, en los países del Lejano Oriente la gente sólo utiliza hierbas para controlar la concepción, hierbas que son infalibles. Pero, ¿de qué valdría, señora, que le hablase de ellas si no puede usted salir a recogerlas? Así pues, el consejo más sano que puedo darle es que, si se siente en "tal estado", el mejor camino es asistir a la clínica de su zona, especializada en control de la natalidad, y solicitar su asesoramiento.

¡Ay, ay, pobre de mí! Hay gente que a veces se pone realmente insoportable, ¿no es cierto? Hete aquí que un

"caballero" me dice, de la manera más insidiosa que imaginarse pueda, que estoy empeñado en "ponerme las botas" escribiendo libros, y que, si fuera honesto, tendría que mandar hacer un índice especial para que él no tuviese el trabajo (¡*él*, vean ustedes!) de tener que repasar todos mis libros cada vez que quiere encontrar algo perdido en esa maraña de palabras estúpidas.

Claro, por supuesto, que a mí me gustaría disponer de un índice, pero al parecer a nadie le interesa. Me agradaría, en realidad, contar con un libro aparte —el decimosexto, digamos— dedicado por entero a esa finalidad. Pero, si así fuera, ¿estarían los lectores dispuestos a pagar por un libro que sólo contuviese un índice? En tal caso, háganselo saber a mi editor. Su dirección la hallarán en este libro. Pero tengan ustedes por cierto que no ha de entregarlo gratuitamente, pues él también tiene que vivir. No obstante, si mis libros se leen con la debida atención, la gente puede tener una idea exacta de todo cuanto figura en ellos. ¿Les conté que he recibido una carta de una mujer de California, donde me decía que había leído el libro *Usted y la eternidad* en media hora y que, si yo fuera un verdadero escritor, habría podido compendiarlo todo en medio capítulo? No he podido salir de mi asombro, todavía, de que alguien pueda leer un libro como *Usted y la eternidad* en media hora. Me sigue pareciendo asombroso e increíble.

Desde Francia me escribe un hombre que, al parecer, se siente muy preocupado por su futuro. Dice así: "Quizá le he formulado mal mis consultas, pues parecen haber provocado en usted respuestas un poco paradójicas que se contradicen con lo que ha manifestado en sus libros. Lejos de mí dirigirle a usted reproche alguno, pues, por lo contrario, tengo el más ferviente deseo de entenderlo bien. Dice usted en su carta que quienes habitamos en la zona del Mediterráneo podemos considerarnos totalmente a salvo; pero, por otra parte, creo recordar que en alguno de sus libros habla usted de sumersiones en las proximidades de ese mar".

De acuerdo, pero insisto en que digo bien. Es probable que el lecho del Mediterráneo se eleve, de manera que lo que hoy es agua sea después tierra. En una carta le he dicho a este consultante que podía sentirse perfectamente seguro, y sigo afirmando que puede sentirse a salvo de semejante desastre. Ya ven ustedes que la gente piensa en su propia vida y cree que ésta dura toda la eternidad, cuando no es así. De producirse alguna catástrofe dentro de —supongamos— cien años, la persona que hoy tiene por delante, digamos, veinte años más de vida, no tiene por qué preocuparse. Hay quienes me escriben para preguntarme si deben huir a las Rocosas o a cualquier otra parte, y se sienten muy molestos cuando les respondo que, según mi opinión, están perfectamente seguros donde se encuentran. Piensen en ese vejete de setenta años que me escribe en un espantoso estado de terror porque supone que la tierra va a hundirse y el agua le va a llegar a la coronilla. Lo que es que, donde vive este hombre, se va a producir una sumersión *en los años venideros*, pero no pienso que ocurra mientras él viva. Si piensa usted en sus nietos, de acuerdo: váyase entonces volando a las Rocosas, a las del Canadá, claro está. Pero tendrá que hacer una gran limpieza de nieve, porque mientras escribo este libro a veces miro hacia fuera y veo que en la cima hay lo que se dice una buena cantidad. Mas, chanzas aparte, la generalidad de las personas que me escriben por nada tienen que preocuparse, pues esos desastres no han de suceder en el trascurso de su vida, a menos que escriban en nombre de algún bebito...

¡Hola, Shelagh McMorran! ¿Así que se ha decidido usted a formularme algunas consultas, eh? Me pregunta usted: "¿Qué hay que hacer para comunicarse con los Espíritus o duendes de la Naturaleza? "

Nada más fácil. Tiene usted que vivir lo que se llama una "vida pura" para que sus vibraciones aumenten. Debe llevar una vida de ermitaño (¿o de ermitaña?), porque si

se mezcla con mucha gente sus vibraciones personales disminuirán y no le será posible llevarse bien con los otros seres.

Además, debe practicar la telepatía, pues no es adecuado hablar con los Espíritus de la Naturaleza vocalizando las palabras, porque el sistema de comunicación oral es demasiado elemental, muy burdo para ellos. El único medio es, pues, la telepatía. De modo que si usted puede comunicarse con su gato, entonces también puede comunicarse con esos espíritus.

Añade, por otra parte, que "la gente busca los medios de encontrar su salvación y esclarecimiento", y pregunta: "¿No será, acaso, que las respuestas que buscamos no se hallan en nada exterior, sino exclusivamente dentro de nosotros mismos? "

Sí; sin duda alguna. Somos fruto de nosotros mismos. Si creemos en algo, ese algo puede ser; y yo diría que, con mucho, la manera más sencilla de encontrar la "salvación" consiste en no apartarse de la Regla de Oro: procede con los demás como quisieras que procediesen contigo.

Hay mucha gente que cree que encontrará la salvación en algún libro sagrado o siguiendo una doctrina que hace miles de años no tiene vigencia. Si sigue usted algunas de las primitivas creencias cristianas, tendrá que convenir en que las mujeres son objetos o enseres inferiores, cosa que a las partidarias de la liberación femenina no ha de gustarles y, por supuesto, con razón. Mi opinión es que (¿me permiten decirlo bajito?) las mujeres son, en todo sentido, iguales que los hombres, si bien son criaturas distintas, poco menos que una especie diferente. Porque los hombres son aptos para unas cosas y las mujeres para otras. ¿Por qué, entonces, éstas no se dedican a sus tareas específicas y velan por la nación, por la educación y la crianza de la generación venidera? ¡Ya verían cómo, por ese medio, podrían alcanzar la salvación!

"Humildad, sinceridad, inocencia, misericordia, probi-

dad, devoción por el maestro espiritual, pureza, constancia, armonía consigo mismo... Si se procura vivir con arreglo a estos preceptos, ¿puede el hombre (o —perdone usted— también la mujer) estar seguro de que avanza por el camino recto, aun cuando no tenga visiones ni se le manifiesten poderes ocultos? ”

Desde luego; porque, acatando usted la Regla de Oro, ha de estar en camino de adquirir todas esas facultades, pues nada hay de "religioso" en ser psíquico, nada especialmente espiritual en ser clarividente, como que sólo es una aptitud. Por ejemplo, no puede decirse que una persona sea necesariamente espiritual porque sepa cantar, pintar o escribir libros, pues éstas no son más que aptitudes. La espiritualidad nada tiene que ver con eso; de manera que no interesa lo puro, piadoso o probo que pueda ser el individuo, pues si no tiene la contextura física necesaria para ser psíquico no lo será. Se puede ser psíquico aun siendo malo, pero es mejor ser psíquico y bueno.

Veamos ahora una pregunta de Shelagh McMorran que viene al caso para gran cantidad de personas, pues son muchas las que me han escrito cosas parecidas: "Tanto usted como otros hombres doctos han dicho que, cuando el discípulo está en condiciones, el Maestro se le aparece. Han dicho, también, que para poder avanzar por el Camino y despertar la divinidad latente dentro de uno mismo se debe tener un Maestro. ¿Cómo puede prepararse uno lo mejor posible para el encuentro con el Maestro espiritual? ¿Puede verificarse tal encuentro en cualquier momento de la vida o hay que hacer y dejar de hacer determinadas cosas para que eso sea posible? ¿Puede ser verdad que uno deba prepararse ahora para un encuentro que ha de llevarse a cabo en alguna vida futura? ”.

Sí; es perfectamente cierto que, cuando el discípulo está preparado, el Maestro puede aparecer, pero no es aquél el llamado a decir cuándo lo está. Lo que ocurre es esto: a medida que el aspirante avanza, su vibración básica

aumenta. Esa vibración es como una campana que resuena en el etérico, de modo que el Maestro —que siempre está pronto para el discípulo, y que puede aparecerse o no en lo físico— concurre en ayuda de éste. Pero quiero aclarar que esto no significa, forzosamente, que el Maestro vaya a sentarse frente al discípulo y que a cada momento lo reconvenga para que su atención no se aparte de él, pues el Maestro está en lo astral y le enseña al discípulo cuando éste también se encuentra en lo astral.

Muchísima gente escribe e insiste en que ya está preparada —persuadida por completo de que lo está—, y pide que yo, o quienquiera que sea, se lance a cruzar mar y tierra para acudir en su ayuda.

No admito que la gente tenga Maestros físicos, del mismo modo que me opongo terminantemente a todos esos cursos por correspondencia que pretenden enseñarle a uno metafísica, espiritualidad, etc. Si usted precisa un Maestro, pues lo tendrá en lo astral. Y voy a decirle algo más: cuando muera, o sea cuando su cuerpo físico haya dejado de ser en lo terrenal y su entidad astral vaya al mundo también astral, ésta deberá quedarse sola y responder por sus aciertos y desaciertos, de manera que de nada vale pensar que, porque haya tomado alguna vez un curso por correspondencia de lavado de caras, vaya el caporal de los lavacaras a hablar en su favor explicando por qué sólo sabe usted lavar caras blancas y no morenas. No; cuando uno muere tiene que quedarse a solas y contestarse a sí mismo. Así pues, lo mejor es ir acostumbrándose a eso desde ahora, a depender de sí mismo, a valerse de los propios medios. No trate de ser un mero esclavo o reflejo de ningún curso por correspondencia ni de ningún tonto dirigente de culto alguno. Usted es una entidad, de modo que actúe como tal.

Pregunta usted, Shelagh, si hay que renunciar a determinadas cosas para poder adelantar; y la respuesta es que sí, naturalmente. Hay que abstenerse de ciertas cosas, co-

mo los tóxicos, porque pueden afectar la psique. Debe usted dejar las drogas. . ., no *usted*, precisamente, que no tiene esas aficiones, sino que lo que he querido decir es que *debemos* abstenemos de tales cosas. Hay que desistir de lo que perjudica al cuerpo astral, porque, cuando se lo daña, todas las vibraciones son irregulares y, si son irregulares, no se logran ningún Maestro astral ni físico y se retrocede al punto de partida.

"En todas las épocas, la Iniciación ha desempeñado un papel vital para la evolución del alma. En los tiempos actuales, ¿cómo y en qué circunstancias puede verificarse esa iniciación? "

Bien; yo no estoy muy a favor de la iniciación porque, por lo común, no es más que una ceremonia supersticiosa que no sirve para nada, excepto para asustar a algún pobre infeliz hasta dejarlo medio muerto. Todo cuanto se necesita es, en realidad, una simple afirmación de propósitos, una declaración de intenciones, la promesa de que uno va a hacer y a analizar ciertas cosas; de manera que sostengo que es una perfecta idiotez sumergir a una persona en agua sucia, dejarla ahíta de vino o cubrirla con harapos de colores. Esto no deja de ser una mera puesta en escena de fetichismo. Como ceremonia inicial, todo cuanto hace falta es una simple afirmación, al convencimiento de que la persona está dispuesta a adoptar ciertas medidas que contribuyan a incrementar su capacidad psíquica.

"Tanto Jesús como otros líderes universales han tenido seguidores y amigos, además de discípulos inmediatos. En *El camino de la vida* ha dicho usted que, en 1985, habrá de nacer un nuevo líder universal. ¿Puede alguien, en este momento, aspirar a ser un digno colaborador, ayudante, seguidor o amigo del nuevo líder universal en esa época futura, o todos esos íntimos allegados tendrán que estar en un ciclo distinto del resto de nosotros? "

La única manera de prepararnos es llevar una vida decente, una vida espiritual, una vida *correcta* y dar el ejem-

plo a quienes nos rodean. En la actualidad vivimos una época verdaderamente horrible, en la que cada cual trata de aniquilar al otro, y en la que las cosas están en camino de andar mucho peor a menos que, de entre nosotros, surjan bastantes personas que den la pauta de los beneficios que derivan de llevar una vida decente. La mayoría de la gente sólo hace algo cuando le rinde algún beneficio material. Sé que esto suena desagradablemente a cinismo, pero me parece que es lo real; de manera que, al menos al principio, uno tiene que mostrarles a los demás que existen beneficios materiales que se pueden extraer del sosiego, de la paz y de la honestidad. Pero mientras la "oposición" no se convenza de tales beneficios, no seguirá el Camino estrecho y riguroso.

CAPÍTULO VII

Buttercup acaba de hacerme notar que, hasta ahora, en este libro no estoy respondiendo muchas preguntas sobre psiquismo. No sé entonces, qué he estado haciendo, porque yo suponía no haber hablado sino de esas cosas. Veamos, pues, esta pregunta: "¿Cómo puede hacerse para saber si el Kundalini ha comenzado a aumentar, además de recurrir a la observación del aura? ".

El sujeto debe saberlo; pero si el Kundalini ha comenzado a aumentar a consecuencia de prácticas equivocadas, ¡también ha de saberlo el psiquiatra! Quien se entrometa con el Kundalini —y puede hacerlo—, tal vez provoque alguna perturbación mental muy grave. Jamás hay que procurar aumentarlo, sino esperar a que ello ocurra de manera natural, pues es sumamente peligroso influir en él.

Desde luego que se puede observar el aura y ver qué pasa con ella y con el Kundalini, pero de nuevo volvemos al consabido problema de cómo hacer para que la gente se quite los pantalones. Con esto ocurre algo extraordinario pues, mientras escribo estas páginas, hace una temperatura en extremo calurosa, de 32°C, y afuera hay gente nadando o remando, o lo que sea, y por cierto que hay quienes apenas tienen ropa. Da la impresión de que se hubiesen quitado casi todo con el propósito de exhibirse; pero cuando se trata de algo serio, como estudiar el aura,

entonces no. . . Entonces quisieran tener, al menos, pintada la ropa sobre el cuerpo. Sin embargo, por lo que he visto en los natatorios próximos, maldita la ropa que algunas mujeres llevan puesta, al punto que quedarían mejor sin prendas de ninguna especie que con esas *bikinis* o como quiera que se llamen. Y esto me hace recordar a esas gordas con pantalones ajustados. . . ¡Oh! Pero mejor será que no me ponga a hablar de ello.

Otra pregunta: "¿Es posible, en esta época, hacerse abrir el tercer ojo de la misma manera como lo hizo usted, o ello debe producirse a consecuencia de un despertar gradual de las *chakras*? ".

Bien, ¿se haría usted extirpar el apéndice por un aficionado? ¿Se lo extirparía usted mismo? Si es sensato —y debe de serlo, porque de lo contrario no estaría leyendo este libro—, lo que haría es encomendar la tarea al mejor especialista que pudiera encontrar. De la misma manera, para abrirse el tercer ojo tendría que encontrar a un auténtico especialista, si bien éstos son tan raros, en occidente, como los frambuesos y los groselleros. Hacerlo no es, en realidad, nada difícil, siempre que se pueda ver el aura al mismo tiempo, pues de ese modo puede apreciarse con exactitud qué es lo que va ocurriendo con el fin de controlar todos los aspectos.

No obstante, yo realmente no aconsejaría jamás, pero jamás, a ningún occidental, que se sometiese a una operación para abrir el tercer ojo, así como tampoco les aconsejo que se sometan a la acupuntura que resulta apropiada sólo para los orientales, que han sido preparados para eso y que, en muchos aspectos, son enteramente distintos de los occidentales. De manera, entonces, que no se haga usted abrir el tercer ojo por medio de una operación, porque puede terminar ciego espiritualmente.

Aquí veo a alguien interesado en los péndulos. . . Pero, ¡vaya, si es nuestra amiga Shelagh McMorran! Dice así: "¿Es posible, o puede creerse, que un elemental, o lo que sea, controle las respuestas del péndulo? ".

Sí; a las entidades dañinas les es perfectamente posible hacer casi todo, como por ejemplo controlar el péndulo como les plazca. Si acaso, usted no comprende cómo puede ocurrir esto, suponga que el conductor de un ómnibus escolar traslada a un grupo grande de niños revoltosos que, al cabo de un rato, se ponen a musitar entre sí y se lanzan sobre él. En ese momento, uno de los escolares, más alocado o más osado que los demás, se apodera del volante y trata de dirigir, a pesar de los esfuerzos del conductor. Puede suceder, inclusive, que alguno de los otros niños llegue hasta arrancar del volante las manos del chófer. Los niños de hoy se atreven poco menos que a cualquier cosa, de modo que, ¿por qué no habrían de poder hacer eso? Algo parecido ocurre, pues, cuando una entidad maligna se hace cargo del control del péndulo. Por alguna razón, quien lo utiliza pierde el control de éste o no lo tiene jamás, motivo por el cual yo siempre insisto en que el péndulo debe manejarlo uno y no otra persona, porque es posible que, controlándolo *usted*, ninguna otra entidad pueda hacerlo; de manera que todo depende del control que usted ejerza.

He aquí otra pregunta:

"En *El camino de la vida* formula usted predicciones acerca de los acontecimientos por producirse durante el último período del presente ciclo terrestre. ¿Cree usted que, en el trascurso de ese período, han de regresar los Jardineros de la Tierra para escardar y podar este jardín confuso y enmarañado, o es más probable que vuelvan después que los cataclismos se hayan encargado de la mayoría de las malas hierbas que hay entre nosotros? "

Mi opinión es que los Jardineros de la Tierra están sumamente afligidos por las condiciones que imperan en este mundo; porque, como se sabe, los seres humanos se están volviendo, sobre todo, cada vez más egoístas y, en lugar de proceder bien entre sí, parecen proclives a la destrucción.

Me parece que alrededor (he dicho *alrededor*) del año dos mil habremos de presenciar acontecimientos sumamente sobrecogedores durante los cuales es probable que los Jardineros de la Tierra, o sus mensajeros especiales, vengan a echar un vistazo a nuestro mundo.

En cataclismos anteriores, la gente de la periferia de la Tierra fue guiada para entrar en ésta a través de los grandes agujeros que hay en los polos. En el interior de la Tierra, la gente estará totalmente a salvo, naturalmente, de las bombas atómicas que devasten el exterior, pues creo que el espesor de la capa que separa la parte interna de la externa es de 1.300 a 1.600 kilómetros y compuesta, en buena parte por mineral de hierro y rocas duras de distintas clases.

Si quiere usted asistir al jolgorio, espere más o menos hasta el año dos mil, y presenciará entonces una exhibición gratuita de fuegos artificiales.

Cambiemos, ahora, de tema. He aquí una pregunta muy importante que me envían de un país de América del Sur. "Cuando rezo, ¿cómo debo llamar realmente a mi Superyó? Como no me gusta darle un nombre humano, ¿está bien que lo llame 'Dios', 'Señor', 'Guía' o sólo 'Superyó'? Dice usted que el Superyó tiene que manejar varias marionetas, ¿quiere decir, entonces, que no sólo me gobierna a mí sino también a otras personas? Eso significaría que mi Superyó no es sólo mío, sino también de otros. Esas personas, entonces, ¿están relacionadas conmigo de alguna manera o no? "

¡Vaya que esto me deja pasmado! Al principio creí que era sólo una pregunta, pero en cambio se trata de toda una retahíla, ¿no es cierto? Más, no importa; en realidad, ninguna importancia tiene el nombre que dé usted al Superyó, como tampoco el que pueda darle al subconsciente, porque mientras se quita la idea de que se está dirigiendo al Superyó o al subconsciente, podría asignarles, inclusive, un número: número uno, al primero y

número dos, al segundo. No será, por supuesto, demasiado entretenido; pero realmente no tiene importancia cómo llame usted al Superyó, siempre que sea constante, pues debe emplear siempre el misno nombre.

Ahora bien; muchas veces me he referido al Superyó y a las marionetas, pero intentaré explicarlo de otra manera. Usted tienen un cuerpo; pues bien, démosle a éste el nombre de Superyó. Posee usted, además, una mano derecha y una izquierda, un pie derecho y uno izquierdo, de modo que diremos que ésas son sus marionetas. Tanto las manos como los pies son, por cierto, partes constitutivas de usted, ¿no es verdad? , perfectamente relacionadas entre sí. Precisamente, de la misma manera, las demás personas que constituyen las marionetas de ese Superyó nuestro se relacionan, están conectadas y son dependientes unas de otras. Y el Superyó debe manejar cada una de esas marionetas de la misma manera como usted maneja sus manos y sus pies. Por ejemplo, si sus pies no se llevaran de acuerdo, usted no podría caminar; porque, suponiendo que sus marionetas —a las que usted llama pies— marchasen cada una por su lado y ambas quisieran dar un paso adelante al mismo tiempo, usted caería de espaldas. Yo no sé que eso pueda hacerse, aunque por cierto no podría intentarlo; pero la verdad es que deben mantenerse las manos y los pies en una relación de buen funcionamiento recíproco.

Veamos ahora esta pregunta: "Cuando se deja esta vida, ¿*debemos* pasar todos por el sitio donde están esos elementales, esas formas de pensamiento o lo que fueren, que procuran espantarnos? ¿Nadie puede evitarlo o los ayudantes son capaces de librarnos de tal cosa? Si, por ejemplo, morimos repentinamente a causa de algún accidente de tránsito o de una catástrofe aérea, etc., ¿tienen tiempo los ayudantes de venir al instante hacia nosotros o debemos deambular solos a merced de esos espantosos elementales? ".

¡Caray! Tengo la impresión de haber caído en una masa de preguntas surtidas. ¿Qué habré hecho para mere-

cer esto? Pues bien: suponga usted que debe viajar en tren, en auto, en ómnibus o en avión, y que para subir al vehículo tiene que pasar por una zona de "dominio público". Piense, por ejemplo, que ha dejado usted el coche en la calle y quiere llegar a él. En tal caso, tendrá qué salir de su casa y atravesar la acera. De la misma manera, cuando se abandona el cuerpo se debe atravesar una zona de "dominio público para espíritus", con el fin de entrar en lo astral, pero en el noventa y nueve por ciento de los casos no se ven elementales de ninguna clase. Si no se tiene miedo, de nada hay que preocuparse porque, al no temer, los elementales no pueden molestar, no pueden acercarse. Entonces, ¿por qué preocuparse? Cuando usted sale de su casa para dirigirse a su automóvil y se encuentra con que en la acera hay unos cuantos niños abribocas, usted no tiene por qué ocuparse de ellos, ¿no es cierto? Entonces, ¿por qué inquietarse por los elementales?

Por otra parte, sí: no cabe duda alguna de que los ayudantes tienen la posibilidad de protegerlo contra todo. Aun cuando se produzca un aterrizaje violento los ayudantes siempre están presentes; porque debe usted recordar que la etapa en la Tierra es algo puramente artificial que carece de sentido fuera de ella. Por ejemplo, si usted quisiera viajar, sigamos, desde América del Sur hasta Australia, mientras se halla en la Tierra tendría que soportar grandes trastornos sacando los pasajes, empacando sus cosas e, inclusive, durante la travesía, además de llenar toda clase de formalidades aduaneras y de inmigración. Pero en ese otro estado, en el astral, con sólo pensar en un lugar ya se está en él, tanta es la rapidez con que ello ocurre. Es decir que, en el astral, una persona puede estar a una distancia incalculable de usted y decirse: "¡Oh, Dios mío! Ahí está Fulano de Tal a punto de sufrir un accidente. Voy enseguida". Y, así, el ayudante astral llega al lugar del accidente antes, inclusive, de que éste se produzca.

Veamos ahora otra pregunta referente a los astrales: "En sus primeros libros mencionó usted al menos dos planos astrales diferentes, uno un poco más elevado que el otro, según mi entender. Todos nosotros que, en promedio, no somos tan evolucionados, ¿debemos ir allí después de morir en la Tierra? ¿Puede existir en ese plano algún tipo de vida familiar, como también dijo usted en alguno de sus libros? ¿Es posible graduarse directamente en un plano para pasar al superior o todos debemos, por fuerza, reencarnarnos entre ambos planos astrales superiores? ".

Si en este momento ustedes pudieran verme, advertirían el desaliento cada vez mayor que me invade. En primer lugar, la temperatura va en paulatino ascenso —hasta tal punto que hoy realmente es un día caluroso— y, en segundo, me encuentro con otra de esas preguntas múltiples. ¡Siento como si estuviese escribiendo tres o cuatro libros al mismo tiempo!

Nosotros, en la Tierra, nos hallamos en un determinado estado de evolución, en una etapa física dentro de un mundo tridimensional. Cuando "morimos" —o sea cuando por alguna razón nuestro cuerpo deja de funcionar— vamos al "plano astral", es decir, a algo así como una zona de recepción, y en ese plano astral particular efectuamos el balance de lo que hemos hecho y de lo que hemos dejado de hacer en el mundo tridimensional, nos encontramos con consejeros especiales que nos orientan, y es probable que determinemos que lo mejor es retornar a la Tierra, o sea, reencarnarnos y volver a vivir en ella.

Es posible, con todo, que al fin y al cabo no hayamos procedido tan mal, en cuyo caso podremos avanzar y dirigirnos a un plano existencial superior, a un mundo tetradimensional o, tal vez, pentadimensional. Debo repetir, empero, que el tiempo es distinto cuando nos hallamos fuera de la Tierra, y podemos permanecer un lapso prolongado en lo astral para luego reencarnarnos, casi instantáneamente, con arreglo al acontecer de los días en este

mundo. Esto es algo muy difícil de captar si usted está demasiado acostumbrado a creer que, por tiempo, sólo cabe entender 60 segundos por minuto, 60 minutos por hora, 24 horas por día, etcétera. En lo astral, el tiempo es flexible, pero podemos trabar relaciones amistosas, aun cuando, en realidad, debemos hacerlo con el fin de redondear nuestras experiencias fundamentales. Es posible, también, tener los correspondientes tratos amorosos; lo cual, estoy seguro, a muchos de ustedes ha de alegrar. . .

Por cierto que respecto a este asunto del astral hay un pobre hombre que se siente aturullado por completo. Veamos la pregunta: "Si uno de mis hijos —o algún otro ser amado— deja este mundo antes o después que yo, y luego vuelve a la Tierra por medio de una nueva encarnación antes de que yo llegue, o vuelvo yo antes de que tal persona llegue, ¿cómo es posible, entonces, que nos encontremos en lo astral? Y si esas personas, o yo, nos hemos graduado en un plano astral superior, ¿cómo podremos encontrarnos? ¿Es posible visitarse mutuamente aunque se esté en planos astrales diferentes? ".

En mis libros he procurado explicar la idea del viaje astral: he tratado de trasmitir a la gente la noción de que, si lo desea, puede abandonar su cuerpo para ir al plano astral y encontrarse allí con otras personas. Al parecer, empero, no lo he logrado demasiado bien, ¿no es cierto? De modo que, si la persona que formula esas preguntas leyera mis libros. . . Pues bien, la respuesta aparece en ellos con toda claridad. Porque, si usted desea encontrarse con alguna persona en lo astral, puede concretar tal encuentro por telepatía y salirse de su cuerpo para llevarlo a cabo.

Si una persona se halla en un plano superior y desea encontrarse con usted en el astral, puede efectuar la travesía descendente hacia el plano astral propio de usted. No existe inconveniente alguno, siempre que ambas personas deseen que tal encuentro se produzca.

Acabo de leer otra consulta y me pregunto si no sería mejor que abandonase todo, tranquilamente, y me retirara a un monasterio. Aunque, en vista de tales preguntas, quizá fuera más apropiado que me retirara a un convento de monjas. Mas, juzguen ustedes por sí mismos. Esta es la pregunta, pero ¿cómo la contestarían *ustedes*?

"¿En qué etapa exactamente —o más o menos exacta— entra el espíritu en el niño que va a nacer? A millares de mujeres de todo el mundo les ronda esta pregunta por la mente. Algunas, ciega y románticamente enamoradas, se han dejado llevar demasiado lejos por el joven o el hombre que les prometía verdadero amor eterno y matrimonio, pero, como no pudieron dominar su pasión, la tragedia terminó por desatarse. Ellos suelen decir a la mujer que todavía la aman, pero que aún no les es posible casarse con ella y que debe deshacerse de *eso*, etcétera. Actualmente quizás haya desaprensión e inclusive indulgencia respecto de lo sexual por el placer y el no preocuparse por nada, no sé, pero ¿podría responder usted esa pregunta? La sexualidad no constituye pecado ni es nada malo si va unida al amor, como usted mismo lo dice en sus libros. El sexo sin amor, en cambio, carece de sentido y sólo es un placer animal, aunque, a pesar de todo, más que nada se lo practique de ese modo. ¿Constituye un crimen abortar antes de que el espíritu entre en el embrión? ¿En qué momento el aborto se convierte en asesinato? "

¡Vaya, vaya, vaya! Después de estas preguntas me siento como la Tía Fanny, esa que escribe en algunos diarios, revistas y periódicos. Siento que me están "instigando" a responder toda clase de preguntas que no tienen relación con la metafísica, aunque quizás estas cosas tengan relación con ella, después de todo. . . Supongamos, pues, que la tienen.

Hoy en día, en realidad, con tantas formas distintas de control de la natalidad, no hay muchas excusas para un embarazo indeseado; pero cuando estas cosas ocurren —y

por cierto que suceden—, mi opinión personal es que el aborto está perfectamente bien si se efectúa antes del sexto mes.

Desde luego que el feto o embrión está vivo mucho antes de ese momento, pero no es necesariamente una entidad "ocupada por un espíritu", sino sólo una masa de carne que se desarrolla y se prepara para esa ocupación. Así pues, como he dicho, según mi particular entender, el aborto podría llevarse a cabo en cualquier momento, dentro de los seis meses, sin que constituya un crimen. Podría ser considerado, en cambio, como un mero deshacerse de algo que no se ha deseado.

La temperatura se torna cada vez más sofocante a medida que avanza el día, y pienso que hasta podría darse el caso de que los huevos se pusiesen duros en los escaparates de los negocios. Por lo que a mi respecta, por cierto que debo "ponerme rígido" para abordar algunas de estas preguntas, pero quisiera saber qué es lo más sofocante, si la temperatura superior a los 32 grados o las consultas. Preparémonos, pues, para la próxima.

"Cuando dos personas se enamoran y se casan, creyendo con toda sinceridad que no habrán de separarse jamás ni en esta vida ni en la otra pero poco a poco comienzan a hacerse daño entre sí, desatinada e irremediablemente, hasta que de pronto se dan cuenta de que ya no pueden comprenderse más y que parecen dos extraños, sin comunicación alguna, ¿qué deben hacer? ¿Seguir viviendo juntas aunque comiencen poco menos que a odiarse y la brecha entre ambas se torne cada vez mayor, hasta el punto de que la atmósfera hogareña se vuelva paulatinamente más cargada, o separarse y, al menos, no convivir detestándose mutuamente? ¿Cómo es posible que ocurra tal cosa cuando ambas habrían podido jurar desde lo más profundo del corazón que jamás dejarían de amarse? En tales casos, las dos personas sienten que es la otra la que ha cambiado de un modo espantoso a causa de algún

misterioso designio, pero ni él ni ella piensan ni reaccionan ya como antes. Ambas comienzan a criticar de continuo lo que antes no consideraban defecto alguno de modo que, cuando también entran en escena problemas físicos para los cuales no se percibe ninguna salida, ¿qué hacer? ¿Es malo separarse? ¿Deben seguir viviendo juntas por el mero hecho de haber firmado unos papeles y porque algún sacerdote lo haya dicho? ¿O ser honradas, romper y dejar que el tiempo restañe las heridas, para tener al menos la posibilidad, por último, de perdonar y comprender que ambas se han equivocado y no sólo una de ellas? ¿Qué es lo correcto, qué lo incorrecto? "

Mucha gente me formula esta misma pregunta, de manera que voy a dar mi opinión sincera sobre el particular.

Cuando dos socios de un negocio no se llevan bien se separan, porque eso es lo único razonable y ¡vaya si el matrimonio es realmente, hoy en día, un negocio! Mi opinión personal es que la gente no debería separarse nunca, sino divorciarse y romper definitiva, decidida e irrevocablemente. Ocurre con esto como cuando a usted le duele una muela: si va a ver al dentista no es para que se la saque a medias, sino para que se la extraiga de una vez y no tenga que acordarse más de ella. Pues bien, si tiene usted conflictos con su esposa o con su marido y estima que no puede sobrellevar las cosas, no pierda más tiempo: divórciese.

La respuesta es, por lo tanto, divorcio a toda prisa. Pero traten de separarse como amigos que han tenido una diferencia, un desacuerdo; no hay por qué destruir recíprocamente las reputaciones de uno y otro, puesto que para que haya divorcio debe haber dos personas, lo cual significa que son dos quienes pueden echarse la culpa.

El señor John Bigras —Biggs— y sus dos gatos —el señor Wayfarer Bigras y señora— tomarán mañana su gran automóvil para dirigirse a Vancouver. Por cierto que me

gustaría poder ir con ellos recorriendo las montañas y mirando los árboles porque aquí, en Calgary, no hay muchos y todo es muy distinto comparado con el verdor de Vancouver. Pero así son las cosas: yo sé que los días en que puedo viajar son contados de modo que, antes que nada, debo desear al señor y a los gatos Bigras *bon voyage* de regreso a casa. Biggs puede ya mirar a sus espaldas, por un año, otras vacaciones; yo, por mi parte, pronto podré mirar hacia atrás y ver mi decimoquinto libro concluido.

Me encuentro aquí con algunas preguntas extraordinarias; por ejemplo, con ésta que no sé cómo puede contestarse: "En *La caverna de los antepasados* he leído algo acerca de un monje japonés, lo que me hizo pensar en que yo también leo distintas cosas. ¿Cómo se puede saber si nos hacemos daño nosotros mismos? ".

Y bien, ¿cómo contestar a eso? Quizá por medio de una comparación con la medicina. Veamos qué podemos hacer: suponga que tiene usted un aparato de televisión y mira todas esas propagandas de remedios de marca, o que lee en los periódicos los anuncios acerca de esto o aquello para curarlo todo. Pues bien, nadie que esté en sus cabales ha de tomar todas las cosas que se anuncian, puesto que todas ellas pueden no ser compatibles. Si tomara usted dos cosas opuestas, o sea no compatibles, podría agravar su indisposición al añadir otra provocada por usted mismo. Todo cuanto puedo decirle, pues, es que si usted lee demasiado sobre demasiados temas, o demasiado acerca del mismo asunto, debería hacer una pausa. Sin pretender autoelogiarme, le digo a la gente que primero debería leer mis libros, porque todo cuanto en ellos digo es cierto y porque puedo efectuar todo aquello acerca de lo cual escribo. En los últimos tiempos han aparecido bastantes pseudoescritores que sólo plagian montones de cosas de los libros ajenos y las vuelven a redactar para hacer creer que se trata de un libro distinto. No obstante, cuando se rehace una cosa no siempre se consigue el mismo sentido,

¿no es cierto? Por eso pienso que uno debe circunscribirse a un autor respecto del mismo tema, y sólo cuando ya se ha leído todo lo que éste ha escrito se puede, si se desea, continuar con otra cosa. Sin embargo, la manera de proceder de la gente es la de quien mezcla las bebidas, costumbre que —estoy absolutamente persuadido— es muy reprensible.

He aquí, ahora, otra pregunta que en realidad no tiene respuesta: "Cuando uno se muda a un departamento y percibe algo molesto o negativo, ¿qué es y cómo puede hacerse para quitarlo de en medio? ".

Me imagino que la pregunta se refiere a qué se puede hacer cuando uno va a un departamento visitado por aparecidos o saturado de influencias negativas de los ex moradores. Si en el lugar hay apariciones, ¿qué importa? El aparecido no puede hacer daño a aquél a quien se le aparece; y además, si uno ejerce un cabal dominio telepático, el fantasma se marcha. La mayoría de las veces, la casa ocupada por fantasmas sólo es frecuentada por la fuerza vital dinámica de la persona fallecida, pues esa fuerza subsiste como los últimos ecos de una banda. Los ecos de la banda se diluyen en segundos, pero los de la muerte de una persona se disipan en un segundo, más o menos, de tiempo astral —que puede significar cien años en la cronología terrestre—, aun cuando pueden desaparecer si se da una orden telepática categórica para que el fantasma se aleje.

Esta vez, por lo visto, hemos tropezado con algo similar. Veamos: "Sé de alguien que, habiéndose dedicado a la brujería, a poco empezó a sentir que lo perseguían los demonios y por tal razón, abandonó de inmediato esas cosas. ¿Podría usted explicar qué son esos demonios y cómo se convierte uno en poseído? ".

Cuando la gente se ocupa de tonteras como la brujería merece todo cuanto le ocurre, de modo que por ella no siento simpatía alguna puesto que tal cosa supone entro-

meterse lisa y llanamente con las fuerzas prohibidas. En el astral inferior hay toda clase de entidades que son como simios dañinos —aman imitando a los humanos, atormentándolos—, y muchísima gente honrada —dueña de las mejores intenciones—, ha asistido a sesiones que no estaban dirigidas adecuadamente por un medium experimentado. En ellas, esas entidades malévolas trasmitieron mensajes que éste, en su ignorancia, supuso auténticos. Pues bien, como nada hay mejor que un triunfo, la mayoría de la gente pensó que esos entes dañinos eran genuinos, de modo que el poder de éstos aumentó hasta que al fin pudieron dominar la mente de los humanos. De esta manera les es posible susurrar telepáticamente en el cerebro del individuo que la tía Matilde, o quienquiera que fuere, pide que se haga tal o cual cosa. Por lo demás, si el sujeto no tiene miedo, nada malo puede sucederle. Si a usted se le aparecen fantasmas o piensa que está poseído, no tiene más que repetirse con toda firmeza que nada puede ocasionarle daño alguno y que la entidad que lo persigue debe disiparse. Como ellas se resisten escapan con toda rapidez en busca de otra persona que no pueda desvanecerlas, de manera que nada hay de qué espantarse como no sea de sentir miedo.

"Mi padre es profesor del ciclo básico de la escuela secundaria y siente un interés cada vez mayor por sus enseñanzas. A menudo me habla de la delincuencia infantil y dice que se trata de niños de buenas familias. ¿Qué pueden hacer esas criaturas para dejar esos hábitos o cómo se las puede ayudar? "

Considero que me he referido al tema hasta el cansancio, con sobrada amplitud, como que realmente creo a pies juntillas que las circunstancias no han de mejorar mientras las madres no se queden en su casa y la atiendan. En la actualidad, a las criaturas se las deja vagar por las calles donde caen víctimas de compinches más fuertes que, las más de las veces, tienen inclinaciones perniciosas, y de

tal manera contaminan a los "niños de buena familia". La única manera de superar esta cuestión consiste en reorganizar la sociedad de modo que la maternidad vuelva a ser una virtud y no un accidente desafortunado.

"Ayer una muchacha se nos aproximó a mi esposa y a mí, y a toda costa quiso inculcarnos el budismo. Yo le dije que mi credo era otro y que su insistencia me molestaba. ¿Cómo se puede estar seguro del credo que se adopta? "

¡Oh, ésto es fácil! Los verdaderos budistas no tienen misioneros. Los verdaderos budistas jamás tratan de persuadir a nadie para que se convierta. Es probable que se haya topado usted con una de esas impertinentes sectarias trotacalles de la actualidad que procuran atraer víctimas que paguen cuotas para alguna sociedad budista imaginaria. Permítame decirle una vez más que, si alguien trata de hacer que se convierta usted al budismo, tal persona no es budista, puesto que el budismo es sólo una forma de vida y no una religión y, además, carece de misioneros.

En nuestros días hay demasiados cultos, existe una pseudo educación en la cual incipientes lechuguinos de ambos sexos creen que son los mesías elegidos, llamados a reclutar adeptos para tal o cual sociedad.

A propósito de esto voy a decir algo que raras veces hago: aconsejarles que lean un libro en particular, referente a las sociedades secretas, donde se explica el origen de algunas de las sectas que en la actualidad publican siempre anuncios en los periódicos, sectas que procuran sacar dinero para sus propios fines. El libro se llama *Secret Societies* de Norman MacKenzie, y fue publicado por Crescent Books, Nueva York.

En mi opinión, es un libro estupendo que puedo recomendar sin reservas. ¡Bien que quisiera haberlo escrito yo!

"Wayne y yo somos vegetarianos. Seguimos la dieta

del profesor Arnold Ehret, compuesta de frutas, hortalizas —ningún producto animal— y nueces. Con frecuencia he pensado si, acaso, podría usted decir algo al respecto. ¿Es ésta una dieta que permite evitar las enfermedades, según opina el profesor? Me preocupa además, que haya gente como usted que se nutra exclusivamente de cebada, té y manteca. ¿Qué piensa de esa dieta? "

Si yo le dijese la verdad, es probable que al editor le diese un soponcio mortal que lo tumbase de su asiento, porque mis opiniones en tales asuntos son incendiarias. Pienso que esas dietas extravagantes son una estupidez, una verdadera bazofia. Las fuerzas armadas norteamericanas realizaron un prolongado experimento con gente que seguía la dieta militar común y corriente, y con los excéntricos que hacían lo propio con la vegetariana —una hoja de repollo y un puñado de nueces, y cosas por el estilo—. Pues bien, al cabo de seis meses las autoridades pudieron observar perfectamente que los vegetarianos eran inferiores en todo —en capacidad mental, en aspecto físico y en resistencia— y que, en definitiva, no eran más sanos.

En esta tierra somos animales y, como tales, nos comportamos como animales y debemos comer aquello que nuestro cuerpo animal exige. De manera que si usted come lo que señala esa dieta y nota que su salud va en decadencia, el único culpable es usted mismo. No siento ninguna atracción por todas esas dietas extravagantes que jamás han sido más que un culto.

"Acabo de comprar *El libro tibetano de los muertos.* ¿Podría usted formular algún comentario? "

Muchísima gente me hace preguntas acerca de ese libro, pero no cabe duda alguna de que es totalmente inadecuado para los occidentales, puesto que se trata de una obra conceptual —de conceptos abstractos— que no es posible verter en un libro de instrucciones concretas. Es indudable que Evans-Wentz fue un hombre estupendo; pero, como devoto cristiano que era, todo cuanto escribía

estaba muy teñido de la aversión instintiva que sentía por los paganos —cuyas creencias eran tan distintas de las suyas—, de manera que siempre inclinaba la balanza contra ellos. Por otra parte, tampoco es posible traducir términos abstractos por medio de expresiones concretas, motivo por el cual existen tantas interpretaciones equivocadas respecto de la acupuntura y de muchas doctrinas tocantes a la metafísica. Yo considero que, quienquiera que se proponga estudiar el *Libro de los muertos*, lo primero que debe hacer es aprender sánscrito.

Anita Kellaway me formula otra pregunta: "¿Podría usted explicar algo más acerca del aura y del aparato que se podría hacer para verla? Esto no sólo es muy interesante, sino que tal aparato podría ser de suma utilidad en caso de que alguna persona inteligente pudiera emplearlo adecuadamente. Yo no me explico por qué los médicos no le piden que les haga alguno".

Bien: acerca del aura ya he escrito bastante y, por lo que atañe a la máquina para verla, ésta podría hacerse si se contara con dinero y con la modelo dispuesta a someterse a ese estudio. Y he dicho, además, que no dispongo de una cosa ni de otra. En la actualidad hay quienes piensan que la solución la da el sistema Kirlian; de manera que me parece mejor hablar de él en un capítulo aparte porque, según entiendo, tal sistema fotográfico está mal encaminado. Para mí representa, por ende, una total pérdida de tiempo.

CAPÍTULO VIII

En tiempos pretéritos, cuando el siglo estaba aún en sus albores, el "káiser Bill" solía andar taconeando por los corredores del Palacio de Berlín, mientras pensaba en conquistar el mundo y en todas las maravillas que habría de realizar. Con el propósito de disimular su manquedad, hacía ademanes ampulosos con el otro brazo tratando de compensar sus deficiencias y malformaciones físicas. Aprestábase, a la sazón a partir rumbo a Inglaterra con el fin de exhibir el poderío de la armada germana en la revista naval británica.

Entretanto, en su residencia de verano de las afueras de Moscú, el zar de todas las Rusias se atusaba los lustrosos bigotes pensando, a su vez, en todos los prodigios que estaban por darse en el país. Lo rodeaba una corte servil que le ocultaba la realidad de todo cuanto ocurría, escamoteándole la verdad respecto del malestar popular cada vez mayor y de la indigencia de los campesinos. Así pues, el zar despachó a toda prisa a sus servidores, puesto que iba a emprender una larga travesía por Europa hacia Inglaterra.

En Spithead, Inglaterra, se efectuaban los preparativos de una extraordinaria revista naval, a la cual asistirían varios jefes de Estado para contemplar el poderío de la

armada británica que desfilaría ante sus ojos llenos de envidia.

Como las calles de Londres estaban empedradas, los cascos de las caballerías resonaban estrepitosamente en el abrupto suelo pedregoso, en tanto que los cabriolés de llantas de hierro trepidaban al rodar sobre los desniveles, haciendo que los pasajeros se sacudiesen, sólo sujetos a los vehículos por correas de cuero colocadas a los lados.

El alumbrado de las calles de la ciudad era, en su mayor parte, de gas —pues la electricidad se instalaba lentamente en la gran metrópoli—, y los automóviles —todavía rareza de rarezas—, sólo podían verse por excepción y constituían un espectáculo que hacía volver la cabeza a todo el mundo.

Los grandes hospitales londinenses estaban colmados de impacientes jóvenes con vocación, ansiosos de hacerse de nombradía en los nuevos campos de la medicina. En uno de ellos un mozo apasionado —el doctor Kilner— estudiaba con ahínco, entregado a la investigación de una de las cosas más insólitas que tornaba posible aquella innovación que significaba la electricidad: los rayos X.

Trabajando hasta altas horas de la noche, ensayaba con diferentes medidas de voltajes eléctricos producidos por las enormes dínamos Compton que, por entonces, eran los elementos más maravillosos en materia de electricidad, y digo electricidad porque la ciencia de la electrónica aún no había nacido.

El doctor Kilner —que estudiaba toda suerte de extraños métodos de investigación del cuerpo humano— observó que, empleando enormes voltajes y amperajes extremadamente pequeños, lograba que se proyectaran luces de los contornos del cuerpo. Después de dar a esto el nombre de prueba del aura, continuó avanzando en sus investigaciones y halló que, con cierta disposición de los prismas y las lentes, más el auxilio de filtros de colores especiales, podía observar el aura de un cuerpo desnudo —porque *debía* estar desnudo.

Ocurrió, empero, que cierto día encontraron al pobre doctor Kilner examinando a una mujer desnuda a la luz de una lámpara especial y, a pesar de que el médico que entró pudo observar luces de colores, de toda clase de extraños matices, en la pantalla a través de la cual aquél miraba, se dieron por terminadas sus investigaciones, hicieron que compareciese ante el Consejo Directivo y el Directorio Médico, y se le advirtió con la mayor solemnidad que, de persistir en sus investigaciones sobre el cuerpo humano y, en particular, dentro de ese campo, sería anulada su licencia profesional y eliminado del registro de la British Medical Association. O sea que, con la carrera hecha pedazos, tal vez habría acabado como jornalero o internado en el hospicio local, pues se le planteó la disyuntiva entre ser expulsado de la profesión o acatar las órdenes y realizar investigaciones sobre la dosificación del recién descubierto método de fotografía con rayos X.

De esta manera, para eterna vergüenza del género humano, uno de los grandes descubridores quedó sumido en el anonimato. El doctor Kilner cayó en la mediocridad y sólo se dedicó a tareas de rutina en el terreno de los rayos X, con lo cual se retrasó la ciencia del estudio del aura.

Llegó la Gran Guerra —la Primera Guerra Mundial— y la ocasión resultó propicia para que, por vez inaugural, se aplicaran esos rayos a los soldados heridos. Con ello, la ciencia médica avanzó, pero siempre por un camino falso, pues el aparato de rayos X no fue la solución.

La guerra tuvo un vencedor, pero no fue éste quien ganó: el perdedor —Alemania— surgió de ella mejor que nadie. Al principio la gente echó a rodar millones de marcos por las calles, pues hacía falta mucho dinero para comprar apenas un mísero sustento. El marco fue devaluado y el país debió afrontar enormes problemas. Rusia, por su parte, también estaba sumida en el caos a causa del surgimiento de un nuevo partido —el Partido Comunista

Soviético—, mientras se lograban extraordinarios adelantos en la adaptación de los nuevos conocimientos occidentales.

A comienzos de 1960, y hasta la década de 1970, un escritor abordó ciertas cuestiones de metafísica en sus obras, asuntos éstos que espolearon el interés de los rusos, atentos siempre a tales cosas. Muchos de los libros de ese autor se introdujeron, pues, en Rusia, y los investigadores se entregaron con avidez a estudiarlos. Así, al cabo de un tiempo, con el patrocinio del Estado, se llevaron a cabo algunas investigaciones en las universidades de Moscú —estudios que se apartaban ya de lo que era, en realidad, una manera equivocada de encararlas—, y los rayos X cayeron durante un tiempo en el olvido, pues los científicos comenzaron a trabajar con altos voltajes con el fin de detectar el campo magnético del cuerpo humano. En Rusia, el problema de la desnudez no cuenta, toda vez que no es el individuo lo que importa, sino que todo debe estar en función de los intereses del Estado.

Y llegó el momento en que los esposos Kirlian, valiéndose de la información recogida en un libro de metafísica, consiguieron idear un rudimentario sistema por cuyo intermedio pudo aplicarse un voltaje muy alto a una plancha de metal sobre la cual yacía una persona. Se observó así que el objeto que había que fotografiar podía colocarse sobre o contra una película puesta en medio de dos planchas metálicas, a la cual se trasmitía un altísimo voltaje. Así, al tomar la foto de alguna parte del cuerpo, un terminal se conectaba a esa plancha, en tanto que el cuerpo hacía las veces de conector de capacitancia.

La corriente era generada por una bobina de Tesla —aparato que multiplica enormemente el voltaje y aumenta además la frecuencia— pero, en este caso específico, tal corriente no penetra en el cuerpo, sino que se desliza por la superficie como el agua. Desde luego que todo esto se efectúa en un cuarto oscuro para poder tomar la fotografía.

Los rusos sostienen que el invento les pertenece, a pesar de que Nikola Tesla, nacido en 1856, fue quien construyó el aparato, y no precisamente en Rusia.

Escritores que han estado en la U.R.S.S. han vuelto con relatos maravillosos de los progresos que los metafísicos rusos han alcanzado. Algunos de ellos, inclusive, han publicado libros sobre el particular, en los cuales los ponen por las nubes sin tener en cuenta para nada que otros autores occidentales ya han escrito a propósito de tales cosas y pueden llevar a cabo todo cuanto aquéllos hacen. Uno de estos autores, en particular, escribió a varios de esos panegiristas para señalarles tales cosas, pero jamás obtuvo siquiera una notificación de recibo, pese a que a algunos les envió ejemplares de sus propios libros, publicados mucho antes que los rusos "descubrieran" todas las maravillas acerca de las cuales habían escrito.

La fotografía de Kirlian es una salida falsa —lo mismo que los rayos X para el doctor Kilner— pues no se trata sino de una forma distorsionada de descarga de corona, algo que meramente pone de manifiesto cierta descarga de electricidad estática, o descarga de protección, en torno del cuerpo humano.

Es lo mismo que tener una herradura imantada, o una barra magnética, cubierta con una hoja de papel sobre la cual se echan limaduras de hierro: de esta manera puede obtenerse cierta impresión unidimensional del campo magnético del imán, pero eso no supone un conocimiento exacto de la manera de actuar de éste ni de su composición. O sea, que se trata de un mero truco de salón y nada más. Del mismo modo, el sistema de Kirlian —que sólo es la versión rediviva de algo que se remonta a cincuenta o sesenta años atrás— no es más que un truco de salón que hace que los buenos investigadores se desvíen del camino adecuado.

La fotografía de Kirlian es entretenida, permite que se hagan juegos de salón con hojas, etc., inclusive en colores,

pero porque todas las descargas de corona tienen color, ¿no es cierto?

Es lamentable que en la actualidad la gente piense que todo lo exótico —y por exótico se entiende sólo lo que proviene del extranjero— tiene que ser necesariamente bueno, mejor que lo que se produce en el propio país. Para el caso viene muy bien el viejo proverbio que dice que nadie es profeta en su tierra, puesto que a los Kirlian —que únicamente han resucitado un método viejísimo— se les concede mucha atención, lo cual no interesaría en lo más mínimo si no fuese que, con ello, se desvían de la buena senda científicos respetables.

La debida aplicación que alguna vez han de tener los rayos X no ha de ser la de esas míseras sombras que pueden verse en una película borrosa. Será, en cambio, la de una fiel reproducción en colores de la parte interna del cuerpo humano, fotografía que habría podido lograr el doctor Kilner de no haber sido porque lo apartaron, puesto que se hallaba en el buen camino, poseía los conocimientos indispensables —conocimientos que había tomado del astral— e iba hacia la concreción de lo que precisamente estaba buscando.

Los rayos X —en estos tiempos se los llamaría de otra manera, desde luego— habrían permitido que los médicos y cirujanos pudiesen observar con precisión qué ocurre dentro del cuerpo, exactamente del modo como ocurre y con los colores naturales. Es decir, que no habría necesidad de realizar operaciones de exploración, sino que se podría "ver".

A poco que esos médicos hubieran escuchado al doctor Kilner, la fotografía del aura habría sido, asimismo, algo común y corriente, y podría decirse con precisión cuáles son las dolencias que afectan al organismo, y lo que es aún más importante, podría afirmarse con toda exactitud, qué males está predispuesto a padecer ese organismo si no se toman medidas precautorias con la debida antelación.

La fotografía del aura es esencial, sumamente necesaria para el género humano. Era común en tiempos de la Atlántida y en la época en que todavía existían los sumerios; más, con todo, a causa de los celos, de la mala voluntad y de la ceguera intelectual, a los investigadores dotados del saber imprescindible para hacer tales aparatos se les impidió intentarlo.

Uno de los mayores obstáculos, al parecer, es que la persona a quien se trata de examinarle el aura debe estar desnuda, y hoy, en los hospitales, sólo está permitido examinar una pequeña zona del cuerpo mientras el resto permanece cubierto. Por lo que parece, resulta de algún modo un delito observar un cuerpo desnudo si no es en una playa o en un escenario, o en las páginas de algunas revistas pornográficas.

Pero cuando los rayos X —según los conocemos en la actualidad— hayan quedado atrás, y entrado en el mundo de las cosas caducas, también habrá pasado el último artilugio —la fotografía de Kirlian— que, en caso de que alguna vez sea mencionado como cosa del pasado, suscitará una sonrisa condescendiente por la credulidad de los mentecatos de la década de 1970 que cayeron en el engaño. Quiere decir, entonces, que el procedimiento de Kirlian no constituye solución alguna para fotografiar el aura, pues no cumple en absoluto esa finalidad.

Si usted va por la costa de un río de corriente rápida y pone una mano en el agua, verá que se producen ondas y alteraciones en el suave fluir. O sea que su mano ha trastornado el plácido discurrir de la corriente de agua, lo cual se evidencia por las ondas y la estela que se extiende hacia afuera. De la misma manera, si se conecta un voltaje muy alto y un amperaje muy reducido a unas planchas metálicas y se deja pasar electricidad, cualquier cosa que impida el fluir de la corriente electrostática pondrá también de manifiesto ondas o manchas, que resultan graciosas a la vista, pero que no tienen en absoluto ningún valor intrínseco.

Espero, pues, que esto sirva a algunos para formarse su propia opinión acerca de la fotografía de Kirlian. Por lo que a mí respecta, me ha enfermado todo ese asunto, como que creo tener la mayor colección de recortes del mundo acerca del tema, pues la gente se ha puesto a cortar y cortar montones de artículos y me los ha enviado. Algunas personas tenían realmente cantidades tan grandes de recortes y de artículos que pensaron que yo iba a sentirme halagado de tener que pagar el franqueo, de manera que me lo enviaron todo y tuve que abonar doble tasa postal por cosas que ya conocía de sobra.

Esto me hace acordar que, hace algún tiempo, cierto individuo de St. Catherines, Ontario, *U.S.A.* —y me parece que tiene que haber sido algún trastornado o algo por el estilo—, llenaba cajas con los más espantosos libros y revistas de que podía echar mano, y me los enviaba todos con porte a pagar. Pues bien, en aquellos tiempos yo era más joven y más inocente que ahora, y recibía todas esas cosas previo pago de cargos muy abultados en concepto de envíos especiales, acarreo especial y no sé cuántas cosas más, para encontrarme con que todo cuanto me había enviado —sin habérselo pedido— era inservible. Con todo, no se salió con la suya, pues cometió un pequeño error por el cual pude ver lo que venía haciendo —cosa que a su empresa debía desagradarle por completo—, de manera que me puse en comunicación con ésta y remití los elementos probatorios, de resultas de lo cual me llegó una carta de excusas y de agradecimiento, y ya no tuve ningún engorro con ese avispado que pensaba que iba a aprovecharse de mí. Así pues, en caso de que alguien más tenga la intención de enviarme cosas "al cobro" que se ahorre la molestia, porque ya no acepto nada en esas condiciones. Hubo gente de todas partes de *U.S.A.* que quiso telefonearme y que pensó que yo sería lo bastante tonto como para aceptar llamadas telefónicas o telegramas con cargo. Pues bien, tuvieron que andarse con cuidado.

He concluido, también, por no dar mi número telefónico a la gente porque, estando en Vancouver, pude notar que me enviaban facturas telefónicas extraordinariamente elevadas sin que yo pudiese saber siquiera por qué se me cobraban llamadas a otras ciudades, por cuya causa se realizó una investigación. De esta manera se pudo averiguar que un vecino, que sabía mi número telefónico, se lo daba al operador cuando efectuaba llamadas a larga distancia. ¡Buen tipo éste! , ¿no? Pero tampoco él se salió con la suya.

Mas sigamos con otras preguntas y respuestas. He aquí una que dice así: "Hace ya cinco años que escribió usted *Más allá del décimo*, libro en el cual decía que tal vez fuese necesario que los Jardineros de la Tierra interviniesen y les dieran un zamarreo a las cosas (a los humanos) para que advirtiéramos el revoltijo que hemos hecho de este planeta. Las cosas, como dice usted, se están poniendo cada vez peor: el comunismo se va expandiendo con rapidez y los sindicatos logran lo que puede significar, muy pronto, el dominio absoluto en muchos países. En vista de esto, ¿podría decir usted si vamos a recibir esa bien merecida pateadura en el trasero dentro de los próximos treinta o cuarenta años? ".

Sí, amigo mío. Pero, antes bien, los Jardineros de la Tierra no desean inmiscuirse, a causa de la posibilidad de que los humanos puedan recuperarse y encarrilarse por el buen sendero; porque, en caso de que tuvieran que venir, sería para tomar medidas drásticas, cosa que a ellos les resulta tan indeseable como a nosotros.

En mi opinión, casi no habrá parte alguna en el mundo que no sea comunista y los tiempos se pondrán muy duros para la gente, sin duda; pero mientras no haya pasado por esa mala época y se haya librado de ella por sí misma, no le será posible rehacerse y tomar el ritmo ascendente del péndulo que, con el correr del tiempo, ha de llevar a la Edad de Oro.

Y aquí una posdata que dice: "¿Quisiera usted tener la gentileza de explicar qué similitudes y diferencias hay entre hipnosis y meditación, y si la hipnosis es un medio de valía para superar los malos hábitos o los problemas? ".

En realidad, no hay relación alguna, en absoluto, entre meditación e hipnosis. En la meditación, uno se encuentra en posesión total de su propio dominio, capacitado para hacer que el espíritu se remonte hacia otras dimensiones. Tenga presente que hablo de *la meditación* y no de esa creencia descabellada por la cual se pagan grandes sumas de dinero y no se recibe nada en cambio. Tengo la más absoluta convicción de que la única meditación válida es la que se efectúa a solas, puesto que cada cual tiene su aura y ésta puede proyectarse totalmente fuera del cuerpo. En consecuencia, cuando hay mucha gente reunida, los procesos de meditación de unas auras se confunden con los de las otras; de manera que, por lo que a mí respecta, pienso que no se puede meditar, auténtica y convenientemente, en grupo.

En la hipnosis, por lo demás, se cede el control de sí mismo a otra persona y tengo para mí que tal cosa debilita el autocontrol. Porque, en resumidas cuentas, lo que uno desea es ser *uno mismo*, ¿no es cierto? , puesto que a nadie le agrada que lo confundan con otro. Cada cual sabe cómo se llama, quién es y qué quisiera ser, y a todos les agrada preservar la propia intimidad; de manera, entonces, que, ¿por qué razón ha de querer uno ser hipnotizado, proceso éste por el cual se entrega parte de la propia intimidad a otra persona? No; yo estoy en contra del hipnotismo, totalmente en contra, pues es algo muy perjudicial. Pongamos, por ejemplo, que un hipnotizador de teatro afirma que va a curar a cierta persona de determinada enfermedad. Pues bien: no es eso lo que hace. Como hipnotizador puede, desde luego, influir sobre el individuo para que esconda o disimule los síntomas de la dolencia; pero, entonces, si los síntomas permanecen ocultos,

¿cómo es posible suponer que el médico, por muy inteligente que sea, pueda darse cuenta de qué es lo que padece tal persona? Cuando la víctima sigue hipnotizada durante cierto lapso, la enfermedad suele no ser tratable en absoluto. De modo que el consejo más sano que puedo dar es que jamás se dejen hipnotizar, a menos que sea por un médico idóneo que cuente también con preparación, en las prácticas y técnicas del hipnotismo. Como médico, tendrá en cuenta los síntomas y, como hipnotizador, sabrá la manera de canalizarlos por el mejor camino posible. Recuerde que el médico jura aliviar el sufrimiento y no causar mal.

Nuestro amigo John Bigras y los dos gatos han partido ya rumbo a Banff y a Vancouver. Yo, por mi parte, he salido dos veces desde que regresé del hospital, ambas para efectuar breves visitas a los alrededores de la ciudad, pequeñas excursiones en cuyo trascurso pude contemplar la urbe desde las elevaciones que llevan a las Rocosas. Ahora, otra vez, tengo la impresión de ser un "confinado", metido casi siempre en una habitación, en la cama o en un sillón de ruedas. Sirve de mucho tener auto, mas yo no lo tengo. Por la otra parte, son demasiado caros para los ingresos de un escritor, como lo hice notar a los del Impuesto a los Réditos cuando me negaron la reducción de gravámenes, para la compra de una silla de ruedas eléctrica, pues no es por placer que uno la usa, sino porque le resulta imprescindible. Asimismo les dije que, con mis impedimentos, debería hacerse cargo de mí Bienestar, pero que, a pesar de eso, yo trabajaba escribiendo libros para no tener que depender de sus servicios. Con todo, en lugar de hacerme algunas concesiones, la gente del Impuesto a los Réditos procura sacarme hasta el último centavo que puede. Por ejemplo, después de pagar mis impuestos recibí una nota de una oficina en la cual se me comunicaba que todo estaba en orden. Sin embargo, exactamente al otro día llegó una nueva nota, esta vez de una oficina distinta,

con la noticia de que debía abonar una multa porque pagaba mis impuestos una vez por año cuando debía hacerlo cada tres o seis meses. Es decir, que los albañiles, los peones, los choferes, etc., están mucho mejor que yo en cuanto a impuestos, puesto que a mí me exprimen a más no poder. Por eso, a menudo dudo de la mentalidad y la buena intención de esas personas que, siendo recaudadoras de impuestos, se aprovechan de las desgracias de los incapacitados.

Con esto, sin embargo, no respondo preguntas de ninguna clase, y eso es lo que debo hacer en este libro. Sigamos, pues, con la inacabable montaña de consultas que, como ustedes saben, ¡vaya si crece! Tengo preguntas como para diez o veinte libros y, sin ir más lejos, ayer recibí un buen montón de consultas metafísicas procedentes del Brasil.

"¿Es muy importante, para los habitantes de este plano, conocer más acerca de los demás planos de existencia que están más allá del astral? En tal caso, ¿podría usted hablar de ellos y darnos, al menos, una idea somera de cómo son? ¿Qué sucede, por otra parte, cuando un espíritu evoluciona hacia el plano que está 'por debajo' del superior, o sea del de Dios? ¿Puede el espíritu evolucionar, verdaderamente, hacia el plano más alto, o esto es tan absurdo que ni siquiera se puede hablar de ello?"

Sólo es posible hablar del plano alto, el astral, que es muy parecido a éste, si bien tiene otra dimensión. El tiempo, por ejemplo, no es en nada igual al de este mundo. También es distinta la manera de trasladarse, puesto que cuando usted desea ir a alguna parte, sólo debe pensar que está allí. Puede ocurrir que se halle usted sentado contemplando el paisaje y sienta deseos de ver a un amigo que está a cierta distancia, en cuyo caso, con sólo pensar en él y en el sitio en que se encuentra, verá que, casi inadvertidamente, ha llegado ya a su lado.

En el mundo astral no hallará usted ni pudibundez ni pornografía. Al principio advertirá —con gran asombro—

que se halla tan desnudo como una banana pelada y que debe "inventarse", literalmente, cualquier forma de vestimenta que le venga bien. Sin embargo, al cabo de un tiempo se dará cuenta de que esas cosas no interesan y que son las del espíritu las que más cuentan. Y esto no es un juego de palabras.

En el plano astral no es posible encontrarse con las personas con quienes uno se lleva mal: y, por supuesto, cuanto más alto se asciende, más compatible se es con quienes lo rodean.

Ahora bien; por lo general es posible ascender aproximadamente hasta el noveno plano de existencia, y entonces ya no se ve que el Superyó envíe marionetas. Sólo existe, en cambio, una prolongación del Superyó, después del noveno plano.

Claro que hay gran cantidad de planos de existencia y que puede usted seguir y seguir, pasando cada vez más dimensiones; pero no tiene objeto alguno hablar de esas otras dimensiones si usted no ha estado en ellas, puesto que no hay puntos de referencia. ¿Cómo haría usted, por ejemplo, para explicarle la teoría atómica a una hormiga, más interesada como está en dedicarse a la tarea ordinaria que exige el diario vivir? ¿Cómo haría para hablarle de la electricidad termonuclear a una abeja, interesada como está en salir a recoger polen —o lo que fuere— para que no se interrumpa el proceso de fabricación de la miel? No; mientras no haya usted experimentado las otras dimensiones no será capaz de hablar de ellas, tal como si un niño de un año pretendiera enseñar neurocirugía a uno de nuestros principales médicos.

No obstante, puede usted ascender sin limitación alguna. Recuerde el viejo dicho de que siempre hay espacio de sobra en lo alto de la escalera. Por lo demás, Dios no es un anciano de barbas y cayado que anda por ahí recogiendo todas las ovejas descarriadas: es algo totalmente distinto, algo que no puede usted entender aquí abajo. Aquí, la

noción más aproximada que puede tenerse de Dios es la de un manú, es decir algo así como la de un gerente de sucursal que tiene a su cargo las existencias de esta sección especial que denominamos Tierra, y a cuyas órdenes una serie de directores adjuntos se ocupan de los continentes, los países y las ciudades. En los últimos tiempos, empero, no parece que estén haciéndolo muy bien, ¿no es verdad? Basta pensar, para darse cuenta, en las conmociones en América, en Camboya, en Vietnam, en Oriente Medio y, ahora, en Chipre. A mí me parece que a todos esos manúes habría que enviarlos de regreso para que siguiesen un curso especial de posgraduación o algo por el estilo.

Mas nos estamos apartando del tema. La respuesta, entonces, es que puede usted ascender tan alto como lo permita su propia capacidad, y que no hay razón alguna que le impida llegar a la cima y alcanzar la "budidad", que es a lo que aspira el budismo, por lo demás.

"A nosotros, los que vivimos en este plano físico, ¿nos es dado aprender y emplear la astrología en bien de la existencia? En caso afirmativo, ¿cuál es el fundamento auténtico de las doctrinas astrológicas?

Hace muchos, muchísimos años, la astrología era de una extraordinaria precisión, puesto que se fundaba en una nueva ciencia que hablaba de la influencia de los astros sobre las cosas de la Tierra —seres humanos, animales, plantas, etc.— cuyos supuestos fueron exactos mientras el Zodíaco se mantuvo como era en la época en que se formularon.

Ahora, unos miles de años después, como el Zodíaco es diferente; las predicciones o vaticinios resultan totalmente erróneos. Mi opinión personal es que la astrología, como se la practica hoy día en occidente, es una pérdida de tiempo, por completo inexacta por la sencilla razón de que no se han tenido en cuenta en absoluto las diferencias en la configuración del Zodíaco. En el Lejano Oriente, en cambio, al tomarse esas previsiones, los horóscopos son

muchísimo más precisos. Lo que sé es que todo cuanto me han pronosticado los astrólogos en el Lejano Oriente ha resultado cierto. . ., ¡y punto por punto!

En occidente me han hecho horóscopos varias veces, pero siempre las predicciones fueron erróneas a más no poder, como que parecían destinadas a otra persona. O sea que todos los intentos fueron absurdos. Por eso siempre digo a la gente que, según mi cabal entender, y fundándome en mi propia experiencia con los astrólogos occidentales, hacerse horóscopos es despilfarrar el tiempo.

Siempre hay personas que me escriben para pedirme que haga su horóscopo y que les diga "al menos una encarnación", cosa a la cual sistemáticamente me niego porque, hacerlo como es debido, lleva muchísimo tiempo, y yo no dispongo de él. Inclusive me han ofrecido sumas de dinero muy elevadas, pero en todos los casos me he negado.

Al parecer, a la gente le interesa sobremanera conocer "al menos una encarnación"; pero, ¿por qué? Si ahora está en esta Tierra, viviendo esta vida, ¿qué puede importarle lo que haya sido antes? Todo cuanto interesa es lo que es ahora y lo que pueda ser en lo futuro, porque si la persona malgasta su tiempo sin ton ni son, pensando en sus glorias pasadas, etc., puede acabar amoscada diciéndose: " ¡Vaya! En mi vida anterior fui la abuela de Cleopatra y vean qué soy ahora: ¡mucama! ".

¡Ay! Esta que sigue me gusta: "¿Qué opinión le merecen las artes marciales? ¿Pueden, los norteamericanos, estudiar yudo, karate o cualquier otro arte marcial que usted haya aprendido en el Tíbet? ".

En el Lejano Oriente las llamadas artes marciales no se practicaban con el propósito de acometer a nadie ni con fines de defensa. Tenían, por lo contrario, el carácter de una disciplina mental, física y espiritual. Porque, en resumidas cuentas, cuanto más fuertes somos, tanto más nuestra conciencia nos dicta que seamos mansos; cuanto

más conocemos el cuerpo, tanto más podemos velar por el propio. De manera que, quienes suponen que por haber seguido algún curso de yudo por correspondencia, digamos, pueden propinarle un zurra a cualquier bravucón que ose patearles la arena encima cuando están en la playa, pues. . ., seguramente son lelos. Por ejemplo, yo estimo que esas artes no se pueden aprender bien por correspondencia ni las puede enseñar ninguno de esos mozalbetes fatuos que se consideran capaces de instalar una escuela de educación física. Más aún, siempre existe el peligro, también, de que quiera usted contrarrestar a alguien que, quizá, le lleve diez o veinte lecciones de ventaja, como ya he dicho en este libro. O sea que, en tal caso, podría llevarse sus buenos chichones. Así pues, mi advertencia es que de nada vale meterse en estos ejercicios de las artes marciales si sólo se los sigue por lo que significan como defensa. No hay yudo ni karate que puedan contra un arma —¿no es cierto?—, especialmente cuando el proyectil ya está en viaje hacia uno.

Y ahora, Kathi Porter, voy a responder sus preguntas; aunque, a decir verdad, ya he contestado algunas. "¿Está bien rogarle al Superyó para que nos oriente o nos guíe y para que nos revele cosas, sobre todo lo oculto y espiritual, de modo que podamos aceptarlas y entenderlas?"

Sí, Kathi, siempre se puede rogar al Superyó. Su Superyó conoce todo cuanto le ha sucedido a un Superyó. Digámoslo así: supongamos que está usted empleada aquí, en América, pongamos por caso, y que su patrón vive en. . ., pues, convengamos que en Sidney, Australia. Pues bien, cuando usted desea ponerse en contacto con él, debe recurrir a la correspondencia o al teléfono. Prescindamos, empero, de las cartas, puesto que no es posible emplear este medio con el Superyó, cuyo equivalente, en este caso, sería el patrón. De manera, entonces, que nos queda el teléfono; pero, si alguna vez ha tratado usted de comunicarse con la parte opuesta del mundo, habrá podido

comprobar que ésta es una experiencia frustrante, un perdedero de tiempo que agota la paciencia y que, a la postre hay que adivinar la mitad de las palabras.

Su subconsciente, en cambio, es como un bibliotecario que no tiene por qué saber mucho, sino que su principal valor estriba en que sabe dónde encontrar determinada información. O sea que al bibliotecario se le puede consultar acerca de cualquier asunto, si es bueno, sabrá decir a dónde recurrir o qué obra contiene la información que se precisa. Inclusive indicará en qué estante se encuentra. El subconsciente es igual: una especie de ser oscuro, pero que sabe con exactitud dónde hallar la información que se desea de manera que, si se pone usted en contacto con él, verá como obtiene resultados con mucha mayor rapidez que malgastando sus energías tratando de comunicarse con su Superyó. Es mucho más expeditivo buscar algo en la biblioteca del barrio que telefonear a alguien que vive en Australia o en cualquier otra parte.

Una señora muy modesta que vive en Barcelona, España, me formula algunas preguntas, si bien prefiere que no se mencione su nombre. De manera que, luego de saludar a la señora D., paso a contestarlas: "Los nuncios del Nuevo Guía del Mundo, ¿están ya haciendo propaganda o preparándose para él? ".

Según, inclusive, las Biblias cristianas, éste es el tiempo (Revelaciones) en que aparecerán falsos profetas. En otras palabras, y dicho en lenguaje moderno, este pobre mundo nuestro es un espantoso revoltijo, todas las normas y valores se desmoronan en torno de nosotros, y siempre surge algún infatuado dispuesto a comer la sopa boba haciéndose pasar por Guía del Mundo. Por eso a veces encontramos gente adinerada que patrocina a algún mentecato que intenta convencer de que es el nuevo mesías, el nuevo Dios o cosa por el estilo. Así, esos individuos poderosos, devorados cada vez más por la sed de riquezas, ponen en escena un perfecto espectáculo con todos los arreos teatra-

les, aviones de reacción, veloces automóviles, etc., para tratar de engañar a los incautos y a los ignorantes y hacer que paguen por su afiliación a un movimiento especial.

Al cabo de un tiempo, empero, algo crecido ya ese mentecato, quiera poder decidir sobre sus propios asuntos, por lo cual, a menos que los que tienen el dinero puedan dominarlo, comienza a hacer cosas que para sus seguidores son incompatibles con los postulados que profesa.

En ocasiones, además, el sujeto se va a otro país donde los recaudadores de impuestos le quitan algunos millones o no le permiten salir mientras no los pague: en tanto que, en otras, cuando va a buscar su avión se encuentra con que ya no está, puesto que, como no era suyo, se lo han llevado del país.

La más sensata advertencia que puedo formular es que nadie se deje engatusar por ningún individuo que anuncie algún culto y que pregone que él, y sólo él, es el verdadero Dios, el nuevo Mesías, el nuevo Guía, el Gurú de todos los Gurúes, etcétera. Hay que ver más allá de las apariencias y preguntarse qué es lo que esas personas se proponen y el porqué de toda esa enorme propaganda. Si realmente fueran lo que pretenden ser no necesitarían recurrir a ningún anuncio, porque la gente de todos modos *lo sabría* y se congregaría en torno del sagrado estandarte.

¡Qué cultos ni qué ocho cuartos! Para mí, quienes inventan cultos son la escoria de la Tierra, como que desvían a los incrédulos y no les permiten alcanzar un verdadero conocimiento.

¡Vaya, que esto me violenta! Ustedes no creían que, a mi edad, pudiera ponerme furioso, ¿no es cierto? Sin embargo, a veces es bueno salirse de lo corriente, porque si con ello puedo sacudir a alguien para que no se adscriba a esos cultos, será para el bien de su propia salud espiritual.

"Es una vergüenza que no sepamos más acerca de hombres tan extraordinarios como el lama Mingyar Dondup y el gran Dalai Lama decimotercero."

El lama Mingyar Dondup es, sin duda, una Gran Entidad que ahora se encuentra, por supuesto, mucho más allá de la esfera terrestre. No se ha reencarnado sino que, por lo contrario, se halla en un plano de existencia mucho más alto y trata de ayudar a otros mundos —mundos, en plural—, pues no se dedica sólo a esta Tierra, sino a una serie de mundos habitados donde existen problemas y donde el egoísmo crece como las malezas de un jardín.

Entre nosotros. Los verdaderos lamas, hay quienes pensamos que el decimotercero fue el último de los Dalai Lamas y que si quien ahora está a cargo de ese ministerio hubiera sido un auténtico Dalai Lama, habría hecho más por ayudar al pueblo tibetano. Porque, en último análisis, nada se consigue con que un hombre diga que es el adalid de una religión y que está orando, cuando cualquiera puede orar. Para liberar a un país de la agresión comunista, de sus invasores, no basta con que unos pocos se dediquen a orar: hace falta dar un certero ejemplo material. Esto puede significar hasta el martirio para el conductor de un país, puesto que si ese conductor se queda y lucha junto a su pueblo —veces hay en que la fuerza se justifica—, ese pueblo no ha de sentir miedo, toda vez que es su guía bienamado quien lo dirige. El decimotercero era un hombre así, un hombre que habría permanecido junto a su pueblo... Pero nada se puede contra la muerte, ¿no es cierto?

CAPÍTULO IX

Ahora que acabo de terminar mi frugal comida recuerdo una pregunta que me llegó precisamente ayer, apenas a tiempo para entrar en esta obra, adelantada como está. Dice así: "Por favor, ¡escriba otro libro! Y tenga la amabilidad de decir en él algo acerca del ayuno. ¿Qué opina usted al respecto? ¿Se debe ayunar? ¿Puede hacer mal? ".

A esto todo cuanto puedo responder es que yo, señora, he ayunado durante años, ¡vaya, por Dios! Seriamente, empero, ayunar con inteligencia es algo muy bueno, desde luego, siempre que se tomen ciertas precauciones. Por ejemplo, no se debe ayunar si se es diabético ni tampoco si se padece de determinadas afecciones cardíacas. Pero si, en general, goza usted de buena salud, ayunar de cuando en cuando puede resultarle, en realidad, beneficioso, siempre que no tenga que cumplir una jornada entera de labor al mismo tiempo.

Así como a usted no se le ocurre pensar que un auto pueda andar si el tanque de nafta está vacío, tampoco debe pretender que su propio cuerpo trabaje cuando no tiene a su alcance comida alguna.

El ayuno no constituye ningún peligro, por lo común, cuando se está de vacaciones, porque entonces se puede descansar más, no hay que correr para tomar el ómnibus y

no es necesario afanarse por demás en el trabajo cuando el patrón mira hacia donde uno está, puesto que todo puede hacerse a su tiempo. En consecuencia, si tiene usted el propósito de ayunar, asegúrese de estar en condiciones de salud razonablemente buenas y de no padecer ninguna enfermedad o dolencia, como sería la diabetes, porque, en ese caso podría hacerse un daño a sí misma. Una vez hecho esto debe asegurarse, también, de que sus intestinos funcionen perfectamente y de que no sufrirá ninguna descompostura de vientre, para lo cual es conveniente que tome un laxante suave de modo de quedar vacía por dentro. Después, deje de comer, pero no de beber. Cuando se ayuna hay que estar bien asesorado en cuanto a tomar todo cuanto en la jerga médica se llama una dieta líquida perfecta, mucha agua y jugo de frutas, pero nada sólido ni tampoco leche, porque ésta es demasiado consistente para tal propósito.

Ahora bien, no crea que cuando se ayuna se puede chupar caramelos. Eso no es ayunar: eso es hacer trampas, es convertirlo todo en una farsa. De modo que no coma y descanse bastante. Puede leer, escuchar radio y ver televisión, pero nada de ir al cine ni a la confitería ni cosa parecida, pues si lo hace agotará sus reservas de grasas mucho más rápido de lo conveniente. Porque, cuando se ayuna, el cuerpo debe seguir trabajando, y la única manera de poder hacerlo es absorbiendo gradualmente el alimento almacenado en las células —es decir, en las células del tejido adiposo—; de manera que si anda corriendo de un lado a otro, concurre a reuniones, o realiza trabajos manuales, perderá peso con excesiva rapidez y correrá el riesgo de debilitarse.

Para que se dé una idea de lo que estoy expresando, permítame que le diga que en los últimos tiempos una cantidad asombrosa de personas realmente obesas se han sometido a una aperación para acortar los intestinos entre dos y tres metros a fin de que no absorban tanto alimen-

to. Al hacerlo, la persona pierde peso con demasiada rapidez y se produce toda suerte de cosas extrañas. A una mujer que pesaba más de 135 kilos (creo que, en realidad, eran alrededor de 160) le redujeron tres metros de intestino, y hay que ver con qué desconsuelo lloraba y se quejaba porque, al perder peso con tanta rapidez, se sentía casi siempre espantosamente enferma y las carnes le colgaban por todas partes formando arrugas, cosa que de ninguna manera favorece a una dama que siente algún respeto por su presencia.

Así pues, si piensa ayunar, ándese con cuidado. Deje de comer, deje de trabajar y repose mucho, pero por "reposo" se entiende que no debe salir de compras ni concurrir a diversiones. Si se propone ayunar y extraer del ayuno todos los beneficios y ninguna de sus desventajas, tendrá que renunciar no sólo a la comida sino también al movimiento.

El cuerpo necesita mucho líquido porque, en caso contrario, se deshidrata, y cuando ello ocurre se afecta el organismo.

A ciertas personas que no gozan de mucha salud, el ayuno les afecta el hígado, de modo que verifique si la suya es buena antes de cualquier intento.

¿Qué cuánto tiempo se debe ayunar? Pues bien, hasta que empiece a ver cosas, si le parece. Es posible pasar cuatro o cinco días sin comer, con muy buenos resultados. Antes de ingresar esta última vez en el hospital, estuve sin comer absolutamente nada durante más de diez días, y al entrar en él no probé bocado durante unos cuantos días más. A mí no me hizo daño alguno. De manera que sólo puede decirse que se debe ayunar el tiempo que se considera necesario. No obstante, no debe hacerlo más de cuatro o cinco días sin consultar a su médico, aunque si éste es uno de esos pobres tipos adocenados que no ven más allá de los textos, le dirá directamente que no cometa la locura de ayunar, pero sólo porque él jamás lo ha

hecho. Con todo, por su propia seguridad, consulte siempre a su médico cuando se proponga ayunar durante más de cuatro o cinco días.

Después, cuando comience otra vez a comer, no vaya a engullirse media vaca, porque ello puede ocasionarle toda clase de trastornos, acarrearle una indigestión —que puede ser grave— y una serie de cosas más.

Cuando se ayuna el estómago se contrae, se encoge hasta alcanzar el tamaño de un huevo chico, porque no hay razón para que continúe distendido si no se le echa comida. Es decir, entonces, que al cabo de cinco días más o menos, su estómago tendrá ya ese tamaño, al cual se ha acostumbrado; de manera que, si de pronto, usted se aburre de ayunar y se echa al coleto una buena cantidad de cosas, su estómago deberá dilatarse mucho más de lo que desea y, al hacerlo, usted sentirá dolor. Además, como sus intestinos se habrán encogido por no tener nada en su interior, ellos también tendrán que dilatarse enormemente. Créame que, si después de cinco días de ayuno se regala usted con una comilona, va a sentir más dolores y molestias de los que jamás haya imaginado que pueda producir una cosa tan simple.

Después del ayuno tome comidas muy livianas, como leche y algunos bizcochos. Al día siguiente coma un poco más, pero no vuelva a ingerir su cantidad normal de alimentos hasta tres o cuatro días después. De ese modo hará que las consecuencias del ayuno sean positivas; pero, por lo contrario, si se atiborra, sólo se hará un mal, y con ello el ayuno habrá sido en balde.

He aquí, ahora algo de lo cual voy a hablarles. Se trata de una carta que dice: "Varias veces he tratado de visitarlo a usted en el astral, pero siempre veo a alguien que se le parece levemente y que, por cierto, es muy horrible. La persona procura siempre pasar por usted, pero es muy mal actor. Quizás esté usted demasiado ocupado haciendo otras cosas en otros mundos como para que se lo pueda

ver o tal vez, antes de que concluya esta carta, reciba usted mi visita, si bien todavía me encuentro en la era prehistórica de los viajes astrales".

Estimada señora, tengo el placer de comunicarle que dispongo de una barrera eficaz para que la gente no me pueda visitar en el astral, a menos que yo lo desee. Porque, verá usted: muchísima gente —como le digo: muchísima— dice que quiere visitarme en el astral, de modo que si todas esas personas pudieran hacerlo yo no tendría intimidad, no tendría tiempo para mí mismo, y además, ¿le gustaría a *usted* que una multitud la visitara cuando está en el baño, por ejemplo? ¡A mí, no! Así pues, valiéndome del saber que me ha sido dado hace muchísimos años, he podido erigir una barrera que hace que no me pueda visitar ningún terráqueo, a menos que yo esté dispuesto a recibirlo.

Las que ha visto usted son entidades malignas como las que ve la gente en las sesiones. Ya antes me he referido a esto, de manera que no vale la pena volver en detalle sobre el particular: pero muchas personas de "entremundos" quieren ser humanos y ahora son entidades, haces de fuerza vital aunque sin mucha conciencia. Que en realidad, como ya he dicho, son como simios traviesos. Así, cuando alguien procura visitarme y yo no quiero recibirlo, una de esas entidades dañinas se presenta y se hace pasar por mí. De modo que si la gente se empeña en verme, la culpa es exclusivamente de ella.

Algunas personas me exigen de distintas maneras que las visite. Inclusive están las que me envían mapas intrincados o fotografías del sitio exacto en que viven, y me ordenan que me aparezca a tal o cual hora. Desde luego, por supuesto, que no lo hago. ¿Irían ustedes volando por el astral sólo porque algún pobre diablo que ha pagado unos centavos por un libro piensa que tiene derecho a mandar sobre su autor? ¡Qué plaga ésta, digo yo!

El día sólo tiene veinticuatro horas; pero si yo tuviese que obedecer esas órdenes imperiosas, necesitaría cuando

menos treinta. Además, esas personas no tienen noción de las diferencias horarias. Yo vivo en una zona montañosa y me rijo por su hora, pero, ¿qué decir si una persona exige mi presencia en Tokio? La diferencia horaria es enorme, como que allí es en realidad el día siguiente. De manera que, ¿por qué tengo que molestarme yo en calcular qué hora o qué día es en ese otro lugar? No; la gente que reclama —que exige— mi presencia como si yo fuera el esclavo de la lámpara o algo por el estilo, sólo piensa en lo suyo, cuando debería pensar en ambas cosas.

Esto es muy divertido, además, pues a veces reclaman que me aparezca al instante para que encuentre una lapicera, un anillo o una carta que han extraviado. Y en esto no exagero un ápice, puesto que hace poco recibí una orden imperiosa de una mujer que, como había guardado algo que quería usar esa noche y no lo podía encontrar, pensó que era natural mandarme llamar y que yo apareciera al instante en el lugar para hallarlo. Pienso que tal vez haya retrocedido a la época en que leía *Aladino y la lámpara maravillosa*, o que, quizá, sería conveniente que evolucionase un poco, ¿no le parece?

Voy a trascribir algo, ahora, que sin lugar a dudas les va a causar risa:

"Anoche, mientras viajaba por el astral, resolví emprender una correría de adoctrinamiento. De pronto, cuando estaba caminando, me di cuenta de que tenía puesto un *hermoso manto amarillo*. ¡Qué emocionada estaba! ¡Son tan lindas las ropas astrales! Había resuelto aleccionar a una persona cuando, de improviso, mientras iba caminando, el manto amarillo desapareció y quedé totalmente desnuda. Mi mente se veló y lo último que recuerdo es que estaba desnuda en medio de un edificio público. . ."

Pues, ya ven: sí, eso es lo que ocurre. La gente se mete en estas cosas sin preparación alguna. Es evidente que esta persona se internó en el astral, pero olvidó man-

tener una parte de su mente —de su mente astral— fija en su ropa; por lo cual, apenas resolvió enseñar a una persona que ya sabía más que ella, esa pequeña porción de su mente, que debía haber estado atenta a su vestimenta, se desconectó. De esa manera, la mujer se sintó avergonzada en mitad del edificio público donde, sin duda, habría una multitud de ávidos mirones. ¿Acaso no se sentiría *usted* también interesado si de pronto viese aparecer a una mujer desnuda? Hoy en día, los *streakers* parecen atraer mucho la atención, de modo que juzgue por sí mismo cuál hubiera sido su propia reacción.

Esta persona desea que la mencione por su nombre, pero lamentablemente no puedo siquiera leerlo, así como tampoco me es posible leer su dirección, puesto que no da ninguna. Sólo cabe, pues, llamarla la Desconocida. Quiere saber, además, cuándo comenzarán a llegar platos voladores en grandes cantidades. Mucho me sorprendería, en realidad, si en un futuro inmediato no hubiese más noticias de platos voladores. Inclusive, voy a decirle algo: de cuando en cuando habrá leído usted que barcos de Noruega, Dinamarca, Suecia, etc., tienen cercado a un "submarino" en un fiordo y que éste no tiene manera de escapar. Pues bien, todos hemos leído cosas así, todos las hemos oído por radio y hemos tenido la certidumbre de que ese submarino desconocido —que no podía ser sino ruso, como se insinuaba—, se hallaba acorralado y no tenía posibilidades de huir. Inclusive se han presentado en el lugar barcos de guerra de las Naciones Unidas, con todo su equipo para detectar submarinos, dispuestos a hacerlos emerger del agua sin más trámite, en caso de que no se rindiesen. Esto lo ha leído usted en los diarios, ¿no es cierto? , y también lo ha oído por radio. Muy bien; pero, ¿ha llegado a sus oídos, alguna vez, que tal cosa haya dado resultados? ¿Lo ha sabido? Me parece que no, puesto que todo permaneció en secreto; de manera que tengo motivos para creer que existen ovnis que vienen del interior de la Tierra y que pueden navegar debajo del agua como los submarinos y

que, si bien a veces los detectan barcos de distintas naciones, siempre pueden escapar.

Hace muchísimos años se formuló la predicción de que en 1974 habría un encuentro debajo del agua entre naves terrestres y ovnis. Esta predicción señalaba que se produciría un choque entre un submarino y un ovni y que, al recoger a algunos tripulantes de este último, podría verse perfectamente que no son humanos en el sentido que el vocablo tiene en la superficie de la Tierra. Sabido es que las predicciones pueden variar algo en cuanto al tiempo, de manera que, en realidad, algo puede suceder en 1974 ó 1975, *si es que ya no ha sucedido.*

Y digo si ya no ha sucedido porque me parece muy extraño que los gobiernos mantengan en secreto estas cosas. Un buen día nos enteramos de que ha sido sitiado un submarino, se produce una gran conmoción, nos llegan abundantes informaciones —digamos que casi hora tras hora— y después, de pronto. . . nada, no se habla más y todo se desvanece en el olvido. Por muchas averiguaciones que se hagan, nadie vuelve a saber nada más del asunto y todo queda como si jamás hubiese ocurrido. Por supuesto que, en caso de encontrar seres extraños y, tal vez, capturar los de algún ovni, los gobiernos actuarían para evitar que lo supiese quien tiene el derecho de saber —el pueblo—, en tanto no se resolviese la manera de presentar esa información del modo más conveniente para los intereses de la nación.

He aquí, ahora, otra buena pregunta: "¿En qué circunstancias se puede tener acceso a los Registros Ascásicos para averiguar el futuro de otra persona? ".

No es posible hacerlo si se trata de una persona común, carente de una especial formación sumamente larga. El Registro Ascásico de cada persona se halla cerrado y ningún otro ser humano puede verlo (por lo general) hasta que su titular deja la Tierra y está en el Salón de las Memorias, donde el pobre desdichado deberá verlo enteramente y enrojecer de vergüenza a más no poder.

Me parece que esta otra persona que me escribe debería ver a un buen oculista, puesto que me dice: "Doctor Rampa: ¿sabe usted que tiene un parecido sorprendente con el Rey Feisal de Arabia Saudita? Sí; en verdad le digo que hay un retrato del Rey Feisal en un número de la revista *Time* y que es usted idéntico a él".

Permitidme Vuestra Majestad, el Rey Feisal, que os presente mis humildes excusas, porque si os parecéis a mí pues. . . , ¡vaya con lo que habéis cargado! Por mi parte no veo semejanza alguna, excepto que el rey tiene dos ojos, una nariz, una boca y dos orejas, como yo, que también los tengo y que, por lo tanto, si de eso se trata, parecido tiene que haber. Agréguese que el rey tiene mucho más cabello que yo, que soy calvo, y cuando hace calor las moscas usan mi coronilla como pista de patinaje.

"¿Es posible tener un hijo físico o astral de resultas de una relación en este plano? "

No; no hay posibilidad alguna. Aunque, de creer a algunos de mis corresponsales, no sólo es posible, sino que realmente sucede. Por ejemplo, hace muchos años, cuando vivía en Prescott, Ontario, me escribió una mujer —jamás la he visto y nunca he estado a menos de cientos de kilómetros de distancia de ella— para decirme que estaba encinta de mí y que iba a tener un hijo. Según ella, yo la había visitado en el astral y (permítanme ser delicado) "habíala conocido". Esto fue algo novedoso para mí, pues al parecer me había perdido toda la diversión,ya que, por cierto, no me había enterado de nada. La pobre mujer no parecía darse cuenta de que su marido —con quien dormía, y supongo, hacía otras cosas— podía ser más responsable de eso que yo. En consecuencia, pues, debo decirle que no, que no es posible andar por el astral embarazando mujeres. Lamento aguarle la fiesta, pero así es: eso no se puede hacer.

Tengo aquí otra consulta interesante: "A veces veo a niños pequeños que parecen estar hablando consigo mis-

mos, pero que en realidad se dirigen a 'alguien'. Por lo general miran como si estuvieran poniendo la vista directamente en alguien que yo no puedo ver y suelen sostener largas conversaciones. ¿Con quién hablan? ¿Con los Espíritus de la Naturaleza? ¿Pueden los niños pequeños ver dentro del mundo astral cada vez que se les ocurre? ".

Desde luego que esos niños pueden hablar y ver a la gente en el astral. Es algo bien sencillo, sin duda, puesto que cuando los niños son pequeños sus vibraciones son más altas, de suerte que pueden ponerse en contacto con las personas del astral, cuyas vibraciones son más bajas. También existen espíritus amigos especiales que velan por los niños. En otras palabras, las hadas existen; pero los niños pierden la capacidad de verlas cuando sus tontos padres les dicen que no deben decir mentiras y que no es cierto que vean a nadie. Los padres, en realidad, son los peores amigos del niño y a menudo se creen omnipotentes, dechados de sabiduría. Tratan de dominar a sus hijos y aplastan y destrozan sus facultades naturales. Es algo muy triste, pues son los adultos quienes hacen que a las personas del astral les cueste tanto ponerse en contacto con este mundo.

¿Tiene usted ganas de reír? Pues bien, ¿qué contestaría a una pregunta como ésta? : "¿Por qué no se pueden casar los monjes budistas? ".

Permítanme que conteste con otra pregunta: ¿Por qué no se pueden casar los sacerdotes católicos? Porque, evidentemente, se trata de un aspecto de la religión, de la disciplina religiosa. Muchos cultos —y no tan sólo los cultos cristianos— consideran que el hombre debe dedicar su vida entera a ellos. Es decir que, en realidad, debe casarse con la religión. Muchos cultos, o muchas religiones entienden que, cuando el hombre se casa, su mente está en otras cosas —en los encantos de su mujer, por ejemplo— y que, en consecuencia, no puede dedicar íntegramente su atención a sus deberes religiosos. Esta es la razón por la cual los sacerdotes católicos y algunos otros no se casan. Sin

embargo, muchos monjes budistas de distintas sectas sí lo hacen, así como hay diferentes clases de sacerdotes cristianos que también contraen matrimonio. Los pastores protestantes se casan; los curas católicos, no. Es una cuestión de ideas, y nada más.

Mantengo correspondencia regular con una dama y un caballero que tienen un hijo deficiente mental. Por desgracia, la ciencia médica no puede hacer demasiado por esas personas, de modo que con frecuencia se procura persuadir a los padres para que los envíen a algún asilo de deficientes mentales.

Este chico, en particular, está mejorando y yo creo que, con el tiempo, debido a los amorosos desvelos de sus padres, será casi normal. Al parecer, cuando era pequeñito, un médico realizó un tratamiento imprudente que consistió en experimentar con él una nueva droga de la que recetó una dosis que habría podido dañar a un adulto fuerte. A partir de entonces el niño padeció una tensión mental muy grande y no puede hablar, pero creo que su salud está mejorando. He sugerido que lo envíen a la granja de unos amigos porque, a menudo, cuando tales personas se ponen en contacto con los animales, etc. —que son menos privilegiados que ellos—, experimentan una gran mejoría debido al esfuerzo que hacen para ayudarlos y comprenderlos.

En muchos casos, al ver un animal, el niño deficiente experimenta una especie de compañerismo, pues piensa que éste tampoco puede hablar y eso contribuye a que se sienta unido a él. Así, cuando a esta clase de niños se le permite estar en una granja y se le asigna tareas acordes con sus aptitudes, se despierta su responsabilidad y se produce una respuesta en su inteligencia.

Es una gran lástima, un crimen enorme enviar a los deficientes a un asilo psiquiátrico cuando todavía existe alguna esperanza de que los cuidados del hogar, o las atenciones y la comprensión que es posible encontrar en algu-

na granja, pueden contribuir a mejorarlos. Sé de muchos casos de mogólicos —que no son idiotas en absoluto— que han mejorado muchísimo al dárseles la oportunidad de colaborar en el cuidado de los animales de corral.

¿Recuerdan ustedes que en un libro anterior predije que el presidente de U.S.A. sería relevado de su cargo? Pues bien, en el momento de escribir estas líneas se aguarda que el Presidente Nixon anuncie su renuncia. Mucha es la presión que, por cierto, se ha ejercido sobre él y, por lo que puede leerse en los diarios, es evidente que ha soportado una tensión nerviosa que puede haber afectado su salud. Las profecías a veces se cumplen; mas, según he sabido de buena tinta, al Presidente Nixon —que tal vez sea el ex presidente cuando ustedes lean esto— hubo una astróloga —o lo que quiera que fuere— muy conocida que le vaticinó que nada habría de sucederle. Muy acertada que digamos no ha estado, ¿no es verdad?

Todo se produce, en realidad, por ciclos. Vemos así que, los reyes, presidentes, etc., tienen cuestiones con arreglo a ciclos determinados. Es decir que, si se sabe ver, es posible advertir esos ciclos periódicos. Del mismo modo, pues, puede determinarse con bastante precisión cuándo va a producirse una nueva guerra. Si se toma usted el trabajo de determinar las fechas de las guerras y hace un gráfico, notará que siguen una pauta más o menos regular. Con todo ocurre lo mismo; inclusive, con la vida humana, no hay nada que no suceda según ciclos establecidos, como por ejemplo con las fases de la Luna, como bien sabe toda mujer. Pero no sólo esto, sino que hay ciclos, además, que afectan más que nada a la humanidad, como el de veintitrés días referente a los altibajos de la salud, el de veintiocho y, todavía, otro que se verifica cada treinta y tres días. Todo, nuestra salud, la energía nerviosa y el vigor intelectual, fluctúa de un extremo a otro; y así, por supuesto, cuando los tres ciclos coinciden durante intervalos muy prolongados, es posible que se atraviese un período sumamente bueno o malo durante un día más o menos.

Yo llevo un diagrama de mis ciclos —es decir, de los de veintitrés, veintiocho y treinta y tres días— y hace poco pasé por el pico de lo que en mí es buena salud, según las previsiones de los tres ciclos mencionados. Después, empero, sobrevino la declinación de los tres al mismo tiempo y la consecuencia fue que me tuvieron que llevar al hospital, por cierto que muy mal, con tantos malestares que ni quiero acordarme siquiera. Y así fue como permanecí allí hasta que los ciclos cambiaron y permitieron que me sintiese mejor, luego de lo cual me dieron de alta.

Toda la vida sigue ciclos de esta clase, que pueden ser diagramados siempre que se sepa hacerlo. Y no sólo eso, sino que, sabiéndolo hacer, es posible averiguar los ciclos de los acontecimientos mundiales: qué pasará en este país, qué en aquel otro, quién va a ser la próxima víctima de los asesinatos y qué harán esos pícaros chicuelos que son los rusos para alterar la estabilidad del mundo. Es una lástima que éstos sean tan xenófobos, puesto que se hacen un gran daño a sí mismos pensando siempre que todos están en contra de ellos, cuando en realidad, la mayoría de las veces, a la gente le importa un bledo de los rusos. Por propia experiencia sé el juego brusco que practican.

Bueno sería que nuestros dueños y señores, que se las dan de gobernantes elegidos democráticamente elaboraran diagramas adecuados donde se señalasen los acontecimientos mundiales y cuándo se va a producir algún aumento o rebaja —¡oh, maravilla! — de los impuestos, si bien esto último no me parece posible. Los gobiernos están siempre dispuestos a incrementar los precios, los impuestos, etc., pero maldito lo que hacen jamás por reducirlos. Ese asunto del impuesto a los réditos —que creo que en Inglaterra se incluyó entre las estipulaciones de la Ley de Defensa del Reino (Defence of the Realm Act, D.O.R.A.), durante la guerra de 1914-1918— no fue más que una medida temporaria que se derogó al finalizar la contienda. Pues

bien, tanto en Canadá como en U.S.A., el gobierno impone ahora un enorme gravamen, a lo cual se añaden las provincias o estados, que también se llevan su tajada por medio de grandes impuestos, e inclusive, en algunos lugares, existe todavía un tercer gravamen, debido a la voracidad de algunas ciudades. Esto me hace pensar en la vida que lleva un escritor: en primer lugar tiene que pagar comisiones a uno o dos agentes; después, abonar el impuesto a los réditos en el país donde se publica el libro; luego, pierde dinero a causa del tipo de cambio —¡que a mí nunca me favorece! — y, por último, se encuentra con que debe pagar impuestos, en su propio país. Además, si es especialmente desdichado, deberá abonar, primero, impuestos federales y luego, provinciales; e inclusive, si no está "en su día", también deben satisfacer gravámenes municipales.

Mas, volvamos ahora la atención a nuestro respetable amigo Moffet el Botero, que me formula una pregunta. Al Botero le gustan los barcos, y es por causa de esa predilección que yo le he puesto tal sobrenombre, cosa que parece agradarle mucho. Como tiene grandes dotes para construir modelos, a mí me desagradaba que se dedicase a reproducir viejos barcos de vela de épocas pasadas porque, en resumidas cuentas, ¿a quién puede importarle esas embarcaciones, meros trozos de madera impulsados por un pedazo de lienzo sujeto a un palo que llaman mástil? Los buenos modelistas construyen barcos de paletas o de vapor, de modo tal que, Moffet el Botero, enardecido por su nuevo nombre, se ha puesto ahora a la tarea de construir esos barcos de ruedas de paletas.

Sin embargo, le intriga el caso del *María Celeste*. Es posible que todos ustedes sepan de qué se trata; pero como por ahí puede haber alguna tía fulana que no lo sepa, permítame que le diga a usted, tía, que el *María Celeste* es —o fue— un velero que surcaba los mares siguiendo un derrotero de rutina, hasta que un día —o, mejor dicho,

una noche— otro barco que estaba cerca lo vio acercarse con las velas desplegadas navegando a toda marcha contra el viento. Pero —lo mismo que este libro— era ya el crepúsculo de manera que, según la ley del mar, el *María Celeste* debía de tener las luces encendidas. A pesar de ello no tenía ninguna, por cuya razón la gente que estaba a bordo del barco próximo se sintió preocupada porque parecía que las cosas no andaban bien en él. De esta manera, al cabo de una larga persecución, algunos tripulantes del barco espectador lograron abordar el *María Celeste* y arriar las velas. Mas, a poco, se les puso la carne de gallina —o como quiera que se pongan los hombres de mar cuando se quedan tiesos de espanto— puesto que a bordo no había nadie, nadie en absoluto, aun cuando todo estaba en orden e inclusive, en la mesa se hallaba servida la comida a la espera de algún comensal desconocido.

Muchas conjeturas se han tejido durante años respecto de qué pudo haber ocurrido a bordo del *María Celeste*, donde no se advertía señal alguna de violencia. ¿Qué podía haber pasado, entonces? Los botes salvavidas estaban intactos, de modo que la tripulación no habría podido recurrir a ellos en caso de haber creído que se trataba de un naufragio. En síntesis: que el barco estaba en perfecto orden, nada era anormal, excepto que la tripulación no se hallaba a bordo. . .

Con muchos barcos, empero ha pasado lo mismo, barcos que estaban intactos, en perfecto orden, si bien no había nadie en ellos. Por lo demás, si leen ustedes mis libros anteriores verán que hablo del Triángulo de las Bermudas, donde no sólo se ha perdido la tripulación de los barcos, sino que también estos mismos han desaparecido. Algunos aviones, además, también han desaparecido y, al menos, existe un caso corroborado en que se oyeron voces por radio que se desvanecían de un modo misterioso, fantasmal.

De manera, pues, que Moffet el Botero quiere saber

qué ocurrió. Bien: hay otra dimensión del tiempo que se entrecruza con nuestro mundo, otro mundo que se mezcla con el nuestro. Mucha gente dice: "Pues bien; si es así, ¿por qué no podemos verlo? ". No se puede porque está en una frecuencia diferente. Veamos de explicarlo: no sé si entre ustedes hay muchos a quienes les interesen las radios de onda corta, pero sí habrá algunos que hayan tenido ocasión de escuchar alguna de esas estaciones —digamos, por ejemplo, la B.B.C. de Londres, que trasmite en la banda de 31 metros—, y de pronto notaron que esa estación parecía desvanecerse para dejar paso a Moscú —la Voz de Moscú— con su estentórea propaganda contra los países capitalistas. Al cabo de un momento, empero, y antes de poder girar la perilla del sintonizador, tal vez se aprecie un nuevo cambio, las voces de Moscú desaparecen y la B.B.C. retorna. Por supuesto que ambas estaciones han estado trasmitiendo al mismo tiempo, pero el receptor sintonizó una de ellas y, al producirse un cambio de frecuencia en algún lugar, apareció la otra. Esto mismo sucede con los dos mundos: uno es invisible para el otro.

Permítame que lo diga de otra manera: aquí, en la Tierra, vemos con una clase determinada de luz pero, suponiendo que se apagara nuestra luz y se encendiera otra —digamos, la infrarroja—, aparentemente estaríamos en la oscuridad. No obstante, la persona que estuviese adaptada a ese tipo de luz podría ver a la perfección, pero no vería en absoluto con la nuestra. Es decir que, como nuestro mundo se halla en una frecuencia y el gemelo al nuestro en otra, no hay comunicación entre ambos y no se conocen entre sí; pero (y esto sólo a título de ejemplo) cuando ambos mundos se mezclan, en particular en el Triángulo de las Bermudas, y se produce un cambio, cualquier alma desdichada que se halle en el punto del cambio posiblemente podrá advertir que ha salido de un mundo para entrar en otro. ¡Qué *shock* desagradable! ,¿no es cierto? Como el otro mundo es gemelo del nuestro, al trasponer

la barrera por mar o por aire e internarse en él, tal vez se encuentre en un mundo similar y en un lugar idéntico, pero puede ignorar el idioma, no ver tan bien y sentirse como quien se encuentra en medio del crepúsculo. . . ¡Vaya que no puedo olvidarme de esta palabra!

Pero puede usted tener la seguridad de que la gente del otro mundo viene también a éste, como que conozco un caso auténtico que ocurrió en la Argentina, puesto que en ese entonces estaba por allí. Mas, ésta es otra historia.

Así pues, Moffet el Botero, es posible que el *María Celeste* y otros barcos naveguen todavía si se hallan en los confines; inclusive pudo haber ocurrido que, en el caso del primero, la tripulación hubiese sido capturada por algún ovni para examinarla, o tal vez por otro barco que estuviese del otro lado de la "barrera". Ambas cosas son posibles y las dos han sucedido con otros barcos.

CAPÍTULO X

Escuché en mi vieja radio de transistores las noticias referentes a la tragedia desencadenada en *U.S.A.*, que mucho me apesadumbró. Claro que, cuando ustedes lean este libro las noticias ya serán viejas, y hasta es posible que el nuevo presidente haya dimitido. Hoy ya nada puede sorprenderme.

La tragedia, empero, no estriba en lo que hace Richard Nixon. Este —me atrevería a decir— no es un santo. Más aún: yo diría que es mucho más probable que puedan crecerle cuernos que alas. No obstante, mucho es el bien que ha hecho; y —según mi manera de pensar— si hizo algún mal, no fue mayor que el de otros presidentes estadounidenses.

La tragedia de *U.S.A.* no consiste, pues, en lo que ocurre con el Presidente, sino en lo que sucede con la prensa, con esos perversos y cobardes periodistas causantes de todos los males; no me explico cómo puede haber gente que los soporte. Realmente tendría que haber censura de prensa; pero, para decirlo sin rodeos, ningún político tiene agallas para imponerla y ni siquiera para sugerir tal cosa.

Sé bien cómo el periodismo mendaz inventa "pruebas" para acusar a una persona, juzgarla y condenarla, sin que en realidad tenga un ápice de culpa.

No quiero decir que el presidente Nixon fuera inocente, porque ni siquiera el más potente de los maravillosos polvos limpiadores que con tanta alharaca se anuncian podría dejarlo blanco como la nieve por mucho que se bañara en él. Pero tampoco ha sido tan malo como lo pinta la prensa, e inclusive podría aventurarme a decir que no ha hecho nada peor que otro presidente. Entiendo perfectamente su punto de vista, de modo que lo considero un presidente norteamericano común y corriente.

El periodismo no tiene derecho alguno a inmiscuirse en política, así como tampoco lo tienen las sectas religiosas. Para mí siempre resultará asombroso que en Irlanda, por ejemplo, uno de los predicadores de la Biblia se haya apartado del facistol y del púlpito para convertirse en revolucionario. ¿Que cómo se llama? Pues, creo que Paisley. ¿Por qué, entonces, un individuo consagrado al sacerdocio de pronto se pone a dar órdenes revolucionarias?

Lo mismo ocurre con el viejo Makarios, que salió de Chipre con tanta rapidez que nadie pudo echarle el guante. Este es otro —esta vez un arzobispo— que olvidó sus prédicas religiosas para recorrer el camino revolucionario. Pero, para mí, los revolucionarios no son más que bandas de asesinos. Todos tenemos derecho de tener opiniones, y ésa es la mía. Yo pienso que el clérigo que abandona su sagrado ministerio y se aparta de su rebaño para empuñar un fusil, debería ser excomulgado. Y no sólo eso, sino que hasta habría que quitarle los pantalones.

Yo he padecido mucho las persecuciones de la prensa y, si bien no puedo decir que realmente odie a nadie en el mundo, a ella es a la que más cerca estoy de odiar. Antes preferiría darle la mano a Satanás y a su mismísima abuela (¿tendrá abuela Satanás?) que estrechar la de un periodista. Se los oye por radio y estremece el modo arrogante que tienen de atropellar a la gente y tratar de obligarla a que diga lo que ellos quieren. Por lo demás, en cuanto concierne al nuevo presidente —Gerald Ford— he

oído decir a los periodistas qué es lo que debe hacer. Muy bien: si los periodistas son tan importantes, tan sabios, ¿para qué entonces necesita presidente, *U.S.A.*? ¿Por qué el Senado, el Congreso, los *boy Scouts* o quienquiera que fuere, no llaman todos los días por teléfono a los diarios para saber qué órdenes deben impartir?

He aquí la carta de una persona que no alcanza a comprender algo: "Tanto en sus libros como en otros se afirma que, muy a menudo, se produce en el mundo un cambio de ciclos, una mudanza en la civilización; pero, si así fuera, tendrían que existir restos de otras civilizaciones, no obstante lo cual nunca encontramos ninguno, cosa que me lleva a pensar que usted no está en lo cierto. O sea, que me induce a creer que es la Biblia la que tiene razón y que el mundo tiene sólo tres o cuatro mil años".

Este tipo debe de ser periodista. . . Pero, no importa: imagínese por un momento que usted es una hormiga que retoza en el campo de una granja. Bien; usted ve que a la distancia se aproxima una gran nube y entonces, como hormiga prudente que es, echa a correr lo más rápido que puede hacia el árbol más cercano y se trepa a él con la ayuda de sus seis u ocho patas, o las que tenga. De esta manera obtiene una visión panorámica del mundo que se extiende debajo de usted.

El granjero detiene su fatigoso tractor, desciende y abre el portal que da a la campiña; luego retorna y sale en su jadeante vehículo por el camino de la puerta rumbo a las tierras. Ya en ellas, después de rascarse un poco la cabeza, enciende un cigarro y, luego de soltar un escupitajo, engancha el arado al tractor. Así, aquel que fue su mundo, ese mundo suyo de aspecto uniforme, con hermosos pastos verdes y buenas matas de maleza, queda en un estado calamitoso: el granjero está arando. Pero no sólo ara y ara sino que, además, hace surcos profundos, de manera tal que toda la superficie de su mundo —que es ese campo— queda destrozada y la parte interna del suelo

aflora al exterior, con lo cual todo se convierte en una perfecta mezcolanza. Así, sus congéneres de la colonia de hormigas desaparecen para siempre, pues las cuchillas del arado se ocupan muy bien de que así sea. Los hormigueros quedan, pues, patas arriba, los aplastan grandes terrones de tierra y, entre tanto, las hojas del arado siguen roturando la tierra y cubriéndolo todo con ella, mientras los lados siguen hundiéndose todavía más. Al pasar de nuevo sobre el campo las ruedas traseras del tractor lo aplastan todo y lo hunden profundamente.

De resultas de esto, usted, la última hormiga del mundo —recuerde que su mundo es ese campo—, se estremece de espanto: todo ha adquirido un nuevo aspecto. Donde la tierra estaba lisa y cubierta de pasto han aparecido grandes hendiduras. Nada de lo que usted conocía ha quedado como estaba. Con todo, de tener usted larga vida —yo no sé cuánto vive una hormiga— podría ver que los vientos y las lluvias que se abaten sobre el suelo roturado hacen que todo recobre su anterior lisura. Antes de que esto ocurra, empero, aparecen todavía el granjero o su hijo con una sembradora —máquina que se encarga de revolver un poco la tierra y esparcir en ella las semillas— en torno de la cual revolotean bandadas de pájaros. De modo que para usted, pobre hormiga, lo mejor es meter la cola entre las patas para no quedarse sin ella.

Tal es la forma en que suceden las cosas en esta tierra. Para nosotros, los terráqueos, surge lo que llamamos una civilización floreciente —como la de Nueva York, por ejemplo (aunque, ¿será floreciente después de Watergate?)—; y así, en caso de llegar la finalización de un ciclo, pueden producirse tremendos temblores de tierra, más espantosos de lo que haya usted podido imaginar jamás y tanto que ya no sobrevivirá para poder pensar en ellos. Los terremotos abren grietas en la tierra —que pueden llegar a tener alrededor de mil metros de profundidad— y dentro de ellas se precipitan los edificios, tal vez todos los

que constituían la ciudad de Nueva York. Luego, la tierra vuelve a cerrarse y, si bien pueden subsistir algunos sacudimientos, al cabo de un tiempo no quedarán vestigios de aquella civilización floreciente.

Puede suceder que las aguas cambien de curso: que el Hudson desaparezca bajo la tierra, que los océanos arrasen parte de ésta e inclusive que el lugar de asiento de la ciudad de Nueva York se trasforme en lecho marino, con lo cual ya no quedarían rastros de ella.

No obstante, sería faltar a la verdad decir que todo se ha perdido por siempre jamás, sin dejar rastro alguno, puesto que algunos mineros han suministrado informaciones muy interesantes. Puede ocurrir, por ejemplo, que cavando en busca de hulla en las grandes profundidades de una mina, den de pronto (y esto es verídico) con una figura enclavada en la piedra, figura que llega a tener cinco metros de largo. Puede suceder también que topen con determinados artefactos que luego van a parar a los museos. Es decir, que en la tierra han existido ciclos y ciclos. Con sólo ir a una granja y observar la tierra no es posible decir qué se sembró en ella hace diez años, ¿no es cierto? Y digo diez años como podría decir veinte, cinco e inclusive uno, si se ha vuelto a arar todo el campo. Es posible que el granjero obtuviera una cosecha tan buena que la tierra haya quedado exhausta, motivo por el cual la ara y la deja descansar durante un año. Después, es posible que vuelva a ararla y haga otro tipo de siembra, y así sucesivamente. Con la Tierra pasa otro tanto: la roturan los terremotos, luego llegan las lluvias y los huracanes que arrasan la superficie y lo alisan todo hasta que desaparece el menor vestigio de lo que hubo antes.

De manera que ustd, jovencito, que me escribe para decirme que falto a la verdad, no ha dicho más que tonterías. No sabe usted un comino acerca de todo esto, de modo que cuanto antes lea usted mis libros y crea en lo que digo, tanto mejor será.

La señora Mary Delarva, del Larvatorio de Villasapos, muy aficionada a las hierbas, cree a pies juntillas que la gente que adquiere productos químicos —es decir, drogas y todo lo demás— no anda bien de la cabeza, pues está absolutamente convencida de que sólo aquéllas pueden hacer bien. Piensa, pues, que las píldoras, las pociones, los linimentos y las lociones no son más que el medio que emplean las droguerías para enriquecerse.

En realidad no existe ninguna diferencia, por lo común, entre las drogas que se extraen de las hierbas y las que produce la industria. Ustedes lo saben perfectamente, ¿no es verdad? Pues bien: tomemos como ejemplo una planta rica en hierro. Este mineral no se produce en ella por obra de una condescendiente Naturaleza que sabe que, en determinado momento la señora Delarva ha de necesitar un tónico que lo contenga, sino que el hierro proviene del suelo.

Permítame que le diga la manera de enfocar este asunto: todas las plantas están compuestas por células, son como esponjas celulares y estas células están colmadas de la materia vital de la planta. Para ella, las células constituyen una forma de esqueleto, un tipo de soporte. O sea que esta planta especial que estamos observando tiene predilección por los suelos ricos en minerales de hierro. Como en esas condiciones se desarrolla bien, el mineral de hierro es absorbido por sus grandes raíces y llevado por la savia a todos los tejidos de la planta. De esta manera, aquél queda alojado en las cavidades como si se absorbiera agua sucia con una esponja y el sedimento quedara en las células de ésta. Pues bien; al cabo aparece un aficionado a las hierbas que toma un manojo de plantas que contienen hierro y se pone a hacer un té o a macerarlas hasta que consigue obtener alguna sustancia viscosa, espantosamente desabrida, y se la bebe. Así, de tener suerte y haber dado con una planta que ha podido almacenar una buena cantidad de minerales de hierro, se sentirá mejor. Pero si ha topado

con una planta sin reservas de ese mineral, bien que prorrumpirá en palabrotas y tratará de tomar algunas píldoras.

Las grandes droguerías envían equipos de investigadores a todas las partes exóticas del mundo como, por ejemplo, al interior del Brasil, donde los estudiosos puedan encontrar toda clase de plantas que quizá no se hallen en otros lugares, puesto que Brasil es un país verdaderamente extraordinario por sus recursos naturales.

Luego de observar, fotografiar y controlar cuidadosamente las plantas, se hace con ellas un paquete que se envía a los laboratorios de investigación donde son nuevamente examinadas a la luz de la información recogida entre los nativos, pues puede haber algún hechicero aborigen que utilice tal o cual hierba para curar la esterilidad, el reumatismo o alguna otra cosa. Porque, por lo general, ocurre que estos hechiceros tienen razón, pues se basan en experiencias trasmitidas de generación en generación; de suerte que se puede tener la seguridad de que, si dicen que tal o cual planta es buena para esta o aquella enfermedad, están perfectamente en lo cierto.

Así pues, los equipos de investigadores desmenuzan las plantas, las analizan, las separan en sustancias, las trasforman en cristales y, de este modo, logran conocer cada uno de sus componentes por qué está constituida, qué segrega y una serie de cosas más. Y, como ocurre muy a menudo, consiguen aislar alguna sustancia química que es la que produce las curas de que hablan los hechiceros. Después, una vez analizada tal sustancia, ya están en condiciones de reproducirla exactamente. Nos encontramos así con que todo cuanto se hace en el laboratorio es producir una sustancia química idéntica a la de la planta, o sea obtener un producto elaborado por el hombre, producto que tiene una gran ventaja sobre la sustancia vegetal, puesto que no hay manera de prever el poder de esta última —que puede ser nulo— mientras que, cuando se reproduce y se manu-

factura en el laboratorio, siempre es posible prescribir una dosis perfectamente exacta.

Pienso, en particular, en el curare. Algunos brasileños del Amazonas —los llaman indios— usan extracto de curare en las flechas y las lanzas de modo que, cuando arrojan una flecha impregnada en él a algún animal, éste se desploma paralizado. No obstante, en esto hay mucho de azar puesto que, como dije, no se puede calcular la dosis por medio de una planta que se extrae del suelo. Hace años se descubrió que el curare era útil para que los cirujanos pudieran paralizar al paciente en la mesa de operaciones y hacer que sus músculos se relajaran. Empero, al administrar la hierba los resultados eran imprevisibles: el desdichado moría o, con frecuencia, no recibía una dosis lo bastante fuerte como para que fuera eficaz. Ahora que, en cambio, el curare se elabora artificialmente, no existe peligro alguno, puesto que siempre se tiene la dosis exacta.

En consecuencia, señora Mary Delarva, es una gran cosa que podamos disponer de productos químicos industriales para poder prescribirlos y dosificarlos con precisión. Piense, nada más, en qué sería de usted si tuviera que mascar medio kilo de hinojo para llegar a la conclusión de que sólo está empezando a curársele la tos. En la actualidad, basta con beber un poco de líquido para sentir un alivio casi inmediato.

Otra persona me escribe para preguntarme qué pienso acerca de los árabes y los judíos. Bien; a decir verdad, no pienso nada en particular, puesto que en esta tierra son casi lo mismo. Hasta hace unos pocos años eran muy amigos, sin duda. Vivían confundidos, los árabes en las comunidades judías y los judíos en las comunidades árabes, y se llevaban muy bien sin que hubiera disputa alguna entre ellos, absolutamente ninguna. Pero, claro está, una de las cosas que ocurren en la vida es que el amor y el odio se parecen mucho, van muy juntos, de modo que un gran amor hacia una persona puede trocarse en un gran odio

casi de la noche a la mañana. O, por el contrario, puede usted tener una enemiga poderosa y advertir, de pronto, que la ama casi sin saber por qué.

Lo que ocurre es que la química, en ambos pueblos, anda mal. Es probable que tanto árabes como judíos hayan cambiado de alguna manera sus hábitos de alimentación y que, por eso, la absorción química conduzca a que sus vibraciones sean antagónicas. Cuando las vibraciones de una persona no son compatibles con las de otra se suscita el odio; y sucede que esas vibraciones dependen muy a menudo del tipo de comida que se ingiere, puesto que la comida es la que provee de productos químicos. Por eso es que, en muchos casos, el tratamiento vitamínico obra maravillas, en tanto que, en otros, no surte efecto alguno. Quiero decir, entonces que, si tomáramos a unos cuantos judíos y a unos cuantos árabes y los alimentásemos con las mismas cosas, podría ser que se llevasen bien y no trataran de cortarse el pescuezo a traición unos a otros, por decir así.

Conozco, o he conocido, a muchos buenos árabes, así como conozco ahora a muchos buenos judíos. Por desdicha he dado, también, con uno o dos malos; pero también he conocido a algunos malos budistas.

Con frecuencia recibo cartas de Alemania que realmente me vapulean porque mis libros no se publican en alemán. A ese respecto, nada puedo hacer. En Alemania hubo una verdadera campaña contra mí, desatada por unos cuantos individuos celosos porque yo escribía acerca del Tíbet, libros veraces acerca de él, y la prensa entera se me echó encima. Sin embargo, a mí me parece que los alemanes son personas poco agradables; creo que son los causantes de casi todos los conflictos en Europa. Son impasibles y de una rectitud exagerada. Carecen además de humor. Tanto, que he tenido que resolverme por no publicar mis libros en Alemania. No soporto a esa gente prosaica, e inclusive he escrito muchas veces a personas que viven en

ese país y les he dado mi sincera opinión de que habría sido mejor tal vez, para el resto de Europa que los rusos se hubieran apoderado de toda Alemania. A poco que repase usted la Historia notará que los germanos han armado un tremendo revuelo en el mundo desde los tiempos mismos de Atila.

De manera que, señor germano, enojado como está porque no puede encontrar mis libros en alemán, yo no quiero que se publiquen en ese idioma.

He aquí un hombre —estoy seguro de que es un hombre por la manera de escribir— que piensa que debe de ser hermoso ser escritor: no se trabaja nada y cuanto hay que hacer es pasearse por la habitación dictándole a un equipo de secretarias pendientes de cada una de las palabras que pronuncia el autor, que luego se afanan por ponerlas en una hermosa prosa que hipnotice al editor que abonará cuantiosos derechos.

Este sujeto piensa que todos los escritores son millonarios, que recorren el mundo volando en pasaje de primera clase —o, tal vez, diría, con tarjetas de crédito de primera clase— y que conducen descomunales autos *sport* o Rolls Royces. ¿Piensan ustedes que puedo tomarme uno o dos minutos para decirle que despierte? La cosa no es tan fácil. El desaparecido Edgar Wallace, según creo, tenía una fórmula que era como el esqueleto del libro y se atenía a algunas variantes, pues contaba con seis o siete grupos distintos de argumentos por medio de los cuales introducía diferentes nombres, diferentes lugares y diferentes crímenes en dicho esqueleto. Además solía pasearse por la habitación con una larga boquilla en la mano, dictando por el costado de la boca (si se fuma al mismo tiempo no hay otro modo de hacerlo) a dos o tres mecanógrafos. Pues bien, eso es lo que se llama producción en serie; pero el promedio de los pobres escritores no procede así. ¿Sabe usted entonces, qué se precisa para hacer un verdadero libro? Permítame que se lo diga.

Antes que nada, si se propone escribir un libro auténtico, debe haber pasado por algunas experiencias horribles que hayan dejado en usted marcas eternas. Las personas que han estado en campos de prisioneros, por ejemplo, nunca son después las mismas, sino que les quedan cicatrices y a menudo su salud se resiente y continúa resintiéndose por causa de sus experiencias. Esto significa que están enteradas de ciertas cosas. Sin embargo, además deben saber escribir, saber emplear las palabras que describan esas experiencias de manera pasablemente interesante. Pero, aun en el caso de que sean capaces de hacerlo, deben tener también la certidumbre de que tales experiencias son las que la gente tiene deseos de leer.

Luego, una vez mecanografiado el libro, deben conseguir algún editor que lea los originales; pero, en primer lugar, para que éste acceda a considerarlos, es necesario ajustarse a ciertas disciplinas mecánicas. Como al parecer esto le interesa a usted, se lo voy a referir.

Hay que escribir de un solo lado de la hoja, sin demasiados errores, y dejar doble espacio entre línea y línea. Cada renglón debe tener diez palabras y cada página veinticinco renglones, con lo cual se logra un total de doscientas cincuenta palabras por página. Ahora bien: en mis libros, cada capítulo tiene un promedio de veinte páginas —es decir, cinco mil palabras— y por lo general escribo doce capítulos, de modo que la suma asciende a sesenta mil palabras. Pero cuando se ha llegado a esa cantidad, uno se da cuenta de que ha pasado por alto algo importante, de modo que añade unas pocas palabras más.

Es muy importante, por lo visto, que los capítulos tengan más o menos la misma extensión porque, de lo contrario, no habrá individuo que esté dispuesto a encargarse de la composición tipográfica, ya que, como el libro se divide entre una cantidad de linotipistas, si a uno le tocan capítulos cortos y a otro capítulos largos, puede haber algún conflicto con el sindicato o algo parecido. De

manera que es mejor que sean bastante parejos —de aproximadamente cinco mil palabras cada uno— e, inclusive, que el primero y el último sean un poco más cortos. En caso de lograrlo y que además el original mecanografiado esté lo bastante prolijo, tal vez encuentre usted algún editor que lo lea, primer paso éste para su publicación.

La mejor manera de hacerle llegar un libro al editor es, con mucho, por medio de un agente. Por lo que a mí atañe, tengo uno muy bueno. Al cabo de los años, el señor Knight y yo no somos ya agente y cliente, sino que lo considero un amigo, como que es una joya como representante, un hombre de una cabal honestidad. Ni qué decir, entonces, que es absolutamente necesario que su agente sea honesto y trabaje en pro de sus intereses. El nombre de la agencia es Stephen Aske, y su dirección 39 Victoria Street, Londres, Inglaterra.

Debo advertirle, sin embargo, que si lo que envía es algo tan malo que jamás pueda tener la posibilidad de ser publicado, el agente tiene derecho a reclamarle el pago de un arancel en concepto de lectura. Es decir que si usted, pletórico de fervor literario, se siente impelido compulsivamente a escribir, buen consejo será que se ponga en contacto con algún agente como el señor Knight —sin olvidar incluir el importe del franqueo correspondiente a la respuesta— y le solicite asesoramiento en cuanto al mercado que pueda haber para tal o cual cosa, etc. Si existe, se lo dirá y, sin duda, ha de pedir una sinopsis explicativa —digamos de cinco mil palabras, más o menos— del asunto sobre el cual versa el libro.

No envíe nada sin antes escribir y no piense que un agente —así como tampoco un escritor— vaya a contestar su carta si no incluye en ella el franqueo que corresponde. No hay agente al que no le cuesten los impresos, los trabajos de mecanografía, el tiempo, las expensas generales como la electricidad, la calefacción, etc., los impuestos inmobiliarios y los alquileres. De manera que si usted no obser-

va las normas que impone el vivir y no incluye ese franqueo, tal vez su agente en cierne haga lo mismo que haría yo: tirar todo a la basura.

Un buen agente es de un valor inestimable, pues se pone en comunicación con editores de otros países y se ocupa de que paguen a su debido tiempo, porque, créame, algunos hay que no lo hacen.

No obstante, si piensa usted hacer fortuna escribiendo, más vale que tome una pala y se ponga de albañil o de cualquier otra cosa. Esa es la gente que hoy por hoy gana dinero y no un escritor que, aun cuando tenga algo especial que decir, a menudo no gana siquiera para vivir, y de veras que es un espantoso espectáculo un escritor hambriento.

Alguna gente me escribe para preguntarme qué puedo recomendar en materia de música, gente que quiere elevarse —educarse—, levantarse espiritualmente, etc. Esto viene ahora muy bien, puesto que acabo de recibir una carta de un joven que vive en Inglaterra y que me critica por lo que he dicho acerca de la "música" actual. Y no sólo eso, sino que me envía una muestra de lo que considera buena música. Como yo no tengo tocadiscos, un amigo me lo facilitó; pero, por lo que parece, la consecuencia es que este pobre amigo ya no va a serlo más, como que esa música era un pum, pam, tras, paf, como si se tratara de un conjunto de recolectores de desperdicios enloquecidos y con el mal de San Vito que golpeasen al unísono tapas de cubos de basura. ¡Vaya! ¡No me envíen esos malsonantes discos de *rock*! , si lo hacen perderé mis pocos amigos. Tengan en cuenta que no poseo tocadiscos.

Yo opino que la música debe ser sedante, algo que produzca sensación de bienestar, una música que aumente las vibraciones.

Pienso que buena parte de las tendencias neuróticas de la vida actual se generan en la "música" inadecuada; porque, cuando uno escucha música, sus vibraciones se acuer-

dan, o armonizan, con lo que oye. Por ende, si usted escucha mucho ese perturbador *jive* (creo que se le llama así), sus vibraciones personales se alteran. Creo que muchísimos de los desequilibrios nerviosos son provocados por los estéreos de imitación que vomitan a todo volumen ese *rock* insufnble, y que de ese modo se trastorna realmente nuestra psique. En consecuencia, si desea usted evolucionar espiritualmente debe comenzar por oír a los viejos maestros, a los verdaderos clásicos, o sea esa música que la generación joven no escucha, y que quizá jamás haya escuchado, por pensar que todo cuanto tiene que ver con "lo establecido" está en contra de sus intereses.

Lo mismo ocurre hoy por hoy con la radio: uno se pone a escuchar un programa de buena música y, al menos aquí, en Norteamérica, lo interrumpen con anuncios histéricos de tal cual píldora que todo lo cura, desde los resfríos hasta los callos. Esto hace mucho daño, no a los resfríos o los callos, sino que de pronto se propalen esos anuncios frenéticos de manera histérica, que desbarajustan por completo las plácidas vibraciones logradas por medio de la buena música. Para escucharla, pues, lo más adecuado es tener discos o cintas para que ningún mozalbete histérico aúlle la canción de amor de ninguna medicina de marca.

"Usted, doctor Rampa" —dice esta carta— "lleva escritos hasta ahora catorce libros, pero, ¿piensa seguir escribiendo? Yo creo que debería seguir, que debería hacerlo siempre."

Dice usted, señora, catorce libros: éste —*Crepúsculo*— es, empero, el decimoquinto. . . Y ¿por qué no escribir alguno más, como dice usted? Porque, al fin y al cabo, podría seguir hasta la medianoche. . . ¡Quién sabe! Eso depende de lo que pide el público, porque a los editores no les gusta publicar libros que no tienen demanda. Por lo demás, no hay garantía alguna que permita afirmar que lo que escribe tal o cual autor vaya a tener aceptación. Al

escritor le pasa lo que al ciego: tiene que percibir por dónde va. Así pues, si quiere usted más libros, ¿por qué no le escribe al editor y se los pide? Y, además, si quiere que tengan mejores tapas —¡cosa que no dudo que ha de querer! —, dígaselo también a él, lo mismo que si no le agrada ese macilento papel amarillo que usa. A mí no me lo diga, pues le aseguro por todos los libros sagrados que existen que yo no tengo nada que ver en materia de tapas, ilustraciones, tipo de papel ni tamaño del impreso. Entiéndase, entonces, con el editor, que yo no puedo hacer nada.

Alguna gente le escribe a Miss Ku'ei y a Mrs. Fifí Bigotes Grises, pero estas damas ya no están en esta tierra, como que la vida de los gatos —como ustedes saben— es muy corta. Viven alrededor de siete veces más rápido que los seres humanos, de suerte que un año de nuestra cronología es igual a siete años en la de los gatos. En tiempo gatuno, Miss Cleopatra tiene en la actualidad cerca de sesenta años.

Miss Cleopatra es una gata siamesa rubia con pintas oscuras de un castaño pardo amarillento, y con toda seriedad puedo afirmar que es el ser más inteligente que he conocido, sea humano o no. Y no sólo es muchísimo más inteligente, sino que es el más sensible y el más amante de todos, como que vela por mí.

Como ustedes saben —o deberían saber a estas alturas—, yo estoy enfermo. Hace poco estuve muy mal, por cierto, y se me ordenó que no me moviese más de lo absolutamente necesario. Pues bien: Miss Cleopatra tomó el asunto en sus manos, quedándose sentada a mi lado durante la noche. Se instalaba sobre una pequeña mesa de noche, idéntica a las de hospital, y allí permanecía derechita durante toda la noche, y si yo osaba moverme más de lo que ella juzgaba necesario, ¡se estiraba y me daba una soberana palmada en la cara, como si yo fuera un niño travieso a quien ella tuviese que castigar!

Además, hace sus rondas como una enfermera: cuando no está "de servicio" exclusivo al lado de mi cama, viene varias veces durante la noche, salta muy queda sobre el lecho (yo no tengo que advertirlo, ¡por supuesto!), se desliza con cautela hasta mí y escudriña atentamente mi rostro para cerciorarse de que respiro bien. Si es así, se retira con precaución; mas, en caso contrario, arma tal revuelo que todo el mundo se entera.

Desde que la conozco, jamás la he visto irritada, enojada ni nada que se le parezca, sino siempre perfectamente correcta y suave; y si hay algo que uno no quiere que ella haga, basta decírselo con un tono de voz normal para que no vuelva a hacerlo nunca más. Buttercup, por ejemplo, no quería que los animalitos se sentaran sobre sus sombreros, lo cual, desde el punto de vista femenino, parece razonable. Así se lo dijo, pues, a Cleo, tranquilamente, sin irritación y desde entonces ésta no volvió a hacerlo.

La gorda Taddy también vive con nosotros. Es una gata siamesa de un rubio azulado y pintas de color gris oscuro, mucho más gruesa que Cleo y no tan inteligente en cierto sentido material, físico, si bien, comparada con otros gatos, lo es en grado sumo. Su aptitud especial reside en el campo de la telepatía, como que es la criatura más telepática que yo haya visto jamás: cuando se le ocurre es capaz de trasmitir sus mensajes en un tono tan elevado que más parece un trompetazo de algún sistema de comunicación público en nuestros oídos. Cleo la ha tomado a su cargo y más o menos la cuida y procura que se comporte bien. Mi guardián especial es ésta; a Taddy le interesa más ocuparse de la comida. . .

Como habrán podido ustedes apreciar, la gente me escribe para formularme toda clase de preguntas extrañas e inclusive otras, de todo tipo, de carácter personal. Por ejemplo, hay quienes quieren saber mi edad, cosa que a nadie le importa. Otros desean saber si recibo pensión a la vejez, a lo que puedo contestar que no me es posible

obtenerla por lo que, para mí, es una extraña razón: no me la acuerdan porque he pasado algún tiempo en América del Sur y no hace diez años que resido en Canadá. Tal vez a ustedes, "viejos ciudadanos", les interese saber que, según la legislación canadiense, es necesario permanecer en el país durante diez años enteros —aunque uno sea ciudadano naturalizado— para obtener la pensión a la vejez. En 1975 hará diez años que estoy otra vez en Canadá, de manera que si para entonces todavía estoy vivo tendré que firmar una petición para que otra persona pueda cobrar la pensión por mí, ya que no puedo ir.

También me han preguntado si mi señora vivía aún conmigo, y a punto estuve de responder " ¡si, por supuesto que sí! ", aunque en estos tiempos de divorcios repentinos e instantáneos ya no resulta esto tan obvio, ¿no es verdad? Permítanme que les diga, entonces, que sí, que mi esposa está conmigo y que Buttercup —la señora S. M. Rouse— también vive con nosotros como miembro de la familia, y por cierto que como miembro muy importante.

A veces llegan de Australia cartas ofensivas, como la que recibí de un individuo llamado Samuels, quien escribía en un tono sumamente descortés para decirme que nunca hablaba de mi esposa y que, de ser sincero, por qué no lo hacía ella. Pues bien, a decir verdad, lo ha hecho muchísimas veces. Pero voy a decirles algo más: dejaré que sea la señora Rampa quien comience el próximo capítulo con algunas palabras, sin inhibición alguna y sin que yo la guíe, sin que la dirija, de modo que pueda decir cuanto guste. De manera que, señor editor, ponga usted música suave, reduzca las luces que dan sobre los lectores y prepárese a encender el reflector de luz concentrada, porque el capítulo siguiente habrá de comenzarlo la señora Rampa.

CAPÍTULO XI

Permítanme que les presente a la señora S.A. Rampa, a quien cedo el lugar para decir lo que le plazca. Escuchemos:

He sido invitada a realizar alguna pequeña contribución al decimoquinto libro, como podría ser, por ejemplo, escribir un capítulo, y ese solo pensamiento me produjo al principio un verdadero sobresalto.

¡No; no me atrevería a todo un capítulo! Mas, como el autor me lo consiente, con mucho gusto haré algunos comentarios.

Esta noche acabo de leer el original del capítulo nueve, recién salido de la máquina de escribir, y creo que el décimo ya está, también, terminado, si bien aún no lo he leído. Es decir que, si no me apresuro no llegaré a tiempo para tener cabida en este libro.

Mientras realizaba mis quehaceres de la noche —regar las plantas, preparar la cena y atender a las exiguas necesidades de Cleopatra y Tadalinka—, mis pensamientos se hallaban concentrados en lo que había leído en las páginas de *Crepúsculo*.

En primer lugar quisiera expresar que, cuando Lobsang Rampa dice "mi esposa" o "Mrs. Rampa", se refiere siempre a la misma persona que, incluso en libros anteriores, aparece mencionada con otros nombres, como "Ma" en *Mi vida con el lama*, "la señora del anciano" en *Más allá del décimo* y "Ra'ab" en *Una luz en la oscuridad*. Me parece bien, pues hacerles saber a ustedes que Lobsang Rampa es hombre de guardar fidelidad y apego, y que no tiene por costumbre cambiar de pareja continuamente, cosa que también puedo decir de mí misma.

Muchas cosas se han dicho en favor y en contra de nosotros, al igual que se ha criticado al Presidente de los Estados Unidos de

América hasta que, a su pesar, tuvo que renunciar al cargo. Lo mismo que el presidente Nixon, nosotros hemos padecido mucho en manos de la prensa; y estos últimos días hemos comprobado que los críticos que menos saben son los que más hablan. De no ser así, esa gente se ocuparía de que todo fuese mejor, en lugar de destruir los mejores esfuerzos de los pocos que luchan por hacer algo bueno en favor de sus congéneres.

No obstante, esta noche no tengo el propósito de formular crítica alguna; antes bien, deseo expresar ciertas consideraciones acerca del autor de este libro.

El doctor Rampa no es ese viejo gruñón y amargado que dicen algunas personas irreflexivas. Es cierto que se encuentra muy enfermo y que motivos no le faltan, por lo tanto, para estar irritable y de mal humor, pero eso no significa que sea malo y quisquilloso. Por lo contrario, siempre piensa en los demás, hasta tal punto que la semana pasada pude advertir con más claridad que nunca qué grande es su compasión por los que sufren. Anoche, como todo el mundo, ambos escuchamos juntos el dramático anuncio del inminente fin de la presidencia, y el doctor Rampa se sintió tan profundamente tocado por todo ese desdichado acontecimiento que pasó la noche más desvelado que de costumbre. Una de las cosas que le producen extrema sensación de tristeza es la actitud de los periodistas que no se concretan a su misión de informar sino que, para emplear una expresión de otro oyente, las noticias las *propalan con odio.*

Tal vez debiera pedir disculpas por la extensión de estas líneas, ya que lo convenido eran sólo unas pocas. Pero aún hay algo más que debo decir —y deseo hacerlo ahora, como que quizá sea la única oportunidad que se me presente— y es que, por mi parte, el concepto y la actitud que tengo ante la vida se los debo a este hombre que tanto se ha sacrificado por nosotros, especialmente por mí.

Si bien la vida no siempre es fácil, uno no lo nota tanto cuando sabe hacia dónde se dirige, puesto que, como se nos ha repetido hasta el cansancio, no es corto el camino que lleva a la tranquilidad. Sé perfectamente, por experiencia personal, que por muy difícil o imposible que nos parezca, con un poco de esfuerzo y práctica *continua* podemos superar muchos de nuestros problemas, hacer más llevadera la vida con los demás y —cosa que también es importante— hacer más fácil el contacto con nosotros mismos. En mi caso particular, las enseñanzas y —más importante todavía— el *ejemplo* Lobsang Rampa han sido los principales factores que contribuyeron a que me comprendiese a mí misma y llegase a ser, supongo, una persona un poco mejor.

No sé si en el libro habrá lugar para esta modesta contribución, puesto que el espacio ha sido calculado antes de que pudiera dar

forma a mis ideas. No obstante, escribir ha sido un placer para mí; y bien que quisiera disponer de más espacio para poder hablarles de diversas cosas que pintan el lado muy piadoso del carácter de Lobsang Rampa, lado del que no todos están al tanto y que no siempre se le reconoce, pero que representa, sin embargo, una parte muy auténtica de su personalidad. Tal vez, empero, pueda hacerlo en otra ocasión, ¿quién sabe? Todo cuanto puedo decirle a ese agresivo individuo de Australia que escribió para exigir que *yo* confirmase algo, es que sí, que yo sé sin lugar a duda alguna que Lobsang Rampa es quien dice ser y que en todos sus libros es sincero.

Me hubiese gustado que, en caso de haber grabados, se reprodujese la firma de S. M. Rouse y también que, de haberse hecho clisés, al pie de los precedentes párrafos de la señora de Rampa hubiese aparecido la de ella, porque nunca falta algún badulaque dispuesto a decir: " ¡Qué gracioso; si lo escribió él. . .! ", aunque no haya sido así.

En cuanto a este asunto de las pruebas, pues bien, no vale la pena probar nada a nadie porque cuando una persona quiere creer, cree, y de lo contrario, por muchas pruebas que se le presenten no se convencerá. De manera que la decisión corre por cuenta de ustedes.

Otra de las cosas por las que se me consulta es acerca de los libros, es decir, qué libros debe leer la gente. Pues bien: no puedo dar una lista exhaustiva de obras, porque yo tampoco tengo muchas. No obstante, dos en particular me han causado una gran impresión, de modo que daré sus títulos y demás referencias. La primera es *The Space Ships of Ezekiel* (las naves espaciales de Ezequiel), de Josef F. Blumrich, editado por Bantam Book, que recomiendo sin reservas. Su autor llegó casi a desternillarse de risa cuando su hijo le habló de ovnis, como que es uno de los científicos de la NASA, es decir, una autoridad en materia de ovnis y todo lo demás. Tanta gracia le causó esa tonta creencia de su hijo en semejantes cosas, que se puso a la tarea de demostrar que los "platos voladores" no podían existir. Así, cuanto más trataba de probarlo, más persuadido se sentía de la existencia de tales cosas, hasta que

acabó por diseñar —como dibujante que era— el tipo de nave espacial acerca de la cual había constancias escritas en los tiempos de Ezequiel. Como es un libro de veras bueno no dudo en recomendarlo, de modo que cálcese sus zapatillas de correr y vaya a comprarlo a todo escape a la librería de su barrio: ¡verá usted qué buen crítico soy!

Otro libro extraordinariamente valioso es el que lleva el título de *Timeless Earth* (Tierra eterna), escrito por Peter Kolosimo. Creo que la versión original está en francés, pero ha sido traducida al inglés por Paul Stevenson y editado por University Books Inc. Es una de esas obras que realmente atrapan la atención por su autenticidad, y que no deben faltar en la biblioteca de ninguna persona que se precie de pensar con seriedad. Ya que va, entonces, por el libro de las naves espaciales, ¿qué le parece si también consigue éste? Verá cómo con ellos aumentan sus conocimientos.

¡Vaya, qué bueno estoy siendo en este libro! , ¿no es cierto? No sólo respondo a las preguntas que me formulan, ¡sino que, además, recomiendo a otros autores! Sigamos, empero, con algunas preguntas y respuestas más.

Permítanme ustedes que, ahora, les haga una confesión: como mi vista es escasa, me he venido engañando a mí mismo escogiendo las cartas mecanografiadas, puesto que a veces la gente me escribe con una letra que más se parece a garabatos hechos por alguna araña con mal de San Vito salida de un tintero. Es indudable que muchas, muchas preguntas que tal vez eran muy interesantes, fueron pasadas por alto por *no haber podido descifrarlas.*

He aquí una pregunta, ahora, que no se ajusta en absoluto a lo que pienso. Dice este joven: "Habla usted de que todos somos inmortales, pero ¿no sería lógico decir que si no tenemos fin tampoco tenemos principio? ¿No parecería más lógico que ambas cosas fuesen así? ".

No; yo no pienso de ese modo ni lo veo así en absoluto. En síntesis, todo tiene que tener un comienzo, puesto

que de otro modo no existe; pero una vez que ha comenzado, ¿por qué no puede continuar siendo? Fíjese que, si una persona pudiera remplazar con exactitud todas sus células orgánicas precisamente en la misma forma en que aparecen las que quiere sustituir, podría seguir viviendo por siempre jamás, ¿no es cierto? El individuo se desgasta por la sencilla razón de que el mecanismo que remplaza las células tiene una memoria cada vez más deficiente, y de esa manera las células remplazadas y las nuevas son distintas y se tornan cada vez menos parecidas.

Por cierto que no veo razón alguna para que una cosa no pueda tener comienzo y no acabar y, por otra parte, señor L., ¿qué quiere *usted* decir con "no acabar"? Nosotros tenemos un trascurrir, el cuerpo humano —el físico— se acaba y luego pasamos al astral, y con el correr del tiempo llega el final para el cuerpo astral. En otras palabras, en el astral morimos de una manera indolora y pasamos a otra dimensión, y así sucesivamente, *ad infinitum.*

"¿Existe un mundo de media dimensión o de un cuarto? Esta es una pregunta que me viene intrigando desde hace mucho tiempo."

No; tal cosa no existe. Es necesario tener una dimensión entera, porque de otro modo habría interacción. Un estado de este tipo se presenta en escala mucho menor cuando este mundo y nuestro universo negativo entran en un contacto demasiado estrecho. En esos casos hay gente que desaparece —como ocurre en el triángulo de las Bermudas—, pero a esto no se le puede llamar media dimensión o un cuarto de dimensión, sino que se trata de un hecho desafortunado (¡no desdichado!).

"Doctor Rampa: ¿por qué la prensa encuentra un placer tan enfermizo en perseguirlo a usted sólo por haber emprendido esa tarea muy especial que era necesario afrontar? ¿Acaso no cree que sea usted perfectamente honrado en todo cuanto dice y hace? Usted tiene sus derechos, por cierto, y esa gente debería respetarlos."

Por supuesto que yo no he hecho nada por agradar a la prensa, pero tampoco he hecho nada por desagradarla. Ocurre que los periodistas se dirigen a uno con exigencias imperiosas y con amenazas para que se les conceda una entrevista y se diga lo que ellos —que son quienes entrevistan— quieren que se diga. Si la víctima no se aviene a eso, comienza la persecución.

Hace unos años recibí un ofrecimiento de la C.B.C.: querían que me presentara en televisión y contara la verdadera "Historia de Rampa". Yo estaba perfectamente dispuesto a hacerlo, pues todo cuanto he dicho y escrito es verdad: soy quien afirmo ser y puedo hacer todo lo que he manifestado por escrito. De modo que estaba preparado, pues, para presentarme en televisión. Sin embargo, para mi gran asombro, me di cuenta de que la C.B.C. no deseaba *la verdad*, sino que lo que quería era que leyese una declaración preparada en la que se decía que yo era un farsante. Como no lo soy, no podía acceder, de suerte que no se me permitió aparecer en televisión para decir la verdad lisa y llana. El resultado fue que la prensa me persiguió.

Le escribí, pues, al Consejo de Prensa de Inglaterra para quejarme de las mentiras maliciosas que se escribían acerca de mí, pero ese organismo opinó que el periodismo disponía de libertad para escribir cuanto se le ocurriese. También escribí a los directores de la C.B.C., pero éstos consideraron que al productor de televisión se le debía permitir la libertad de decir cuanto quisiera ante las cámaras, así como de pedir a los demás que hiciesen lo mismo. Pero para mí la prensa, la radio y la televisión constituyen un círculo cerrado. Permítame, si no, que le formule una pregunta: si usted se viese atacado por el periodismo, la radio o la televisión, y supiese de manera absoluta que cuanto escriben o dicen acerca de usted es falso, ¿cómo haría para refutar tales infundios? Sepa usted que en el periodismo no se puede publicar nada a menos que se lo

permitan, y que no es posible hablar por radio ni aparecer ante las cámaras de televisión si alguien no quiere que así se haga. Es decir, que no hay manera de defenderse. Tal vez no falte quien diga: "Pues bien: inicie acciones legales". Sí, muy bien; pero eso cuesta mucho dinero, de modo que no es posible a menos que uno disponga de él. Una vez quise entablar demanda en *U.S.A.* contra cierto individuo que se hacía pasar por editor de mis libros —o, mejor dicho, por editor de libros escritos por mí—, cuando en realidad no los había escrito yo. Como hacía uso de mi nombre traté de encontrar algún abogado que me representase, pero al carecer de dinero para abonar el fantástico adelanto que me pedía, nada se hizo. Me ha ocurrido ver que la gente utiliza mi nombre, que hace uso indebido de él, que simula ser Rampa y una serie de cosas más, sin que yo pudiera hacer nada. De contar con dinero, o poder pagar a un abogado con los resultados, entonces — ¡caramba! — por cierto que iniciaría juicio contra algunas personas. Contra cierto jovenzuelo —por ejemplo— que dice ser mi amigo íntimo y vende artículos que proceden directamente del "taller de Lobsang Rampa". Como ya he dicho antes, yo no tengo taller ni tampoco fabrico nada; y en caso de existir quien diga ser amigo mío y que puede usar mi nombre, tenga presente que eso sólo pueden hacerlo dos personas que son las que producen objetos y proyectados por mí: el señor Sowter, de Inglaterra, y el señor Orlowski, de Prince Edward Island, Canadá.

"Habla usted de un Conductor Universal cuyo cuerpo está siendo preparado actualmente en la Tierra para que la Gran Entidad venga a animarlo, pero ¿sabe usted dónde vive ahora ese cuerpo? Esa entidad que se hará cargo del cuerpo, ¿podría ser la reencarnación de Jesús, de Mahoma o de Gautama? "

¡Oh, sí! Sé exactamente dónde está el cuerpo, y hasta tal punto que en realidad lo he visto. Mas, desde luego, no he de decirlo, porque podría ocurrir que apareciese

algún miserable periodista que fuese allí y retornase con algún artículo fantástico perfectamente falso. ¡Claro que sé dónde está el cuerpo!

No; ni Jesús, ni Mahoma, ni Gautama van a reencarnarse ni van a tomar para sí ese cuerpo particular. Verá usted: hay una cantidad de Entidades especiales qué bajan a la Tierra en determinadas ocasiones. Dudo, en realidad, de emplear ciertas expresiones, como "Hermandad Blanca", por la gran cantidad de gente tonta que piensa que podría fundar algún culto que llevase ese nombre, o el de Burros Negros o lo que fuere. Actualmente hay mucha gente enferma que no titubea en apoderarse de cualquier cosa cuando considera que suena de manera apropiada. Empero, un determinado grupo de Entidades —no es posible seguir con ellas ningún curso por correspondencia ni verlas asociadas con ninguno de esos torpes cultistas que existen en esta Tierra— descienden a este mundo y van también a otros, por supuesto, para dar su ejemplo como Maestros. Sería mucho despilfarro de tiempo nacer aquí, cuando todo cuanto tienen que hacer no suele llevarles más de un año. Así pues, toman posesión de un cuerpo especialmente preparado y, una vez cumplida su misión, éste desaparece de cierta manera que no es el momento de explicar.

"Siempre habla usted de seres humanos y de animales. ¿Acaso nosotros no somos también animales? "

Sí, desde luego, lo somos aunque algunos no muy lindos. Lo que yo hago es simplemente seguir lo que podríamos llamar una norma para designar a unos y a otros, o para aclarar cuándo me refiero a una especie —la humana— y cuándo a otra —la de los gatos— digamos. Así, como antes he dicho, Miss Cleopatra es la persona más inteligente que conozco, sea que la consideremos animal o humana.

¡Vaya! ¿Qué es esto? Veamos su consulta: "Por favor, diga usted cómo se usa el cristal. Quisiera que la

respuesta apareciese en su próximo libro. ¿Es preciso dejar la habitación totalmente a oscuras para hacer el experimento? ¿Hay que guardarlo en lugar seguro para que no se lo utilice con otros propósitos? ¿Debe apelarse a un poco de imaginación en cuanto a hacer aparecer algo, o qué hay que hacer? ".

¡Caracoles! Yo pensé que había dejado todo bien aclarado en cuanto al uso del cristal. Supongamos, pues, que usted no dispone de cristal y que en su lugar utiliza un vaso para agua. Consiga un vaso nuevo, totalmente liso, sin marcas ni grabados y sin rayaduras, un vaso bastante fino, en realidad, que no tenga defectos visibles. Lávelo prolijamente y, una vez enjuagado y libre de todo vestigio de jabón, llénelo de agua hasta el borde hasta que se torne un menisco (el menisco es esa convexidad que se percibe en el líquido cuando se llena levemente en exceso el vaso). Ponga éste lleno de agua sobre una mesa o sobre algo oscuro y deje la habitación sin luz o en penumbras, pero siempre que, por supuesto, pueda ver el vaso y sus manos frente a usted, aun cuando no tiene por qué alcanzar a leer el diario. Le digo esto sólo como guía. El nivel adecuado de oscuridad es aquél en el cual los colores comienzan a esfumarse.

Una vez conseguidas las condiciones apropiadas, inspire profundamente unas cuantas veces y colóquese de manera cómoda: no deben existir tensiones, ningún músculo contraído ni nervio alguno tirante. Luego dirija la vista hacia el vaso de agua, pero sin mirarlo en realidad, sino viendo a través de él sin enfocar los ojos: imagínese estar enfocando el infinito. ¿Entendido? Es decir, que usted mira en dirección del vaso y deliberadamente desenfoca los ojos imaginando que atrapa algún punto invisible del espacio. Permanece así, pues, dejando que la mente se posesione; lo primero que percibirá será una nubosidad, como si el agua fuera tornándose de un blanco lechoso. Después, siempre que no dé usted un respingo o se caiga de la silla por la impresión, esa blancura lechosa se disipará y podrá

ver escenas. Y eso es todo. No hay que imaginar cosas, pues ¿por qué habría que imaginarlas cuando las puede ver en la realidad?

Una vez usado el vaso, tire el agua, enjuáguelo y séquelo, y después envuélvalo en un paño oscuro y no lo utilice absolutamente para ninguna otra cosa.

Si emplea usted un cristal debe hacer lo mismo en cuanto a mirar hacia él, pero una vez usado envuélvalo en un lienzo oscuro, porque la luz del sol puede dañar sus propiedades del mismo modo que si se expusiera a la luz solar un rollo de película.

"Quisiera saber qué opina usted del juego por dinero."

Bien; es fácil, como que lo he dicho repetidas veces en mis libros. Estoy totalmente en contra del juego por dinero y si bien con suma frecuencia la gente me envía billetes de lotería y todas esas cosas, jamás en mi vida he ganado nada en absoluto, ni siquiera un solo centavo.

"No consigo descubrir dónde se encuentra la zona de los gatos en el mundo astral. ¿Cómo hace usted para hallarla? "

Acaba usted de censurarme en una consulta anterior diciéndome por qué hablo de seres humanos y de animales como si los hombres no fueran también animales. No obstante, ahora quiere conocer la zona de estos últimos. Permítame entonces que le diga, a mi vez, si acaso no son también animales los seres humanos y por qué, si éstos pueden ir a una región, no han de poder hacerlo también los de cuatro patas. La respuesta es que sí, que pueden. Miss Ku'ei y Mrs. Fifí Bigotes Grises, grandes amigas mías, se hallan esperándome en el plano astral. Tengo allí, además, otra gata amiga llamada Cindy que desciende a la Tierra, con forma física real, para verme y darme mensajes... ¡Y esto es perfectamente cierto! En consecuencia, permítame que le diga que los animales, cuando disponen de un nivel espiritual suficiente, acceden a todos los planos de existencia a los que los seres humanos del mismo

nivel pueden ir. En otros mundos, como usted sabe, a los animales no se los trata como a criaturas inferiores, para la persona telepática —como yo— eso de animales brutos no existe. Y ya que estamos hablando de animales, ¿no se le ha ocurrido pensar alguna vez que los únicos animales perversos o dañinos son aquéllos que han sido hechos así por los seres humanos? Los animales nacen por lo general "buenos" y no cambian si no los malogran los hombres. En consecuencia, la respuesta a lo que me pregunta es ésta: los animales van a las mismas zonas que los humanos, de modo que cuando muera podrá encontrarse, sin duda alguna, con el animal que usted ama *y que la ama.*

Estos últimos días ha hecho aquí muchísimo calor, realmente un calor insoportable. Pero ahora, en estos momentos, la temperatura ha descendido notablemente, y aunque tenemos una tronada, hay algunas pobres gentes que se casan lo mismo o que, al parecer, ya se han casado. Aquí, en Calgary, existe la peregrina costumbre de que cuando una pareja acaba de casarse y se aleja del lugar donde se ha celebrado el matrimonio, produce la mayor conmoción posible. El coche nupcial y todos los que componen el cortejo hacen sonar las bocinas ininterrumpidamente y el barullo adquiere proporciones por cierto formidables. Por lo que a mí atañe, no le encuentro a esto sentido alguno, porque ¿en qué puede contribuir al bien del matrimonio que las bocinas suenen perturbando a todo el mundo?

Otras cosas que me intrigan aquí, en Calgary, son los bomberos, la policía y las ambulancias, cuyas sirenas son las más estridentes que haya oído en parte alguna. Y no sólo eso, sino que las de las ambulancias suben, bajan y ululan hasta el punto de poder aterrar mortalmente a un paciente nervioso. Donde yo vivo hay una especie de conjunción de edificios de cemento y, por alguna peregrina razón, el sonido produce ecos repetidos que verdaderamente parecen aumentar de volumen a causa de alguna

particularidad de carácter arquitectónico. Aquí el ruido continúa de día y de noche y el tráfico es incesante: jamás he visto que la calle no estuviese atestada de vehículos. Durante las veinticuatro horas del día hay un constante fluir de coches lanzados a la carrera; muchas veces, tendido en mi cama, miro a través de la ventana y me pregunto a dónde irá toda esa gente que se mueve a cada instante, sin que exista un momento de quietud, ni de día ni de noche. Hay aquí demasiados automóviles, y demasiado ruido. Pero me imagino que no va a faltar quien me escriba para decirme que siento envidia porque yo no tengo ni auto ni nada. Ya sé que la gente hace eso: me escribe y me dice que soy un amargado. Yo no lo sabía ni creo serlo; lo que sucede es que tengo mis problemas y los capeo lo mejor que puedo. Y nada más.

Cuando estuve la última vez en el hospital, hubo un aprendiz de capellán que quiso convertirme a la religión y, antes de que pudiera yo decir nada, excepto que era budista, me espetó: "¡Oh! ¿Y eso hace que tenga usted un sentimiento de culpa o es que le da pena no ser cristiano?". ¿Qué les parece? Habría podido responderle: "No; el que parece algo atribulado es usted, por serlo".

Me parece absurdo que tantos médicos y tanta gente en general se entregue a una especie de pseudopsicología por medio de la cual pretenden analizar a cada ser ateniéndose sólo a lo aprendido en los libros de texto, sin tener en cuenta que el budista puede tener un concepto de la vida distinto de un cristiano.

Mas volvamos a nuestras preguntas y respuestas. Antes, empero, permítanme que les lea algo de una carta que me envió el señor Borge Langeland. Dice así: "Me alegra saber que está usted escribiendo su decimoquinto libro. No tengo palabras para expresarle lo mucho que ellos han significado para nosotros. Si no fueran sinceros perdería toda la confianza en mi capacidad de discernir acerca de qué debo aceptar y qué debo rechazar. Para usted, quizá, la misión

más importante en la vida sea su dedicación al estudio del aura; pero yo creo que, escribiendo los libros que ha escrito, y haciendo que la gente se interiorice de ciertos misterios de la vida, que algunos hemos procurado resolver a tientas, ha hecho usted un bien mucho mayor a la humanidad que demostrando que el aura existe y que se la puede fotografiar".

Pues sí, señor Langeland; tenga usted la más completa seguridad de que en todos mis libros digo absolutamente la verdad y que no se trata de ficción sino de realidades. No la verdad como yo estimo que ella es, pero sí una auténtica verdad.

Sí; es cierto que el Gran Dalai Lama decimotercero me bendijo poniéndome sus dos manos en la cabeza *de una manera especial;* y esto de "una manera especial" es importante porque, siendo un hombre tan dotado, podrá trasmitir facultades superiores y acelerar en verdad nuestras vibraciones. Esto lo digo, a la sazón, en respuesta a una persona que desea que le informe acerca de tales cosas.

Quizá sepa usted que, hace años, en Inglaterra —e inclusive en muchos otros países— existía la firme creencia de que el rey podía curar enfermedades con sólo colocar sus manos sobre el paciente. Lo mismo encontramos, según se afirma, en Jesús: si alguien tocaba el manto que El llevaba, se curaba cualquiera que fuese la dolencia que lo aquejara. Eso se debe a que tales personas tienen una vibración diferente y porque, cuando por medio de su sapiencia advierten que otra tiene probabilidades de mejorar y de recibir un incremento en sus vibraciones, efectúan el ademán necesario que trasmite al recipiente una inefable sensación de bienestar y de vigor. Y puedo decirle que mis facultades aumentaron enormemente cuando el Dalai Lama lo hizo.

Pregunta usted por qué una mano o las dos, y dice que los fieles que concurren todos los domingos a la igle-

sia para recibir la bendición al parecer no mejoran ni empeoran a causa de eso, lo cual es muy cierto. El Gran Decimotercero se valía de sus dos manos como si se trataran de un aparato eléctrico que necesitara de dos cables —contactos—, puesto que con uno solo *no pasa la corriente.* En cuanto a lo que dice acerca de que la gente que va a la iglesia no mejora porque se la toque con una mano o con las dos, eso es verdad, como que es lo que vengo diciendo. Sólo es de provecho cuando la persona que efectúa el toque es un ser superior y no un cura o clérigo que se limita a hacer gestos porque eso es lo más fácil que hay. ¡No! Si eso reportara algún beneficio se le podría pedir a cualquier persona que pasara por la calle que le tocase la cabeza a uno para sentirse, también, aliviado.

Pregunta usted qué hace que la Luna refleje los rayos del Sol de manera tan brillante. "Se han enviado hombres a la Luna y éstos han descubierto que no está compuesta de nada verde, sino de rocas y arena muy similares a las que existen en la Tierra. Aquí, en la Tierra, cuando los rayos solares dan en la cima de una montaña elevada, tanto por la mañana como ya entrada la noche, el valle permanece a oscuras. Entonces, si las rocas de la cima de la montaña son similares a las de la Luna, ¿por qué no reflejan los rayos en el valle? "

Muy simple, mi estimado señor, muy simple. La superficie de la Luna es muy parecida —en cuanto a su capacidad de reflexión— al yeso, y éste —que es sulfato de cal— sabido es que refleja. Respecto de la Luna, empero, esa reflexión se ve favorecida enormemente por la ausencia de aire, que es el que absorbe los rayos luminosos. Estos —como usted sabe— son vibraciones, de modo que, cuando hay aire, esas vibraciones se aminoran al atravesar la atmósfera. La Luna, como sabemos, no tiene atmósfera, motivo por el cual los rayos solares llegan a ella sin obstáculos y son reflejados libremente por la superficie.

En cuanto a su pregunta respecto de las rocas terres-

tres y a la razón que existe para que no reflejen la luz solar en los valles, la explicación estriba en que el ángulo de incidencia es diferente. Veamos: cuando los rayos luminosos dan sobre la cima de las montañas se reflejan hacia arriba o dentro de un arco angosto, pero no hacia abajo. Esto puede usted probarlo con facilidad y por sí mismo colgando del techo una lámpara bastante potente —que representaría al Sol— y sentándose luego en el suelo con un espejo en la mano. Verá usted que puede reflejar los rayos sobre el techo o bastante alto en las paredes pero que, sin realizar verdaderas contorsiones, no le será posible reflejarlos hacia abajo, entre sus pies, que en este caso sería el valle. ¿Está claro?

La tercera pregunta que formula este caballero es aguda: "Dice usted que las guerras son necesarias para controlar la explosión demográfica y para dar a las personas la oportunidad de realizar un autosacrificio. ¿Cuál es, en consecuencia, el efecto sobre el karma de los héroes de guerra que tal vez dan su propia vida luchando por su país, si bien en la empresa matan o mutilan a muchos de sus enemigos a los cuales antes jamás habían visto? Al encontrarse otra vez —si es que se encuentran— en algún lugar del Más Allá, tal vez pregunten: "¿Es usted el h.d.p. que me mató? ¿Cómo es posible que alguien pueda ganar mérito alguno por luchar en la guerra y por matar a nadie, aun cuando sea a costa de su propia vida? ".

Las leyes del karma son diferentes cuando la persona lucha en defensa de su hogar, de su familia y de su patria, porque si a usted lo reclutan en las fuerzas armadas no le queda, en realidad, opción posible. Y así, una vez que ingresa en ellas, queda bajo protección incondicional, puesto que quienes imparten las órdenes —los gobiernos, en última instancia— son los que deben aceptar las consecuencias de éstas sobre el karma.

Supongamos que, fusil en mano, lo mandan al frente de guerra y que, en determinado momento, le dicen que

rompa el fuego. No tiene usted más remedio, pues, que acatar las órdenes, porque de lo contrario podrían matarlo por desobediencia. Tira entonces del gatillo y el proyectil mata a un enemigo, pero el efecto kármico de tal acción no recae en usted, de modo que no tiene por qué preocuparse. Las consecuencias las asume la persona o las personas *que realmente originaron la guerra.*

Una vez en el "Otro Lado" no tiene por qué encontrarse con la persona a quien ha matado o que lo ha matado a usted: eso sólo puede ocurrir en caso de que a usted no le disguste o no le tenga odio esa persona. No obstante, es indudable que se pueden hacer méritos evitando atrocidades. Suponga que una pequeña cuadrilla tiende una celada a los contrarios —el enemigo— porque éstos traman liquidar a muchas mujeres y niños incendiando sus casas después de encerrarlos dentro. Usted y su cuadrilla matan entonces a veinte de los individuos que forman esa banda de asesinos, con lo cual tal vez se salven dos mil personas entre mujeres, niños y ancianos, de modo que el balance sería para bien, y con ello se habrían "ganado méritos".

La señora Nancy Justice es una vieja amiga mía y hace muchísimo tiempo —tanto que ya ni me acuerdo— que mantenemos correspondencia. Ahora acaba de escribirme para formularme algunas preguntas y estimo que debemos atenderla. Dice así: "Soy algo clarividente. En *La sabiduría de los ancianos* dice usted que clarividencia es ver a través de las paredes y lo que está más allá. Yo me refiero a saber qué va a suceder antes de que suceda, pero eso sólo puedo hacerlo en cierta medida. Tengo impaciencia por mirar un cristal o algo parecido. Sé que los espejos parecen atraer mi vista, y he leído no sé dónde que, en tiempos de Maricastaña, se utilizaban espejos a los que les pintaban un lado o algo así. ¿Podría decirme cómo se hace eso? ".

Señora: acabo de escribir acerca de los cristales y del

modo de utilizarlos, de modo que con ello creo que queda contestada la mayor parte de su consulta. No le aconsejaría en absoluto, sin embargo, recurrir a un espejo negro, porque cuando no se toman precauciones son cosas muy, pero muy peligrosas, que dan pábulo a las entidades malignas para que hagan daño por intermedio de uno. Llévese, pues, de mi consejo y no se meta para nada con esos espejos negros. Un cristal, en cambio, no puede causar daño alguno en absoluto.

"Veo que habla usted mucho del astral y de los viajes por él", prosigue diciéndome usted. "Le creo, también, cuando dice que ningún daño puede sobrevenirle a uno, pero yo soy uno de esos peregrinos seres que le tienen un pavor mortal al hipnotismo y aun a la autohipnosis. Pero lo que yo quería era preguntarle lo siguiente: ¿es verdad que cuando uno se enfrasca en la lectura de un libro, hasta el punto de no darse cuenta de la influencia exterior, eso constituye una forma de hipnosis? "

Viajar por el astral no puede causar ningún mal, a menos que se tenga miedo. En ese caso puede ocurrirle un percance, inclusive, al cruzar la calle, puesto que podría echar a correr hacia donde no debe. Respecto de la hipnosis, así como de la autohipnosis, estoy en completo desacuerdo con tales cosas, puesto que es muy fácil realizarlas mal. Es más fácil, en realidad, hacerlas mal que hacerlas bien. Manténgase alejada, pues, de todas las formas de la hipnosis, porque son malas; pero tenga usted la más absoluta seguridad de que, cuando lee un libro, no se halla hipnotizada, sino meramente interesada, lo cual es inocuo por completo.

Plantea usted, señora Justice, una tercera pregunta, y como ésta viene muy al caso voy a contestarla aquí mismo. Dice así: "Sostiene usted, para probar las distintas cosas que aparecen en sus libros, que nunca podrá sucederle nada que lo haga un poseído. Muy bien; pero, entonces, ¿cómo han llegado las personas poseídas a tal situación? ¿Qué es lo que han hecho o dejado de hacer? ".

Es ésta una pregunta bastante atinada; pero recuerde lo que acabo de decirle acerca de no practicar la hipnosis y respecto de no utilizar espejos negros, porque en caso de ensayar tales cosas podrá resultar fácilmente poseída. En todos mis libros vengo diciendo cómo *no* ser presa de la posesión, de modo que si se atiene a lo que digo, no lo será. En cambio, si no lo tiene en cuenta, ha de caer en ella por querer saber qué es.

Los espejos negros, la magia negra, la hipnosis y ciertas tablas de lectura espiritista pueden llevar por mal camino, hipnotizar y producir la posesión. Por eso es que no me canso de decir que *las eviten.*

CAPÍTULO XII

Todo el mundo está aquí muy atareado; a mí, por lo general, me gusta mecanografiar personalmente buena parte de mis libros para que después Buttercup los pase en limpio en su máquina Olympia. Si bien Hy Mendelson me ha regalado una máquina de escribir a la que he bautizado con el nombre de "Peligro Amarillo", no he tenido la oportunidad de usarla mucho para este libro, pues mi salud no me lo permitió, de manera que he tenido que dictar la mayor parte en un grabador magnetofónico de bolsillo. Puedo jactarme, pues, de cierto parecido con el señor Nixon, como que creo que tales grabadores son los que ha empleado para registrar las cintas de Watergate.

Buttercup es una mecanógrafa maravillosa, sumamente veloz y muy exacta. Por eso es motivo de gran regocijo cada vez que se equivoca, pues es un placer decirle que, después de todo, no es perfecta. Aquí, en la Residencia Rampa, muchísimo es lo que le debemos, porque sin ella lo pasaríamos mucho peor. Reciba usted, pues, nuestras expresiones de agradecimiento, Buttercup Rouse.

La señora Rampa es también muy laboriosa: repasa las hojas mecanografiadas con mirada de águila y entre ambas —Buttercup y ella— no son muchas las faltas que se escapan, y si yo cometo algún error al dictar... ¡vaya por Dios, las cosas que tengo que oír! Buttercup se me echa

encima como diez toneladas de ladrillos y no me deja en paz hasta que rectifico el error por omisión, por comisión o por la misión que sea. Me inspiran mucha simpatía, por otra parte, los pobres linotipistas que deben componer libros, puesto que qué horrible cosa resulta poner en letras de molde una obra aburrida y que no despierta el menor interés. Yo no podría hacerlo.

Desde aquí, sentado en mi silla de ruedas, alcanzo a divisar nuestro riacho y veo dos embarcaciones cargadas de gente alocada que rema como si fueran Pieles Rojas en son de guerra. El tiempo está muy frío y el río, peligroso, se halla bastante obstruido y, para su tamaño, tiene inmensos bancos de arena que hacen que el agua se canalice por un lugar estrecho, con lo cual aumenta su rapidez y se forman remolinos. Siempre se lee de alguien que se ha ahogado o que ha sido rescatado de las aguas, pero eso no quita que la gente se siga internando en el río con viejas llantas de goma o lo que tenga a su alcance. Buen negocio para las funerarias, supongo. . .

Tengo aquí otra pregunta que ya he contestado, pero que voy a responder otra vez, aunque de manera distinta, para que se pueda tener una perspectiva diferente de la cosa. La pregunta es ésta: "¿Qué significa eso de que cuando el estudiante está preparado aparece el Maestro? ".

Demasiada gente cree que lo sabe todo y aun muchísimo más, y que sólo le bastaría ponerse a silbar para que al punto se presentaran jadeando nubes de Maestros ansiosos por ilustrar a tan beneméritas personas. No es así, en absoluto.

¿Conoce usted esos recipientes con tapa y pico en los que se pone a calentar agua al gas o la electricidad y que, cuando aquélla hierve, emiten un espantoso silbido? Pues bien, la gente es así: cuando sus vibraciones llegan a determinado nivel —o sea cuando está "preparada"—, siempre hay algún Maestro en alguna parte —en la Tierra o en el astral— que capta una vibración que dice —metafóricamen-

te, por supuesto— " ¡Eh, patrón, ya estoy preparado: venga y enséñeme todo lo que usted sabe! ". Casi siempre, empero, el individuo que supone ser un aprendiz brillante y muy preparado, pues. . ., que ésos son precisamente los que no lo están, y por mucho que griten o les salga humo, mientras sus vibraciones no alcancen el nivel apropiado de frecuencia no habrá de aparecer ningún Maestro. Es decir que, cuando no se presenta Maestro alguno, eso es prueba evidente de que no se está preparado.

Y esta persona, ¿quién es? ¡Ah! Es Ester A. Moray. Veamos su segunda pregunta, Ester: "¿Cómo afecta el karma de la raza al individuo? ".

Antes de reencarnarse en la Tierra, la persona va a ver lo que, de una manera más o menos humorística, podríamos considerar un agente de viajes del astral. Se trata, en realidad, de un Consejo de Asesores. Pero la persona que debe regresar a la Tierra sabe qué es lo que debe hacer, a dónde tiene que ir y cuáles deben ser las circunstancias para desarrollar su tarea o lección particular. Por lo tanto, una de las cosas que se tienen en cuenta es el karma esencial de la raza a la cual va uno a incorporarse. Se va, pues, a una raza cuyo karma resulta apropiado para incrementar las posibilidades que se tienen de cumplir la tarea asignada. Fuera de esto, el karma de la raza no nos afecta porque se trata sobre todo del Manú de la raza.

Veamos ahora otra pregunta de Ester Moray, quien al parecer es una buena muchachita. Dediquémosle, pues, unos minutos más. Su tercera pregunta dice así: "¿Qué se puede hacer para reencarnarse con la misma familia que se tiene en la actualidad? ¿O acaso no es posible hacerlo? ".

Acabo de decir, precisamente, cómo se planifican las cosas. De manera que, si es necesario que la gente vuelva a estar junta en otra vida, volverá a estar junta, y entonces se toman las medidas para cumplir ese propósito específico. Quizá recuerde usted el caso de aquella niña de la India que murió siendo pequeña y después regresó como

hija de una familia que vivía a unos pocos kilómetros apenas de distancia, y que pasaba el día hablando de su otra familia. Muchas fueron las investigaciones que se realizaron, hasta que al cabo se puso en contacto a ambas familias y la niña dio pruebas de que se había reencarnado. Este es un caso que quedó demostrado fuera de toda duda.

He aquí, ahora, una pregunta para ustedes: "Los tritones y las sirenas, ¿constituían realmente una especie humana y, en caso afirmativo, qué inteligencia tenían y qué pasó con ellos? "

En realidad, todo cuanto la gente sabe acerca de sirenas y tritones se remonta a los tiempos de la Atlántida. Ahora bien; la Atlántida era un continente mucho más desarrollado técnicamente que la civilización de nuestros días. Podían producirse personas: se tomaban masas de protoplasma y se les daba cierta forma humana para utilizarlas a manera de servidores —no de esclavos— que eran empleados como servidores por tratarse de seres de mentalidad inferior, "hechos" realmente con el propósito de servir a sus amos y a sus dueñas.

En la actualidad, es posible teóricamente aumentar la inteligencia de un perro, de un caballo o de cualquier otro animal, por medio de la aplicación de determinados rayos y una alimentación basada en productos químicos especiales. De esta manera pueden alterarse los voltajes cerebrales e incrementar el factor inteligencia. No hay razón alguna, por ejemplo, que impida modificar a los monos por medio de productos químicos, de manera tal que su inteligencia se acreciente y puedan ser realmente una especie de servidores de los seres humanos. Hace muy poco me enteré de que, en la Estampida de Calgary —cuando por las calles de la ciudad circulan animales de toda clase—, se vio a un mono vestido y montado a caballo. Iba saludando a los circunstantes con un sombrero y se comportaba en todo sentido de la misma manera que las personas que lo rodeaban. Excepción hecha de su aspecto, nadie habría podido

decir qué diferencia había, al menos en cuanto a su manera de actuar. Tantos fueron los aplausos que recibió aquel mono viejo que su autocontrol se alteró y se arrojó del caballo para echarse sobre los espectadores y prodigarles formidables muestras de afecto. ¡Y buen trabajo que costó —según he sabido— hacer que montase de nuevo!

"Dice usted que en el mundo astral es posible tener una familia. ¿Quiere decir que la abandonamos, entonces, por un momento para asistir a clase en la Tierra, y que después retornamos a ella al cabo de esas clases? ".

Sí, es muy posible. Podemos decir que pasamos veinticuatro horas por día en la Tierra —como que es así—, pero ésas son horas terrestres, en tanto que el tiempo en el mundo astral es totalmente distinto, hasta tal punto que ciertos libros hindúes traen relatos de personas que salieron de la Tierra para pasar una breve temporada en el astral y que, al volver, se encontraron con que aquí habían transcurrido mil años de nuestra cronología. O sea que es perfectamente factible que una persona venga a la Tierra y haga una serie de cosas diarias; pero el individuo tiene que dormir, y durante el sueño los cuerpos astrales vuelven al mundo astral *—lo recuerde o no la gente—*, y el tiempo que pasan en ese mundo astral con su familia puede ser, inclusive, dos veces más largo que el que permanecen por día en la Tierra. Todo es cuestión de diferencia en cuanto a cronología.

Esta pregunta que sigue me hace pensar si no provendrá, acaso, de alguna pobre alma educada con rigor, puesto que dice así: "Cuando un padre empedernido obliga al hijo a ir a la escuela en esta vida, ¿eso le ayuda necesariamente, en sus vidas sucesivas? ".

¡Vaya, caramba! Mucho me apena tener que desilusionarla, pero la respuesta es que sí. Todo lo que aprendemos, todo cuanto experimentamos es valioso y aprovecha. La mejor manera de explicarlo quizá sea diciendo que, cuando pasamos al Otro Lado, tomamos todo lo bueno

que hemos aprendido en la Tierra, y que todo lo malo (la escoria) queda relegado. Ocurre como cuando se funde un metal: si se funde oro, por ejemplo, o plata, la escoria queda arriba (porque el metal es más pesado), se forma una masa sucia que se espuma y se tira mientras el oro o la plata se vierte en forma de lingotes. Pues bien: nosotros nos hallamos en condiciones muy similares. Todo cuanto hemos aprendido y es de utilidad para el Superyó y nuestro desarrollo, eso es lo que queda. Lo malo se desecha como un mal recuerdo.

A la gente le interesa el astral, ¿no es verdad? Veamos, entonces, otra pregunta acerca del tema: "Suponiendo que pudiera viajar por el astral conscientemente y que mi esposa no pudiese hacerlo aun cuando lo intentara: 1) ¿Podría yo apreciar desde el astral qué es lo que no hace adecuadamente y ayudarla a remediarlo? ; y 2) ¿Estaría mal, de algún modo, ayudar de esa manera? ".

La respuesta es que, desde luego, puede usted ir al astral y averiguar cuál es el problema, y regresar después, por supuesto, para decirle en qué estriba. No obstante, voy a decirle cuál es ahora el problema; sólo es cuestión de memoria. Ella realiza el viaje astral. Sabiendo quién es usted (pero sin decirlo), sé que su esposa ha estado a verme en el astral, lo mismo que usted, ¡y buena impresión que se han llevado! Pero su esposa lo hace con demasiada impaciencia, o tal vez tenga un poco de temor. Si tomara las cosas con toda tranquilidad y no hiciera semejantes esfuerzos, podría recordar los viajes astrales que ha realizado.

He aquí algo más relacionado con el tema de la Tierra hueca: "Desde la publicación de sus libros me imagino que los chinos habrán tratado de encontrar los pasadizos de la montaña y el río subterráneo. ¿Cómo pueden permanecer esas cosas tan bien ocultas, entonces, a pesar de las intensas búsquedas? ".

La respuesta es que se debe a un error de los que

dirigen. Si tiene usted ante sí un muro hueco, pero todas las pruebas que efectúa —incluido el uso de detectores especiales, etc.— lo persuaden de que es macizo, usted intenta por otro lado; no obstante, el muro está bien protegido, por supuesto, porque si se penetra en él lo bastante, se llega a las avanzadas de las oquedades de la Tierra. Pregunta usted, además, acerca de la data aproximada de los túneles subterráneos. Pues bien, le diría que tienen alrededor de un millón de años, porque fueron hechos mucho antes de la Atlántida, cuando los primeros pueblos se "retiraron al subsuelo", al mundo interior. Permítame decir, de paso, que aunque mucha gente se ría a rabiar ante la sola idea de una Tierra hueca, debo recordar que durante siglos y siglos la humanidad pensó que ésta era plana, de manera que si alguien hubiese osado afirmar que era redonda se lo hubiera tenido por demente, como que se habría aducido que, de ser cierto, la gente no podría tenerse en pie en ella y que, en cuanto a las personas de las antípodas, sin duda se caerían. Nosotros sabemos que no es así, ¿no es cierto? Sabemos que la Tierra es redonda y no plana. Del mismo modo, algunos sabemos también que es hueca. Piénselo.

Distinguido señor: o se le han traspapelado las cosas o algo se le escapa, o quizá no haya leído bien mis libros. Dice usted: "¿Por qué habría de querer alguna raza procedente del espacio exterior colonizar a la gente de este mundo para producir la Raza Tostada? ".

¿Quién ha dicho que habría colonia alguna procedente del espacio exterior? Junte a toda la gente de piel blanca, amarilla, roja, negra y de todos los colores o matices que pueda usted encontrar, haga que se casen entre sí y observe los resultados. ¿Cuál sería el color? Tostado, desde luego. La Raza Tostada surgirá de ese modo, cuando todos los pueblos del mundo se casen entre sí, porque en esos tiempos el color no habrá de importar. En la actualidad, en Brasil, tal cosa no interesa como que es un lugar donde

el negro y el blanco trabajan codo con codo sin pensar para nada en el color. Yo tengo gran debilidad por el Brasil, porque allí se están haciendo las cosas bien y ha de ser uno de los países del futuro, uno de los primeros en dar ciudadanos para la Raza Tostada.

"En *El ermitaño* se dice que los Jardineros pondrán a alguien en la Tierra para que el ermitaño le cuente su historia. ¿Eso significa que usted ha sido puesto en esta Tierra? "

Bien; a alguien había que elegir, y la persona elegida debía reunir ciertas condiciones. Por ejemplo, ser un individuo muy resistente, sumamente telepático, de gran clarividencia, de buena memoria y con una frecuencia o longitud de onda personal de determinado tipo. En otras palabras, debía estar en constante contacto con alguno de los Grandes Maestros. En consecuencia, tomaron al pobre individuo que reunía esos requisitos y lo colocaron en condiciones tales que llegó a ser naturalmente el receptor de la historia, historia ésta que, afirmo, es auténtica.

Escuchemos ahora qué dice Moffet, el Botero: "He leído el libro *The Space Ships of Ezekiel*, de Josef F. Blumrich, que usted me recomendó, y me ha parecido muy interesante y bien escrito". Ya ven ustedes, pues, que Moffet, el Botero —que ahora forma parte del Paddle Boat Club— sabe escuchar consejos, seguirlos y sacar partido de ellos. Es, además, una gran persona.

He aquí una consulta que formula Wilhelm Briceno, joven de dieciocho años que reside en Venezuela. La primera pregunta es ésta: "¿Hay algún lugar de la Tierra donde en la actualidad se practique la religión original que predicó Cristo? ".

No; lamento decirle que no. Una vez que Cristo desapareció de la escena, durante muchos años Sus enseñanzas cayeron en el olvido. Al cabo de un tiempo, empero, apareció un puñado de personas que estimó factible poner en marcha algo que les proporcionase cierto poderío. En realidad, los primeros fundadores de la Iglesia Cristiana

—según era en aquellos tiempos—, fueron un puñado de cultistas que no enseñaban lo que Cristo había predicado, sino lo que pudiese incrementar su propio poderío. Por ejemplo, la mayor parte de aquel grupo estaba constituido por homosexuales, lo cual significa que con sólo pensar en las mujeres quedaban paralizados de terror. Cristo no enseñó que las mujeres fuesen impuras. Por mi parte, estoy persuadido de que a Cristo no le hubiese caído bien esa persona del movimiento de liberación femenina que me escribe. Cristo enseñaba que las mujeres tienen tantos derechos como los hombres, pero como los que fundaron la Iglesia en el año 60 no querían que éstas tuviesen poder alguno, predicaron que las mujeres carecían de alma y que eran sucias (¡aunque algunas lo son por la cantidad de cosas que se ponen en la cara!). Digamos, pues, para contestar la pregunta, que no, que en absoluto en ninguna parte de la Tierra se sigue la doctrina original de Cristo.

¿En la actualidad existe la versión original de la Biblia? En caso negativo, ¿qué se puede hacer para que a la cristiandad se le enseñe como originariamente se quiso que se le enseñara? "

Aun cuando se pudiese encontrar la versión original de la Biblia, con ello tampoco se volvería al cristianismo primigenio, toda vez que ésta es sólo una recopilación de libros formados por "Evangelios según. . .", y porque —como he dicho— en ella no están recogidas, por fuerza, las enseñanzas de Cristo. Por lo demás, la mayor parte de la gente de los tiempos de Jesús no sabía escribir.

"Si es cierto que los animales son tan inteligentes, ¿por qué no construyen templos y casas, y cómo es que no dejan vestigio alguno de cultura en la Historia? "

Pero, ¿está usted seguro? Tenga en cuenta que el hecho de que se erija un templo o una iglesia no significa que el individuo sea civilizado ni inteligente. Tengo ante mí, ahora, una iglesia que es una monstruosidad de concreto, con forma de tienda india, es decir, como una car-

pa, con tres cosas como palos que sobresalen por encima del tejado. Es una iglesia, desde luego; pero con la forma de esas tiendas que usaban los indios norteamericanos, los cuales —por lo demás— no eran cristianos. Entonces, ¿qué simbolismo puede haber en eso?

Como bien sé, los animales son inteligentes, si bien su inteligencia asume una forma diferente de la de los seres humanos. A éstos parece agradarles erigir grandes edificios para que otros les arrojen bombas y cañoneen las ciudades que construyen. Jamás he podido entender a la gente que cree que el hombre es el rey de la creación. No lo es. En este mundo en particular, claro está, domina por la fuerza; mas, ¿sabía usted que sólo el hombre y las arañas son los que violan, y que no hay en absoluto ningún otro animal que lo haga?

Habla usted de construcciones; entonces, ¿qué me dice de las abejas, qué de las hormigas? Ambas tienen civilizaciones muy evolucionadas: las hormigas cuentan con fortalezas, con un ejército muy eficaz, tienen limpiadores —barrenderos—, niñeras y muchas cosas más, y hasta disponen de "vacas lecheras", es decir, pulgones.

Los animales están aquí para cumplir sus propios fines específicos y para su propia evolución particular y, a través de mis propios e intensos estudios personales, sé que pueden ser sumamente inteligentes y algunos de ellos más todavía que los humanos. Digo esto con el más cabal sentido de responsabilidad, de modo que si usted no es clarividente y telepático como yo, no podría contradecirme en rigor de verdad, puesto que eso sería como si una persona ciega de nacimiento dijese que el color rojo, el verde, el amarillo, etc., no existen. O sea que, si no cuenta usted con las mismas aptitudes que yo, no puede discutirme lo que esas aptitudes superiores me permiten conocer.

De la misma manera, como yo no puedo caminar, de nada serviría que le discutiese a usted si me dice que es muy agradable caminar por determinada superficie. Yo no lo sé. Yo sé lo que a mí atañe.

Rosemary —éste es el único nombre que figura en la carta— me escribe para decirme: "¿Podría usted, en su próximo libro, hacer alguna referencia a las causas de la doble personalidad? Porque ocurre que yo tengo una doble personalidad. ¿Supone, eso, que pueda tener gran dificultad para seguir el Camino Medio? Tiendo a ir a los extremos".

No, Rosemary, eso no significa que sea usted distinta de nadie. Significa que ha llegado usted aquí a superar ciertos defectos de modo que, para que pudiese ver cómo era eso, ha venido con una doble personalidad. Supongo que en alguna vida anterior, tal vez en la última que ha tenido, usted quizá no pudo llevarse bien con la gente y alguien le dijo que no podía llevarse bien consigo misma. Es probable que, en consecuencia, se haya dicho a sí misma: "Muy bien: volveré a la Tierra con doble personalidad y ya verán qué bien me va".

El individuo de doble personalidad es aquél cuya estructura astrológica hace que vea al mismo tiempo las dos caras de la moneda, toda una hazaña por cierto, lo cual no significa que sea mejor ni peor que nadie.

Lo que podría significar, precisamente, es que estaba previsto que fuese melliza, o sea un huevo que se divide en gemelos idénticos, pero que por algún motivo no llegó a dividirse y entonces tomó usted la forma de una doble entidad dentro de un solo cuerpo. Pero no se preocupe, Rosemary: le diré a usted, aquí y ahora, que se está desempeñando muy bien, sin duda, y que no hay razón alguna para que se angustie. De modo que, ¡ánimo!

Creo que aún nos queda tiempo para responder otra pregunta, como ésta, por ejemplo, del señor Howard G. Marsh (mucha gente me escribe desde Idaho), quien dice: "En uno de sus libros dice usted que el individuo tiene que retornar a la Tierra en todos los signos del Zodíaco, es decir doce veces, siempre que haya aprendido bien las lecciones. ¿He entendido bien? ".

Señor Marsh: debo decirle que no ha entendido bien. La persona debe retornar y vivir en cada signo del Zodíaco y en cada cuadrante (treinta grados) de cada signo de éste, y debe seguir retornando hasta cumplir su tarea *con acierto* en cada uno de los signos y cuadrantes de ese Zodíaco. Así pues, si se trata de un aprendiz lerdo, es probable que tenga que volver a la Tierra mil o dos mil veces, lo cual no deja de ser bastante monótono, ¿no es cierto?

La cinta sigue girando y el día toca ya a su término. Pronto descenderá sobre nosotros el crepúsculo. Entretanto, las páginas de este libro se han ido acumulando y el total de palabras supera ya lo necesario. Tengo ante mí preguntas, preguntas y más preguntas, pilas de preguntas; las suficientes para muchos libros más. Y... ¿quién sabe? Acaso todavía pueda escribir otro... Aún hay vida en el anciano. Aún puedo moverme un poco y todavía tengo fuerzas para apretar el botón del grabador. De manera que, si desean ustedes otro libro, ya saben qué hacer para tenerlo: todo cuanto se requiere es escribir al editor y pedirle otra obra de Lobsang Rampa.

Por ahora, pues, me despido de ustedes y, al hacerlo, voy dando fin a éste, mi libro *Crepúsculo*.

INDICE

Esta 5ª edición consta de 5.000 ejemplares
y se terminó de imprimir en ESTABLECIMIENTO GRAFICO
SAN JAVIER, en la calle Chile 987, Avellaneda (Pcia.
Buenos Aires), República Argentina,
el día 6 de junio de 1979.

Lobsang Rampa responde en este libro, con palabras certeras y medidas, a una serie de consultas y preguntas formuladas por sus lectores. Según lo manifiesta expresamente, éste fue el propósito fundamental que lo alentó a escribir **CREPUSCULO**. Cada una de sus respuestas rezuma experiencia y sabiduría, y sintetiza todo lo que su excepcional personalidad puede significar para el atribulado mundo en que vivimos. Con serena actitud, fruto de una vida dedicada a la meditación permanente y a la indagación espiritual, proporciona una serie de pautas válidas para lograr la plenitud, el goce de determinados valores que, según su firme convicción, tienen absoluta superioridad sobre el mundo meramente material en que se debate gran parte de la humanidad.

Además formula preciosas referencias destinadas a los no iniciados en el tema, sobre los mundos astrales y sus características; la especial flexibilidad del tiempo en el plano astral y la escala de valores que en él impera.

Diestramente entretejidos con estos conocimientos trascendentes hallará el lector interesantes datos acerca de la vida cotidiana del autor: sus viajes, sus amigos, sus conceptos respecto de la política y el mundo contemporáneo.

Este volumen es una nueva muestra del talento del autor de **EL TERCER OJO** y una síntesis fascinante de sus conocimientos y de su extraordinaria experiencia vital.

Editorial Troquel / Buenos Aires